



Prohibido
deseñar a

*Lucky
Royce*

EMMA WINTER y
ELLA VALENTINE

Prohibido
desear a
*Lucky
Royal*

Emma Winter y
Ella Valentine

1ª edición septiembre 2021

Copyright © Emma Winter y Ella Valentine

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares de copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Índice

[Índice](#)

[Prólogo](#)

[Lucky](#)

1

[Eve](#)

2

[Lucky](#)

3

[Eve](#)

4

[Lucky](#)

5

[Eve](#)

6

[Lucky](#)

7

[Eve](#)

8

[Lucky](#)

9

Eve

10

Lucky

11

Eve

12

Lucky

13

Eve

14

Lucky

15

Eve

16

Lucky

17

Eve

18

Eve

19

Lucky

20

[Lucky](#)

[21](#)

[Eve](#)

[22](#)

[Lucky](#)

[23](#)

[Eve](#)

[24](#)

[Eve](#)

[25](#)

[Lucky](#)

[26](#)

[Lucky](#)

[27](#)

[Eve](#)

[28](#)

[Lucky](#)

[Epílogo](#)

[Eve](#)

[¿No quieres perderte ninguna de nuestras novelas?](#)

[Novelas anteriores](#)

[Novelas Emma Winter](#)

[Novelas Ella Valentine](#)

Prólogo

Lucky



—Lucky, tengo una buena noticia que darte: hemos encontrado una nueva casa de acogida para ti.

Lucky alzó las cejas con curiosidad. Cuando Grace Turner, una de las trabajadoras sociales del centro de acogida en el que se encontraba, le había pedido que le acompañara hasta su despacho, había esperado una reprimenda por alguna de sus fechorías, no aquella noticia inesperada.

Lucky acababa de cumplir los quince años y sabía que a partir de cierta edad encontrar una casa de acogida era altamente improbable. Y más en su caso. Lucky era un chico problemático. Su informe de Servicios Sociales tenía el tamaño de la Biblia a causa de todos los expedientes que le habían abierto por su carácter rebelde e indisciplinado, cosa que lo había llevado a internar en un reformatorio en dos ocasiones.

Llevaba seis meses en aquel centro de acogida de Henderson, en el área metropolitana de Las Vegas, y desde el inicio todos los trabajadores con los que había hablado le habían asegurado lo difícil que sería encontrar a alguien interesado en acogerle. No era algo que le preocupara demasiado, pues Lucky tenía un plan de futuro. Llevaba tiempo pensando en ello, desde que en su última casa de acogida el señor Cook decidiera amenazarlo con su rifle de caza cada vez que consideraba que el chico no se portaba de forma correcta. Lucky no confiaba en el sistema, no quería seguir entrando y saliendo de casas donde le trataban como si fuera escoria, y por ello había tomado una decisión. Decisión que decidió compartir con Grace.

—Quiero pedir la emancipación —dijo alto y claro, fijando sus ojos azules en los ojos oscuros de la mujer rubia que tenía delante.

—¿Emanciparte? —Grace arqueó una ceja, sobresaltada—. ¿Estás seguro? ¿Ya sabes lo que significa eso?

Lucky asintió despacio, sin apartar su mirada de ella.

—Significa que el Estado de Nevada dejará de tener mi custodia y que seré libre para vivir mi vida como quiera.

—También significa que perderás la posibilidad de encontrar una familia que pueda adoptarte.

—Ambos sabemos que hace años que perdí esa posibilidad.

—Eso no es cierto. Nunca es tarde para encontrar un hogar.

—Gracias por esa frase de autoayuda, pero la verdad es la que es —dijo Lucky sonriendo con tristeza—. Hay personas que no estamos destinadas a encontrar un hogar.

Lucky percibió la forma en la que los hombros de Grace se hundieron un poco ante sus palabras. Sabía que sentía compasión por él. Le caía bien Grace. Llevaba diez años trabajando allí, tratando con chicos y chicas de vidas complicadas como la suya, y, a pesar de todos los quebraderos de cabeza que le daban, no había perdido la capacidad de sonreír. Muchos otros, en menos tiempo que ella, acababan amargados y abandonaban el trabajo por otro menos exigente. Pocos eran los que llegaban para quedarse.

—En todo caso, Lucky, no puedes pedir la emancipación hasta los dieciséis —le recordó—. Aún falta un año para eso. Lo sabes, ¿no?

—Lo sé, pero preferiría quedarme en el centro hasta entonces. No veo necesidad de ir a una nueva casa de acogida con gente que, en realidad, solo quiere que me quede con ellos por la retribución que reciben por ello.

Todo el mundo sabía que el sistema de acogida del país se sustentaba en familias con pocos recursos que, ante la pobreza, decidían ofrecer sus viviendas como casas de acogida para poder vivir del dinero que el Estado les daba a cambio.

—Entiendo. Pero debes saber que la persona que va acogerte no responde para nada a ese perfil —La mujer golpeó la carpeta azul marino que tenía frente a ella en la mesa con el dedo índice repetidas veces. Tenía una etiqueta en la tapa con un nombre, pero Lucky no fue capaz de leer lo que ponía en la distancia—. De hecho, esta persona ni siquiera va a recibir ningún beneficio por tu manutención.

Los ojos de Lucky se abrieron de hito en hito. ¿Quién en su sano juicio acogía a un chico como él sin pedir nada?

—¿Y eso por qué? —preguntó Lucky, intrigado, arrugando un poco la nariz salpicada de pecas que le daba un aire travieso, a conjunto con un pelo moreno que siempre lucía despeinado.

—Bueno, se trata de alguien muy sensibilizado con los chicos como tú. —Sonrió—. Es un viejo conocido de Servicios Sociales y tiene a su cargo a tres chicos mayores que tú.

—¿Tiene tres chicos acogidos?

—No, adoptados. Dos de ellos ya están en la universidad, pero sé de buena tinta que eran igual de conflictivos a tu edad.

Lucky miró a Grace con incredulidad. No entendía por qué motivo un extraño que ya tenía tres hijos adoptados querría acoger a uno más. Se le pasaron cosas por la cabeza. Cosas feas. Su vida estaba tan llena de sombras y monstruos que no se le ocurría ningún motivo honesto por el que nadie pudiera ser generoso con alguien como él sin esperar una compensación.

—¿Dónde está esa casa? —indagó Lucky.

—En Las Vegas, muy cerca de aquí.

A Lucky le encantaba Las Vegas. De hecho, él había nacido allí y había vivido en la ciudad hasta que su madre murió de una sobredosis y su padrastro, que le suministraba la droga, huyó de la casa dejándolo solo y desamparado con el cadáver. Le gustaba la idea de volver a vivir en Las Vegas. Puede que tuviera recuerdos amargos de aquella época, pero también tenía recuerdos buenos. Las ciudades tienen el poder de condensar todo lo bueno y lo malo que vivimos entre sus calles, y a Lucky le encantaba su ambiente festivo y colorido, las luces de neones de los edificios y lo rápido que parecía ir siempre todo. Henderson estaba a pocos kilómetros, cierto, pero no

tenía medios para viajar hasta allí. La idea de trasladarse a la ciudad, de pronto, le pareció atractiva.

—Sé que no has tenido mucha suerte en la vida, algo irónico teniendo en cuenta tu nombre, Lucky, *afortunado*, pero la suerte siempre puede cambiar —añadió Grace al percibir sus dudas—. Puedo asegurarte que, de todas las opciones posibles, esta —volvió a golpear la carpeta azul con el dedo índice, con avidez— es una de las mejores, por no decir la mejor. Puede que hasta ahora el sistema no se haya portado muy bien contigo, pero déjame demostrarte que aún quedan buenas personas en este mundo, personas honestas con afán de ayudar.

Lucky reflexionó sus palabras. Nada de lo que dijera Grace le haría cambiar su opinión sobre el sistema que llevaba años sufriendo, pero confiaba en ella. Diablos, Grace era probablemente la única persona en la que confiaba. Si ella le aseguraba que la persona que pretendía acogerlo era honrada, seguro que no mentía. Además, tal como ella le había dicho no podía emanciparse hasta los dieciséis, le quedaba un año más de condena y ese centro no era tampoco santo de su devoción. La comida que servían era basura y tenía problemas con algunos de sus compañeros cada dos por tres. No perdía nada por irse de allí un tiempo. Así que, pese a que la idea seguía sin entusiasmarle, aceptó la propuesta de Grace. Esta se alegró muchísimo y le aseguró que no se arrepentiría. Lucky no estaba seguro de ello, pero no dijo nada.

Grace le explicó los pormenores del traslado, que se efectuaría al día siguiente, y Lucky se levantó de la silla para marcharse de allí. Al rebasar la mesa se fijó en lo que ponía en la etiqueta de la carpeta azul que Grace tenía frente a ella. Era un nombre: Max Royal. Lucky supuso que sería el nombre de la persona que pretendía acogerle.

Horas más tarde, en la habitación que compartía con cuatro chicos más, Lucky metió todas sus pertenencias en una mochila y se tumbó en la cama, con los brazos flexionados y las manos bajo la cabeza, sobre la almohada. En esa posición, dejó que su imaginación volara. ¿Qué clase de persona sería ese Max Royal? A lo mejor tenía una casa decente. O, a lo mejor, incluso, tendría una habitación para él solo. Sonrió ante esa posibilidad, a pesar de saber que era improbable. Hacía años que no tenía un dormitorio en exclusiva.

Aquella noche Lucky se durmió muy tarde, dejando que un mundo de posibilidades revoloteara por su mente curiosa. Sin embargo, ninguna de ellas se ajustaba ni un poquito a la realidad que le esperaba a su llegada a Las Vegas el día siguiente.

En pocas horas, la vida de Lucky daría una vuelta de 180°.

En pocas horas, Lucky conocería a Max Royal, el hombre que, meses más tarde, decidiría adoptarlo.

En pocas horas, Lucky entraría en su nuevo hogar: uno de los hoteles más importantes de Las Vegas.

En pocas horas, Lucky conocería a sus tres futuros hermanos, con quienes no tardaría en crear vínculos irrompibles.

En pocas horas, Lucky aprendería que, por primera vez en su vida, haría honor a su nombre: sería afortunado. Tremendamente afortunado.

1

Eve



Lucky Royal. ¡Su jefe era Lucky Royal! De haber sabido que sería su jefe directo, Eve no habría aceptado aquel puesto.

Diablos, ¿a quién pretendía engañar? Lo cierto era que necesitaba el dinero y, cuando este escaseaba, la dignidad se hundía un poquito. Era difícil mantener según qué decisiones con la necesidad mordisqueándole la nuca. Lo cierto era que el alquiler de la caja de cerillas en la que vivía era elevado y la universidad se comía sus ahorros a un ritmo completamente frenético. No había obtenido nota suficiente para la beca y, por lo tanto, tampoco podía optar a quedarse en la residencia de estudiantes, puesto que no podía permitirse los gastos. Vivía en un apartamento compartido con un chico que se pasaba el día jugando a los videojuegos y no sabía lo que era la limpieza. Su vida, en los últimos tiempos, se había vuelto un bucle insostenible: no podía estudiar en aquel lugar porque no conseguía concentrarse del todo y se pasaba las horas limpiando en casas ajenas para ganar lo justo para ir tirando, así que sus notas habían decaído un poco. Nada preocupante salvo porque había perdido la oportunidad de ganar una beca un tanto exclusiva. Sus estudios seguían en pie, pero necesitaba dinero. Todo habría sido mejor de haber tenido una familia convencional, pero no conocía a su padre y su madre trabajaba como ama de llaves de una mansión como interna. Se había criado con ella, pero cuando fue lo bastante mayor los dueños dejaron claro que, si no trabajaba en la casa, no podía vivir en ella. Su madre intentó convencerla de que lo hiciera, pero se negó. Detestaba a aquella familia. No podía sacar a su madre de allí, por el momento, pero podía marcharse ella, estudiar, intentar ser alguien y, con suerte, en un futuro, dar a su madre un retiro digno. Sacarla de allí y conseguir que no volviera a servir nunca a nadie. Era lo único que quería: dar paz y tranquilidad a la única persona que se lo había jugado todo por ella una y otra vez.

Inspiró aire y lo soltó lentamente. Ese era el verdadero motivo por el que no podía negarse a los dos puestos de trabajo que acababa de conseguir como bailarina y organizadora de eventos, aunque su jefe fuera el miserable de Lucky Royal.

¿Que por qué era miserable? Bueno, no se le ocurría una palabra mejor para describir a alguien que dejaba en la estacada a una mujer embarazada. Eve tragó saliva, aunque dudó que fuera bilis. Su padre había abandonado a su suerte a su madre cuando esta se quedó embarazada, quizás por eso había llevado tan mal aquella historia. Alyson Stewart era hija de Ryan y Denise

Stewart, los jefes directo de su madre. Eve y Alyson tenían la misma edad. Su madre encontró trabajo como limpiadora en aquella casa embarazada de tres meses. Ella contaba que se sintió agradecida de que alguien quisiera darle trabajo estando embarazada así que aceptó sin pensarlo. Entró como interna y estuvo trabajando hasta el octavo mes de embarazo porque Denise, la dueña, también estaba embarazada de dos meses más, pero a diferencia de su madre, ella se había pasado todo el embarazo reposando porque, al parecer, no era fácil crear un pequeño y perfecto milagro. Se ve que Eve no tenía nada de milagro y por eso su madre podía limpiar sin descanso aun estando en estado avanzado de embarazo. Estuvo trabajando hasta el octavo mes de gestación porque, cuando Alyson nació, el mundo se volvió completamente loco, al parecer, y no importaba que la madre de Eve aún estuviera embarazada: tenía que trabajar para que todo fuera perfecto en el hogar de la pequeña Alyson. Eve nació dos semanas antes de lo previsto así que su madre, realmente, solo descansó dos semanas embarazada y luego dos semanas cuando parió, porque en cuanto los puntos sanaron y empezó a moverse con cierta celeridad, Ryan y Denise consideraron que, dado que permitían que Eve viviera allí con ella, bien podía volver al trabajo. A consecuencia, Eve creció en una casa con una niña que tenía su misma edad, pero con todos los privilegios mientras ella apenas rozaba los derechos básicos para vivir dignamente. Soportó durante toda su infancia estudiar en un cuartucho, mientras Alyson tenía una habitación de estudios y otra de juegos. Alyson recibía una profesora diariamente, pero Eve no empezó el cole hasta que el estado obligó a Tala, su madre, porque los señores Stewart no querían que Alyson y Eve compartiesen estudios. Después de todo, estaban destinadas a vidas muy distintas, o lo que era lo mismo: Eve jamás podría ser alguien importante.

Eve apretó los dientes en la actualidad, aquellos recuerdos dolían demasiado, no tanto por el desprecio constante hacia ella siendo una niña, sino porque imaginaba lo duro que habría sido para su madre no poder darle todo lo que quería y deseaba. Saber que su hija sufría y no poder hacer nada, incluso sentirse inferior. Lo cierto era que Eve se sentía extremadamente orgullosa de su madre: hacía un trabajo durísimo, apenas era recompensada y aun así aguantaba para darle a ella la mejor vida posible. Quizás por eso, en cuanto tuvo conocimiento decidió salir de aquella casa y dejar de ser una carga para su madre. Había pasado penurias desde entonces, pero no se lo reconocía nunca a Tala, que vivía preocupada por ella. Había sacrificado toda su vida por ella, era hora de que Eve estudiara y luchara por un futuro en el que Tala por fin descansara tranquila.

¿Y qué tenía que ver todo aquello con Lucky Royal? Muy fácil, hacía algo más de un año que en Las Vegas estalló uno de tantos escándalos. Este, en concreto, Eve lo siguió de cerca porque estaba relacionado con Alyson. Esta y Lucky Royal salieron un tiempo, a juzgar por las fotos de revista en las que se les veía besándose en todos los clubs de lujo de Las Vegas. Según Alyson, lo suyo era serio, aunque Lucky nunca dijera nada públicamente. Pero debía de serlo, porque Alyson quedó embarazada y Eve no pensaba que fuera tan estúpida como para dejarse preñar una noche sin más. Alyson no era la persona que mejor le caía del mundo, pero era inteligente. Lucky Royal se desentendió por completo de aquel embarazo. Según le había contado su madre, la mansión de los Stewart fue un completo caos durante días. Ryan y Denise amenazaron públicamente a la familia Royal si Lucky no se hacía cargo y este, simplemente, no se pronunció al respecto. Eso no era tan raro, Lucky Royal era conocido por generar escándalos y no pedir perdón nunca, pero sí lo fue que nadie más en su familia emitiera un comunicado al respecto. Max Royal era un empresario de renombre, admirado y respetado en Las Vegas por todo lo logrado con su cadena de hoteles. El caso fue muy sonado, sobre todo porque Alyson perdió al bebé y, según Tala, se volvió prácticamente loca. Gritaba al servicio mucho más que de

costumbre, tanto como para que se escondieran a su paso y solo salieran a la luz cuando no les quedaba más remedio. La situación en la mansión se había vuelto un tanto insostenible incluso para sus padres, según le contaba a Eve su madre.

Eve pensaba que quizás podía parecer un tanto exagerado, pero tampoco podía imaginar el dolor de perder a un hijo... un hijo no reconocido. Un hijo que, de haber nacido, lo habría hecho como ella: repudiado por su padre.

Tragó saliva. No, en realidad, a ese bebé no le habría faltado de nada. No habría sabido de qué modo se rompe un corazón al oír a su madre llorar cada noche por el deseo de tener un vida mejor. Ese bebé nunca habría pasado todo lo que Tala y ella habían pasado. Y, aun así, se compadecía de Alyson, porque era caprichosa, egocéntrica, mimada y, según Eve había comprobado durante su niñez, maliciosa en exceso, pero nadie merecía un desprecio semejante.

Mientras miraba el contrato firmado, Eve intentaba controlar sus emociones, pero la sensación de haberse librado de los Stewart para caer en manos aún peores amenazaba con no dejarla dormir en toda la noche.

Lucky



Cansado. Así se sentía Lucky Royal tras una jornada de trabajo interminable. Ser el encargado del departamento de espectáculos del Hotel Royal Vegas era algo que le encantaba, pero tras la marcha de su asistente personal y futura cuñada, Havana, que había abierto su propia empresa de organización de eventos y espectáculos, se encontraba al borde del colapso. Era cierto que Havana se había presentado aquella misma tarde con una chica que, supuestamente, iba a ocupar su puesto, pero Lucky tenía sus dudas. No porque la creyera incapaz a pesar de su falta de experiencia, pues si Havana la había recomendado era porque realmente la creía competente, se trataba de otra cosa. Según había dicho, iba a trabajar como su asistente y bailarina mientras terminaba los estudios de derecho. ¿Cómo demonios pensaban compaginarlo todo?

Eve, la chica en cuestión, le había asegurado que podía con todo y él había decidido darle una oportunidad porque sabía lo que era pasar apuros económicos. Ella no se lo había dicho pero se notaba que necesitaba el dinero y por mucho que su antigua vida hubiera quedado atrás hacía ya mucho, empatizaba con la situación. Además, se notaba que Eve era una mujer con carácter. La forma en la que le había hablado, decidida y desafiante, le gustaba. Las chicas que irradiaban seguridad siempre le habían parecido muy sexys. Eso sumado a su tremendo atractivo, con esos impresionantes ojos rasgados propio de la mezcla de etnias, le habían ayudado a acabar de decidirse. Solo esperaba no haberse equivocado con su elección, pues le quedaban meses muy complicados por delante y sin ayuda no podría salir adelante.

Tras apagar el ordenador y las luces, dejó el despacho y la planta donde se ubicaban las oficinas desde las que se gestionaba el hotel y subió en el ascensor hasta la última planta, de uso privado, donde se encontraban los apartamentos que la familia Royal ocupaban.

Años atrás, en su llegada al Hotel Royal Vegas, Lucky se quedó pasmado ante la idea de ser acogido por el dueño de uno de los hoteles con más prestigio de Las Vegas. Por aquel entonces, Lucky ya había oído antes hablar del hotel en cuestión, pues era un emblema de la ciudad. Tenía casino, tiendas, piscinas, campo de golf, restaurantes, unos jardines de gran tamaño y una multitud de instalaciones dignas del mejor de los resorts. Además, la forma curva y el color bronce de su fachada lo hacían tremendamente característico. Siempre recordaría el día en el que,

meses después de su llegada, Max le preguntó si quería formar parte de la familia Royal de forma permanente. Lo hizo en una cena con sus hermanos y su abuela y todos celebraron la noticia con muestras de júbilo y regocijo, pues ya entonces Lucky se había ganado el cariño de todos a pesar de su carácter revoltoso y algo rebelde. Para Lucky, aquel fue el día más feliz de toda su vida. En su fuero interno pensaba que el karma había querido recompensarlo por su infancia de mierda. Vivir en el hotel y dejar atrás las casas de acogida fue como subir del infierno al cielo. Gracias a Max Royal terminó la secundaria en uno de los institutos de élite más prestigiosos de la ciudad, se sacó una carrera en una buena universidad y asumió la dirección de una de las áreas más importantes del hotel.

Con una sonrisa que aquellos recuerdos le habían sacado, pasó por casa para cambiarse y se dirigió a casa de Brooklyn, el mayor de sus tres hermanos adoptivos, donde había quedado para cenar. Al llegar se encontró con los otros dos hermanos: Dexter y Blake. Brooklyn y Dexter fueron los primeros niños a los que Max adoptó y eran hermanos de sangre. Ambos se parecían mucho entre sí: morenos, de ojos azules y complexión fuerte. Blake se unió a la familia más tarde. Era mestizo, de ojos oscuros, piel tostada y pelo corto y negro como la noche cerrada. Lucky era el menor de los tres, aunque solo se llevara dos años con Dexter.

—¿Y las chicas? —preguntó alzando las cejas. Desde hacía un tiempo los cuatro no se reunían sin presencia femenina. Eso se debía sobretodo al hecho de que sus hermanos, al contrario que él, habían encontrado el amor verdadero: Blake se había casado con Summer, su amor de la adolescencia, Brooklyn había contraído matrimonio con Jolie, una chef de renombre, y era padre de una criatura en común y Dexter, en un mes, iba a casarse con Havana, la mujer que hasta hacía poco lo traía por el camino de la amargura.

Era curioso ver las formas en las que podía manifestarse el amor. Lucky no era un romántico, pero tenía que admitir que envidiaba un poco a sus hermanos. Cuando los veía relacionarse con sus amadas, con esa complicidad e intimidad que él nunca había experimentado a pesar de haberse acostado con muchas, sentía algo abrasarle el pecho.

—Se han ido con los niños a cenar fuera —respondió Brooklyn a su pregunta, con el alivio patente en el tono de su voz.

Lucky sabía que la vida de Brooklyn había cambiado sustancialmente desde el nacimiento de su hijo. Paris Royal, el pequeño de la familia, tenía un genio de mil demonios. De recién nacido lloraba todo el tiempo sin consuelo. Ahora que ya tenía casi siete meses y que empezaba a gatear y, por tanto, a desplazarse, parecía haberse calmado. Además, Paris no era el único niño de la casa. También estaba Charlotte, la hija de Jolie que Brooklyn sentía como propia, que tenía asperger y necesidades especiales. Así que Lucky entendía perfectamente que su hermano sintiera alivio por aquel pequeño momento de tranquilidad.

—Entonces, ¿hoy cenamos solos?

Dexter asintió.

—Ya hemos pedido las pizzas.

Los cuatro hermanos rompieron en sonoras carcajadas pues desde que Jolie había ingresado en la familia Royal cenar pizza en lugar de alguna de sus deliciosas creaciones era casi una blasfemia.

Sentados en los cómodos sofás de Brooklyn, tras la llegada de las pizzas, se pusieron al día sobre sus cosas. Todos tenían novedades que compartir con el resto.

—Hoy nos han llamado de Servicios Sociales. La semana que viene llega a la casa un niño —explicó Blake. Blake y su mujer, Summer, quien al igual que los hermanos también había sufrido

las penurias del sistema de acogida, habían comprado una casa cerca del hotel para convertirla en casa de acogida con la idea de ofrecer un hogar temporal a niños necesitados. Hasta la fecha habían pasado por la casa un total de cuatro niños pequeños y aunque la experiencia había sido dura, pues Blake trabajaba muchas horas en el hotel, como todos ellos, él como jefe de seguridad, ambos parecían gratamente satisfechos.

—¿Os han dado alguna información sobre él? —Dexter alzó una ceja, curioso.

—Poca cosa. —Blake hizo una mueca de disgusto—. Madre muerta, padre desaparecido y muchas casas de acogida a sus espaldas.

—Su historia podría ser la nuestra —intervino Lucky, pensando en su propio pasado.

Blake asintió con un movimiento de cabeza, pues Blake, al igual que él, tuvo una infancia dura.

—Además, tiene diez años. Es el más mayor hasta la fecha.

—A lo mejor eso simplifica las cosas —dijo Dexter, supuso que refiriéndose a las mellizas de dos años que se alojaron con ellos semanas atrás.

—O no. Ya sabéis lo que dicen: niños pequeños, problemas pequeños; niños grandes, problemas grandes —apuntó Brooklyn.

Todos asintieron ante aquella frase y cambiaron de tema. Dexter decidió compartir los últimos detalles de su boda con Havana. Eso sirvió al moreno para comentar algo que, dada la sonrisa burlona que esbozó, le parecía muy divertido.

—Lucky, Havana me ha dicho que esperas conocer al amor de tu vida en nuestra boda.

Aquellas palabras se ganaron las carcajadas de los otros dos hermanos.

—Es cierto —confirmó Lucky, pues sí, eso mismo le había dicho a su amiga antes de marcharse de su despacho—. ¿No dicen que de una boda sale otra boda? Soy el soltero de la familia, así que me toca a mí.

Esta vez las carcajadas fueron sustituidas por sonrisas escépticas.

—¿Lucky Royal, el mujeriego más codiciado de Las Vegas, quiere comprometerse? —Brooklyn arqueó una ceja en su dirección.

—¿Por qué no? Vosotros lo habéis hecho, y antes de eso no erais muy distintos a mí.

—Creo que ninguno de nosotros ha estado a tu nivel. —Blake compartió una mirada significativa con el resto y Lucky se limitó a encogerse de hombros.

Sabía lo raro que sonaba que él, que se acostaba con una mujer distinta siempre que podía, incluso a veces con dos o tres mujeres a la vez, que armaba escándalos sin proponérselo por sus líos de faldas y que huía de las relaciones estables como quién huye de un tsunami con esperanza de salvar su vida, dijera aquello, pero realmente pensaba que estaba preparado para encontrar el amor. Si ellos lo habían hecho, ¿por qué él no?

Y con aquel pensamiento, siguieron pasando el rato hasta que las chicas, con Charlotte y Paris dormidos entre sus brazos, se unieron a ellos.

3

Eve



—¿Y de verdad no te han pedido experiencia, cielo?

Eve se mordió el labio ante la pregunta de su madre y agradeció enormemente no estar frente a ella, pues estaban hablando por teléfono. Por buena que pensara que era disimulando, su madre sabía captar una mentira al vuelo y no podía permitirse que descubriera la verdad sobre el trabajo: que, además de organizar espectáculos, bailarían en muchos de ellos. Sabía que aquello le disgustaría enormemente y su delicado corazón no estaba para esos trotes. Por fortuna, podía pasar todo aquel trago de manera telefónica y contaba con que, una vez se vieran, el tema ya no fuera tan importante y pudiese distraerla con anécdotas del trabajo.

—Sí, mamá, de verdad. Ayudaré a organizar las fiestas del Royal Vegas, ¿no es genial?

—¿El Royal Vegas? Hija, ¿no es el hotel de Lucky Royal?

—Sí, mamá, de hecho, es mi jefe... —El silencio al otro lado de la línea la puso nerviosa—. Está todo bien, durante la reunión ha sido bastante correcto y formal.

—Tiene muy mala fama, y ya sabes lo que le pasó a Alyson.

—Pero, mamá, Alyson salía con él. Solo es mi jefe, no hay, ni habrá ningún tipo de relación más allá de la laboral.

—Yo solo digo que su fama no es la mejor y no me gusta imaginarte cerca de personas que pueden llegar a hacer lo que él hizo.

—Bueno, Alyson tampoco es una santa.

—Dejar a una mujer en la estacada y embarazada es un acto cruel, por muy mal que te caiga esa mujer. Y déjame decirte que no le caería tan mal, cuando se acostó con ella.

—Puedes acostarte con alguien que te cae mal.

—No quiero hablar de esto.

Eve se mordió el labio, dividida entre la culpabilidad y la diversión, porque su madre se avergonzaba muchísimo cada vez que salía a relucir el tema del sexo.

—Mamá, no te preocupes. Sé bien cómo es Lucky Royal y no tengo ningún interés en hablar con él nada que no sea trabajo. De hecho, pienso esquivarlo todo lo que pueda. No te preocupes por mí.

Esta vez, fue su madre la que guardó silencio unos instantes antes de responderle.

—Sé que eres juiciosa y responsable. Ya no eres una niña a la que haya que decir cómo debe

actuar, pero no me pidas que deje de preocuparme por ti. No podré hacer eso nunca.

Eve se ablandó de inmediato.

—Lo sé, pero tienes que confiar en que has educado a una hija juiciosa y responsable, como tú misma dices. Las locuras no van conmigo, ya lo sabes. Y aunque así fuera, algo me dice que no soy el tipo de Lucky.

—Todas son el tipo de Lucky.

Rieron, estando de acuerdo en eso. Su fama le avalaba. Había visto infinidad de fotos y noticias relacionadas con sus líos de faldas y eso sin buscar detenidamente. No quería ni pensar todo lo que podía arrojar Google si metía su nombre en el buscador. Tampoco es como si pensara hacerlo.

Habló un poco más con su madre, colgó y observó el traje de bailarina que estrenaría al día siguiente. Claro que llamar traje a aquello era ser muy optimista. Era, básicamente, un bañador azul marino con lentejuelas plateadas que captaban la luz y brillaban sobremanera. En realidad, era muy bonito, y acompañado del sombrero y la cola azul de plumas que se enganchaban después, hacía un conjunto extravagante pero bonito y llamativo. No era vulgar, aunque evidentemente sus piernas, brazos y escote quedarían al descubierto, pero no era una puritana. A su madre no le gustaría, pero a Eve no le importaba vestir aquello frente al público, como tampoco le importaba no saberse la coreografía. Tenía un video con los pasos y se puso a practicar esa misma noche. Cuando había dicho que quería salir a escena al día siguiente sus compañeras la habían mirado raro pero ella había asegurado que podía aprenderse, al menos, dos coreografías. No dormiría mucho esa noche, pero necesitaba convencer a Lucky, y al resto, de que podía hacer aquellos trabajos de manera impecable.

Al final consiguió dormir una hora y media antes de que el despertador sonara. Tenía que ir a clases. Salió del dormitorio y se encontró con Darren, su compañero de piso, dormido en el sofá y con el mando de la videoconsola entre las manos. Tenía una bolsa de patatas medio derramada a un lado y una lata de cerveza sobre la mesita. Como ser humano en general Darren era bastante aceptable: simpático y gracioso. Como compañero de piso era nefasto. No era ordenado, ni limpio, ni tenía un don para la responsabilidad, y se pasaba las horas que no trabajaba tirado en aquel sofá jugando online y gritando a la tele. Si Eve le decía algo se enfadaba, porque al parecer jugaba online con otras personas y era a ellos a quienes gritaba por los auriculares. Eve pensaba que también podría jugar sin gritar y se lo dijo, pero Darren la miró como si fuera un extraterrestre. Era muy joven, más que ella. Apenas rozaba los veinte años y si Eve compartía piso con él era porque... Bueno, maldita sea, porque no tenía muchas más opciones. Aquel estudio estaba bien situado y, pagado entre dos, era barato. De haberlo encontrado ella primero habría echado a Darren, pero fue ella quien atendió a su solicitud de compartir piso, así que, si alguien tenía que marcharse, era ella, y no había nada mejor. Diablos, ya no podía permitirse aquello y, al salir y encontrarse de frente con su casero, se dio cuenta de hasta qué punto estaba jodida.

—Eve...

—Señor Harrison, le prometo que estoy en ello. He conseguido trabajo y pronto...

—Necesito el dinero, Eve. Hasta el vagabundo que tienes por compañero ha pagado ya.

—De verdad tengo trabajo, puedo enseñarle el contrato.

—Te creo, pero no es suficiente que te crea: tienes que pagarme.

El señor Harrison no era mala persona. Vivía del arrendamiento de aquel piso y tenía muchísimos gastos médicos debido a una enfermedad crónica que sufría. A su avanzada edad, no

podía buscar trabajo, así que Eve era muy consciente de que estaba haciéndole una faena.

—Si no pagas, tendré que buscar a alguien que se quede con esa habitación. Necesito el dinero, Eve, y este apartamento se alquila bien, aunque tenga al vago de Darren dentro.

Eve sonrió, agradecida de que, incluso en aquellos momentos, el hombre quisiera darle un toque de humor a la situación, pero no se dejaba engañar: estaba al límite.

—Hablaré con mi jefe hoy mismo y le pediré un adelanto. —Su casero la miró un tanto escéptico—. Se lo prometo, señor Harrison. Esta tarde y esta noche trabajo, pero mañana a primera hora tendrá su dinero.

La miró durante lo que a Eve le pareció una eternidad. Tenía que darse prisa si quería llegar a clases bien de tiempo. No podía permitirse retrasarse más. Finalmente, el señor Harrison asintió y ella sonrió en agradecimiento y voló hacia la facultad.

La mañana pasó volando, apenas pudo comer un sándwich en cinco minutos y, cuando quiso darse cuenta, estaba frente a las puertas del Royal Vegas, lista para su primer día de trabajo.

Entró con decisión y aparentando una firmeza que no sentía, se dirigió al despacho y pensó en su madre. Le había dicho que iba a esquivar a su jefe todo lo posible pero:

1- Tenía que organizar los eventos con él.

2- El más importante: tenía que pedirle en su primer día de trabajo que le adelantara, como mínimo, la mitad del sueldo.

Iba a ser una entrada a su vida laboral con los Royal de lo más interesante.

4

Lucky



A la mañana siguiente, Lucky llegó al departamento de espectáculos puntual como siempre. Saludó a cada uno de sus trabajadores y se encaminó hacia su despacho con ganas de empezar la jornada. Nada más llegar vio a Eve esperando de pie frente a la puerta. La vio sin que ella lo viera a él y aprovechó aquellos segundos para mirarla con detenimiento. Tuvo que admitir que era mucho más bella de lo que recordaba. Su rostro exótico, de ojos rasgados, labios llenos y tez tostada, llamaba mucho la atención. Además, era alta y de complexión delgada, aunque tenía curvas donde tenía que tenerlas y, bajo la tela de la camisa que llevaba, se adivinaban unos pechos firmes y de buen tamaño. Estaba convencido de que los clientes la adorarían, pues a pesar de no haberla visto subida sobre un escenario, había algo en su forma de moverse y gesticular que desprendía magia. El día anterior, Lucky había leído con interés su currículum. Había dado por hecho que Eve era nueva en la ciudad, pues no recordaba haberla visto antes y su físico no pasaba precisamente desapercibido, pero según sus datos, había nacido allí. Suponía que se movían por círculos distintos.

Como si Eve hubiera percibido su mirada, giró el rostro, lo pilló en su repaso visual y entornó los ojos, de forma reprobatoria. Lucky se limitó a torcer la sonrisa con descaro y se acercó a ella.

—¿Preparada para tu primer día? —preguntó abriendo el despacho para dejar que ella accediera a su interior.

Como respuesta, Eve se limitó a asentir como un movimiento corto y profesional.

Se sentaron cada uno en su sitio. Lucky tras la mesa del escritorio y Eve enfrente. A Lucky no le costó captar la incomodidad de la chica. Sus hombros estaban tensionados y se sentaba en el borde de la silla, como si estuviera preparada para salir corriendo de allí en caso de ser necesario. El día anterior ya había notado una actitud distante y fría hacia él, supuso que derivados de su posición, pues ser un Royal solía despertar respeto ante sus interlocutores. No era algo que a Lucky le gustara demasiado, pues era un tipo amigable, que adoraba tener un trato cercano con todo el mundo, y más con las chicas bonitas como Eve.

—Bueno, Eve, no sé si tienes alguna pregunta o duda que necesites que te resuelva antes de ponernos manos a la obra con la programación de la semana —dijo con un tono de voz distendido, intentando destensar el ambiente cargado que los rodeaba.

—En realidad, sí que me gustaría comentar algo contigo —dijo ella, con las cejas arqueadas y

la incomodidad aún más patente que antes. Lucky asintió y Eve tragó saliva antes de volver a hablar—. Necesitaría un adelanto de mi sueldo esta misma semana a poder ser. Sé que eso no es lo que estipula mi contrato y que no tienes por qué aceptar mi petición, pero estoy en un apuro con mi casero y no se me ocurre otra forma de poder pagar la renta de este mes —dijo todo aquello de carrerilla, mirándolo a los ojos de una forma que dejaba en evidencia lo poco que le gustaba tener que hacer aquella petición—. Puedes pagarme con intereses si es necesario, estoy tan desesperada que aceptaré cualquier condición que quieras imponerme.

Lucky la miró en silencio, evaluando la solicitud de Eve. Era consciente de lo fácil que sería para él extenderle un cheque con la cantidad que necesitara, pero sabía que esa solución sería solo temporal y Eve parecía tener problemas económicos graves. Lucky podía tener todos los lujos del mundo al alcance de la mano, pero nunca olvidaría la sensación de impotencia que sintió durante sus primeros quince años de vida, cuando conseguir un plato caliente o ropa de su talla era casi imposible.

—Eve, no sería un problema adelantarte el dinero, pero hay una opción que quizás sea más interesante para ti. En el hotel existen habitaciones compartidas para los empleados. No son como las habitaciones destinadas a nuestros clientes, claro está, y no a todo el mundo le gusta el hecho de compartir espacio, pero no tendrías que pagar nada por ello.

Los ojos de Eve se abrieron de par en par.

—¿Hablas en serio? ¿Es una opción real?

—Lo es.

—¿Y no tendría que pagar nada por ello?

Lucky negó con la cabeza.

—No está estipulado en el contrato porque mucha gente prefiere vivir fuera de las instalaciones del hotel, pero debieron ofrecerte la posibilidad en Recursos Humanos. Se les olvidaría decírtelo.

Tras aquellas palabras el rostro de Eve reflejó la duda que estaba viviendo en su interior. Apenas conocía a aquella chica, pero se notaba que era una persona independiente y autónoma que odiaba tener que pedir favores a otros. Su forma de arquear las cejas, con recelo, era indicativo de ello.

—¿Y cuándo podría mudarme?

—Hoy mismo. Siempre hay habitaciones libres. Si quieres, puedo llamar al departamento correspondiente para que te busquen una ahora mismo.

—La verdad es que eso sería de gran ayuda. La universidad se queda con mucho del dinero que gano y entre el alquiler y los gastos no me queda nada para vivir —explicó algo cortada, como si quisiera excusarse ante sus necesidades.

—Pues no se hable más. Ve a casa a por tus cosas y cuando vuelvas ingresa directamente al edificio anexo. Allí te atenderá uno de nuestros recepcionistas y te presentarán a tu nueva compañera —explicó, sacando el móvil del bolsillo del pantalón con intención de llamar a uno de sus contactos directos. Podría decirle a su secretaria que se encargara ella de hacer las gestiones, pero sabía que haciéndolo él mismo sería más rápido.

—¿Ahora? —preguntó contrariada—. Pero hoy es mi primer día de trabajo y no debería...

Lucky levantó una mano pidiéndole que no siguiera con su frase.

—Lo primero es lo primero. Puedes empezar mañana y tomarte el día de hoy libre para hacer el traslado. No viene de un día. —Lucky le guiñó un ojo—. ¿Necesitas ayuda para hacer la mudanza? Puedo mandarte a alguno de nuestros mozos con una furgoneta para agilizar el

proceso.

—Eh... No, gracias. No tengo muchas cosas, en realidad. Caben en mi coche sin problemas.

—Bien, entonces —Hizo un ademán con la mano pidiéndole que se marchara—. Nos vemos mañana a primera hora.

—¿Estás seguro? —Eve parecía dudosa.

—Aunque el trabajo me sale por las orejas y necesito ayuda como aire para respirar, puedo apañármelas un día más sin ti. Ve a por tus cosas y mañana empezamos.

Sus palabras fueron recibidas por Eve con una medio sonrisa. Era la primera vez que veía a Eve sonreír, aunque fuera a medias, y la sensación que le produjo haberlo conseguido le gustó. Algo le decía que aquella chica no era muy dada a conceder sonrisas así como así.

Eve se levantó de la silla, se despidió de Lucky y salió por la puerta dejándolo solo al teléfono. Le costó dos minutos conseguir una buena habitación para ella. Luego, se puso manos a la obra con la tonelada de trabajo pendiente, aunque en su fuero interno no podía dejar de desear que fuera ya la mañana siguiente para tener a Eve con él para echarle una mano. Su ayuda le iría bien. Muy bien.

5

Eve



Eve se dejó guiar por el pasillo en el que estaban las habitaciones de los trabajadores. Delante de ella, uno de los recepcionistas la ayudaba cargando una maleta mientras ella sostenía una caja de utensilios de la mudanza entre sus manos.

—A veces, por las noches, alguien hace una quedada un poco ruidosa, pero por lo general la convivencia es buena y procuramos no molestarnos unos a otros.

—Es bueno saberlo, porque necesito cierta tranquilidad para estudiar.

—Ya no somos adolescentes, tranquila —contestó risueño—. Por lo general todos acabamos cansados y muchos, como tú, estudian, así que es un buen lugar para vivir. Además, desde Recursos Humanos me han dicho que, como tienes dos trabajos, ocuparás el puesto de dos personas. Es decir, en tu habitación seréis solo dos, en vez de tres, como es habitual.

—Oh, ¿en serio?

—Sí, ya se lo hemos dicho a tu compañera y diría que está encantada con la decisión. Has ganado puntos en la convivencia solo por eso.

Se paró frente a una puerta blanca, pasó la tarjeta que ejercía de llave y se apartó a un lado para que Eve pudiera pasar al interior. La habitación era bonita y funcional. Había tres camas individuales y un escritorio, además de un televisor pequeño colgado en la pared y una puerta que imaginó que iba al baño. Al fondo una encimera con grifo, un microondas, una vitrocerámica y una nevera. Era pequeña, pero funcional. Y todo se veía nuevo y limpio.

—Te dejo para que te instales. Si necesitas cualquier cosa, pregunta en recepción y procuraremos ayudarte.

Eve se despidió de él pensando que era muy amable y, cuando al fin estuvo sola, se tiró en la primera cama que vio dejando salir una sonrisa radiante. Dios, ¡aquello era genial! Sí, podía parecer que ya estaba mayorcita para compartir miniespacio con otra persona pero es que ella había compartido espacio con un compañero un tanto vago, descuidado con la higiene y obsesionado con los videojuegos. Por mucho que el piso fuera más grande, no compensaba en absoluto. Tan contenta estaba que se puso a hacer el mismo movimiento que cuando las personas hacen “ángeles de nieve” en el suelo. Y en esas estaba cuando la puerta se abrió y una chica negra con un pelo afro que le parecía una maravilla entró sorprendiéndola. Elevó una ceja, sonrió de medio lado y se cruzó de brazos.

—Veo que estás adaptándote bien a tu nuevo hogar, pero esa es mi cama.

—¡Oh, lo siento!

Eve se levantó tan rápido que tropezó un poco. La chica, lejos de mostrarse ofendida, soltó una carcajada y se acercó para darle un abrazo que la pilló completamente desprevenida.

—¡Bienvenida! No me importa que te restriegues por mi cama. Incluso puedes dormir en ella. Estoy eternamente agradecida contigo porque, gracias a tus dos trabajos, no nos asignarán otra compañera, lo que significa que tú estarás tan ocupada que es como si, en realidad, viviera aquí sola.

Eve sonrió, porque entendía perfectamente su punto de vista.

—Bueno, estudio mucho de noche. Tengo una lámpara muy pequeña, pero si te molesta...

—En absoluto. Cuando me duermo, lo hago tan profundamente que a veces he asustado a algunos amantes porque no sabían si directamente me había desmayado.

Eve volvió a reír. Le gustaba su nueva compañera. Le gustaba mucho.

—Genial.

—Eso sí: ronco.

—No es problema, tengo taponos hechos a medida. —Su compañera elevó una ceja y Eve se apresuró en aclarárselo—. Vivía con un chico asiduo a los videojuegos online y se pasaba el día, y la noche, dando gritos a la tele.

—Joder, eso tiene que ser insoportable.

—Bastante —admitió.

—Bueno, yo ni siquiera sé encender una consola, si te sirve de consuelo. Me llamo Kenia.

—Encantada, Kenia, yo soy Eve.

—Lo sé, la nueva chica del cuerpo de baile. Somos compañeras.

—¡Oh! Genial, entonces supongo que podrás ayudarme. He visto que ensayáis en el salón de pesas, pero al pasar por allí no lo he visto.

—No es el salón de pesas del gimnasio abierto al público. Tenemos un espacio adaptado en esta zona del hotel, solo para trabajadores.

—¿En serio?

—En serio, chica, has ido a caer en un gran sitio para trabajar: los Royal saben cómo cuidar a sus trabajadores.

—Oh, fíjate que yo pensaba...

—¿Qué? —preguntó Kenia con curiosidad.

—No, nada.

Eve decidió que no iba a hablar de más. Siempre había estado orgullosa de ser una persona prudente y pensaba seguir siéndolo. No iba a confesarle a su nueva compañera, por muy bien que le cayera, que ella pensaba que los Royal eran unos vividores más preocupados de su fama que de su trabajo.

Claro que, en realidad, sabía bien que todos estaban emparejados. Todos menos Lucky, así que quizás debería puntualizar que ella pensaba que Lucky Royal era un vividor más preocupado de su fama que de su trabajo. Sin embargo, empezaba a pensar que quizás eso no era del todo cierto. No es que de pronto le cayera genial o confiara en él. Ni hablar. Eso no ocurriría nunca. Pero tenía que admitir que había sido todo un detalle que le diera un día más solo para instalarse, buscara aquella habitación y, en definitiva, fuera tan justo y comprensivo con ella. Que, además, lo hiciera con todo el mundo, según le estaba contando Kenia, era un signo más de que Lucky Royal podía ser un vividor, un mujeriego y un engreído, pero lo que también estaba claro era que

se preocupaba por su negocio y sus trabajadores, y eso ya era un punto a su favor enorme.

Si tenía que soportar su presencia, era bueno saber que, al menos, no era un cretino al cien por cien.

6

Lucky



Una semana más tarde, Lucky entró en el restaurante de Jolie, que se encontraba dentro de las instalaciones del hotel junto a los demás restaurantes, con prisas. Llegaba tarde. Otra vez. En las últimas semanas tenía la sensación de que llegaba tarde siempre. El trabajo lo desbordaba, incluso ahora que contaba con la ayuda de Eve, su lista de tareas pendientes no había disminuido demasiado.

Pensó en Eve. Durante aquella semana habían trabajado codo con codo a diario y la sensación de que su asistenta lo trataba de forma fría y distante era muy evidente. En un inicio Lucky creyó que se debía a un rasgo de su carácter, pero al verla interactuar con los demás empleados del departamento comprendió que no era ese el motivo. Eve era simpática con todo el mundo menos con él. Se lo hubiera reprochado de no haber sido porque, a pesar de todo, era muy buena en su trabajo. Era resuelta, tenía iniciativa y sabía captar a la perfección las necesidades que se derivaban de cada tarea a realizar. Y tampoco es que lo tratara mal, para nada. Era correcta y cordial en todo momento, pero siempre desde la distancia. Tenía la sensación de que Eve había levantado un muro enorme e infranqueable entre ellos y que, cuando hablaban, lo hacían cada uno desde su lado del muro. Lo peor de todo aquello era no saber por qué lo trataba de aquella manera y la ignorancia lo hacía sentir incómodo con la situación.

Suspiró mientras serpenteaba entre las mesas del restaurante y se dirigía a la terraza, donde encontró a su familia al completo esperándolo. Solo faltaba Jolie que aquella noche trabajaba y se pasaría a saludarlos luego. Su padre y su abuela Abigail habían ocupado los extremos de la mesa, como los anfitriones de aquella familia cada vez más numerosa. Sonrió al ver al pequeño Paris dormir tranquilo dentro de su cochecito. Guiñó un ojo a Charlotte, la hija de Jolie, que lo saludó con efusividad. Y saludó a todos sus hermanos y cuñadas con un movimiento de cabeza. En aquella ocasión, además, también se encontraba entre ellos el nuevo niño de acogida que había llegado a casa de Summer y Blake la tarde anterior. Era la primera vez que lo veía y al posar sus ojos sobre él una punzada de nostalgia le sobrevino. Le recordó mucho al chico delgado y de mirada triste que un día fue. Además, era moreno y tenía los ojos claros, como él, aunque en su caso, sus ojos no eran azules sino verdosos. Con una sonrisa que pretendía parecer tranquilizadora, ocupó la silla libre que había a su lado y se presentó.

—Soy Lucky, el hermano molón de la familia. —Le tendió la mano en un gesto que quería

que pretendía demostrarle que podía confiar con él.

—Parker —musitó el muchacho, en un tono de voz flojo, mirándolo con recelo, pero estrechando su mano.

Lucky sabía de sobras que muchos niños llegaban a sus respectivos hogares de acogida con un bagaje emocional muy duro. Era normal que Parker no se fiara de él, ni de él ni de ninguno de los Royal presentes. Cuando la vida te da palos constantes acabas asumiendo una actitud defensiva.

Poco después, un camarero les pidió nota y la cena dio comienzo con una conversación animada y divertida. Havana y Dexter les hablaron de los preparativos de la boda. Faltaban solo tres semanas y su futura cuñada estaba como loca con todo aquello. Por su parte, Brooklyn, que era director general del hotel junto a su padre, les habló de la nueva línea de negocio que estaban estudiando para el hotel. El Hotel Royal Vegas estaba en constante cambio y evolución como un ente vivo. En algún punto de la noche, apareció Jolie y se sentó en la mesa con ellos. Parecía feliz, y se alegraba, pues los primeros meses de vida de Paris la pobre parecía una muerta viviente desbordada por la maternidad. Volver a trabajar le había ayudado a sentirse realizada y su felicidad parecía haber relajado incluso a Paris, que ya no era el bebé llorón del principio, aunque seguía siendo intenso. Su abuela, Abigail, aprovechó un momento de calma para felicitar a Lucky por la incorporación de la nueva bailarina. Según ella, que había sido una vedette famosa en su época, se notaba que Eve llevaba el ritmo en la sangre. Lucky tenía que admitir que no le faltaba razón ya que las veces que la había visto actuar se había sorprendido ante su frescura frente al público. Nadie hubiese dicho que no se dedicaba a aquello de forma profesional. Cuando terminó la velada, Lucky lo hizo con una sensación de paz enorme, a pesar que las cenas familiares como aquellas solían estar caracterizadas por el caos más absoluto, caos del que él era partícipe siempre. Pero le gustaba formar parte de los Royal, sentirse querido y apoyado.

Pagaron la cuenta, algo que hacían siempre a pesar de que Jolie insistía en que no hacía falta, y desocuparon la mesa sin dejar de hablar. Lucky puso la silla en su sitio y entonces reparó en una foto que había en el suelo. Se agachó para cogerla y mirarla. Se trataba de la foto de una niña de unos cinco años que sonreía a la cámara. La niña era morena, tenía los ojos verdes y llevaba puesto un uniforme escolar de uno de los colegios privados de la ciudad. No le costó mucho reconocer a Parker en la mirada de aquella niña. Se parecían, era tan evidente que compartían genes que no tuvo duda alguna de que aquella foto le pertenecía.

—Creo que esto es tuyo —dijo tocándole con suavidad el hombro.

El chico miró lo que tendía y la expresión de los mismos cambiaron durante una fracción de segundos. El hielo se derritió y vio en ellos algo parecido al cariño. No se había equivocado en sus suposiciones. Parker cogió la foto como si se tratara de un tesoro valioso y se la guardó en el bolsillo del pantalón.

—Gracias —musitó antes de salir corriendo hacia el exterior.

Lucky solo sabía de Parker lo que Blake le había contado, pero estaba convencido de que su historia estaba llena de muchas más sombras de las que imaginaban.

Se despidió de toda la familia en el vestíbulo del hotel, excepto de Havana y Dexter, con los que se dirigió hacia el auditorio donde aquella noche se llevaba a cabo uno de los espectáculos semanales. Como siempre, nada más traspasar la puerta de la sala, el sonido de la música y de la gente charlando y riendo le llegó al oído como una pequeña onda expansiva. Le encantaba el ambiente privado del auditorio y su iluminación tenue. Las mesas redondas ocupaban el espacio

central. A un lado, había una barra de bebidas donde la gente se parapetaba para pedir la próxima ronda. En frente, estaba el escenario donde en aquel momento las bailarinas estaban interpretando una coreografía de Moulin Rouge con Eve en el centro. Era increíble como la joven se convertía en el centro de la acción y las miradas. Sus gestos, su forma de moverse, su expresión facial... todo el conjunto era atrayente y te obligaban a mirarla por encima de cualquier otra cosa que le rodease.

Pidieron unas copas en la barra, ocuparon una de las mesas libres y disfrutaron de la compañía y los bailes que se fueron desplegando sobre el escenario.

—Eve es buena, muy buena —dijo Havana aplaudiendo con una sonrisa tras la finalización de un nuevo baile.

—¿Y no es profesional? —Dexter parecía sorprendido.

Lucky se encogió de hombros y volvió a clavar su mirada en Eve que, tras un breve receso, se preparó para una nueva actuación. En ese instante, sus ojos se encontraron y él le sonrió, pero ella, en lugar de devolverle la sonrisa, apartó la mirada con frialdad. La decepción le recorrió de arriba a abajo.

—¿Lucky? —Una voz femenina le llegó desde hacia atrás y Lucky se giró para enfrentarse a la propietaria de dicha voz. Se trataba nada más y nada menos de Alyson Stewart, perteneciente a una de las familias más pudientes de la ciudad, y la culpable que, años atrás, lo situó en el centro de uno de los escándalos más jugosos en años. No estaba sola, como siempre le acompañaban sus dos fieles escuderas, que eran una fotocopia suya.

Por norma, Alyson no solía frecuentar su hotel, pero había excepciones, y en todas ellas su obsesión por seducirle acababan desquiciándolo. Daba igual lo mucho que Lucky le dijera que no le interesaba, Alyson siempre lo intentaba de nuevo. Y puede que Alyson fuera una mujer atractiva, de larga melena rubia y largas piernas, pero era insoportable. Caprichosa, mentirosa y, bajo su opinión, mala persona.

—Hola, Alyson —musitó con un tono de voz que dejaba en evidencia lo poco que le gustaba su presencia allí.

Ella se acercó, moviendo las caderas con descaro. Llevaba un vestido rojo que realzaba su figura, pero sus ojos, en lugar de reparar en ello, se centraron en Eve que en aquel momento hacía una pirueta sobre el escenario ganándose el aplauso del público. Captó el instante en el que los ojos de Alyson se posaron en Eve y la expresión de su rostro mutó hacia la incredulidad más absoluta.

—¿Qué hace ella aquí? —ladró señalándola con el dedo índice, con desagrado.

—¿Ella? —Lucky la miró sin entender—. ¿Te refieres a Eve?

—A Eve, sí.

—¿La conoces?

—¿Qué si la conozco? —Alyson cruzó los brazos y cambió el peso de una pierna a la otra—. Es la hija de nuestra ama de llaves.

Aquella revelación fue como un puñetazo en el estómago para Lucky. ¿Eve conocía a Alyson? ¿La madre de Eve trabajaba para los Stewart? Fue como si de pronto acabara de encontrar la pieza que le faltaba para completar un complejo rompecabezas, una pieza importante con la que, sin ella, era imposible comprender la imagen que se imprimía en su superficie.

Eve lo detestaba porque conocía su historia con Alyson.

Ahora, todo tenía sentido.

Eve



Por la mañana, Eve entró a trabajar con un café en la mano y pensando que el curso se le iba a hacer muy cuesta arriba. Aunque estudiaba la carrera de forma telemática, restar horas al sueño para estudiar iba a hacerla colapsar en algún momento. Tenía que concentrarse en la larga lista de tareas que tenía pendiente, pero era complicado si todo lo que podía pensar era que necesitaba dormir.

Abrió la puerta del despacho y se encontró a su jefe impecable, como siempre. Odiaba profundamente que Lucky luciera siempre como si estuviera listo para hacer una sesión de fotos para una portada de revista. Era insoportable pensar que le costaba tan poco esfuerzo lucir atractivo y sexy constantemente, cuando ella, para tener un aspecto medianamente aceptable necesitaba kilos de corrector de ojos y, como mínimo, dos cafés.

—Buenos días, Eve. Toma asiento, tenemos que hablar de algo.

Su tono era serio y se preguntó de inmediato si habría fallado en algo. Sus compañeras volvieron a felicitarla la noche anterior, así que sabía que no era nada relacionado con su puesto como bailarina. Repasó rápidamente la agenda, en busca de algún detalle que hubiese olvidado, pero no encontró nada.

—Tú dirás. —Intentó mantener un tono profesional.

—Anoche tuviste un público un tanto... especial. —Eve lo miró sin entender y Lucky, por fortuna, no se hizo de rogar—. Alyson Stewart estuvo como público y me dijo que te conocía.

Los nervios de Eve se tensaron por completo. ¿Alyson la había visto bailar? Eve estaba relativamente tranquila porque pensaba que su madre jamás iba a sitios como aquel y nunca se enteraría de que bailaba sobre un escenario con según qué prendas, puesto que Eve no tenía demasiadas amistades y las que tenía, no tenían relación con su madre. No contó en ningún momento con que Alyson fuera allí, teniendo en cuenta lo mal que, al parecer, había acabado con Lucky. Intentó no hiperventilar, pero le salió a medias.

—Entiendo.

No pudo decir más y Lucky se dio cuenta, porque se levantó, rodeó el escritorio y se apoyó sobre este, mucho más cerca y mirándola con una amabilidad que, de algún modo, la puso más tensa.

—Me contó que eres hija de su ama de llaves.

La espalda de Eve se tensó de inmediato, al igual que sus hombros. Cada vez que alguien hacía referencia a su madre, Eve se preparaba para atacar, y esa vez no sería menos, sin importar que Lucky fuera su jefe, no iba a consentirle que la denigrara de algún modo.

—¿Supone un problema que sea hija de una criada?

El único cambio en la expresión de Lucky fue que sus cejas se alzaron un tanto sorprendidas.

—En absoluto y, por favor, no la llames criada. Hasta tú entenderás que es un término un tanto feo.

—Es lo que es.

—Es una ama de llaves, lo que en mi familia se traduce como ser una persona de confianza.

Para Eve no era así. Había visto el modo en que los Stewart denigraban a su madre, ordenándole cosas que hacían que la sangre de Eve hirviera, como la temporada que la obligaron a llevar cofia para dejar claro que no era más que una plebeya al servicio de ellos. Lucky debió percatarse de que sus pensamientos estaban volviéndose oscuros porque habló con voz suave.

—No siempre he sido un Royal, Eve. Sé bien lo que es pasar necesidades y no estoy aquí para avergonzarte por ello, o por el trabajo de tu madre, que es tan digno como otro cualquiera. — Aquello sorprendió sobremanera a Eve, que se relajó un poco de inmediato—. Si te he sacado el tema es porque, después de que Alyson me contara que te conoce, he entendido el motivo por el que te muestras tan fría conmigo.

—No me muestro fría contigo.

—Cielo, eres un témpano de hielo.

—No me llames “cielo”.

—Tienes razón, perdona. Ha estado fuera de lugar. —Lucky no parecía realmente arrepentido. De hecho, hasta sonrió con picardía—. Lo que quiero decir es que, independientemente de lo que creas, yo no...

—¿Puedo marcharme? —Lucky pareció sorprendido con su interrupción, pero Eve tenía la cabeza en su madre. Solo en ella—. Necesito hablar con Alyson. Necesito... Tengo que irme, Lucky.

—¿Qué ocurre?

—¿Puedo marcharme o no? Recuperaré las horas en cuanto vuelva.

Él lo pensó un solo instante, de inmediato asintió, se levantó y estiró la mano para ayudarla a levantarse. En realidad, era un gesto de amabilidad más que una ayuda necesaria, pero Eve no se vio con fuerzas de decir nada al respecto. Salió del despacho tan rápido que tropezó con la moqueta del pasillo. Caminó deprisa, cogió un taxi y fue hasta casa de los Stewart.

Su madre no estaba, por fortuna, pues había ido a hacer la compra, así que pudo preguntar por Alyson y pedir que la recibiera. Esta lo hizo, con altanería y llevándola hasta el salón, solo para sentarse y mirarla de pie. Había aprendido desde muy joven que, si no recibía una invitación expresa, ella era como un sirviente más y no podía sentarse.

—Tú dirás.

—Sé que me viste bailar anoche —soltó sin medias tintas.

—Así es. —Alyson sonrió con frialdad—. No sabía que habías desarrollado ese gusto por lo vulgar.

Eve se tragó el insulto. No era el momento de ponerse al nivel de Alyson. Su prioridad era otra y no perdió tiempo, puesto que no sabía cuánto tardaría su madre en llegar a la casa y darse cuenta de su presencia.

—Alyson, mi madre no sabe que bailo. Ella piensa que solo ayudo en la organización de

eventos y quería pedirte, por favor, que no se lo cuentes.

Alyson hizo un gesto reprobatorio con la lengua, más para burlarse de ella que otra cosa.

—Pobre Tala. ¿Qué pensaría si supiera que su hija se pone poco menos que un bikini y sale a complacer los deseos ocultos de los clientes?

Eve torció el gesto. Alyson hacía parecer aquello denigrante, pero en realidad, ella bailaba tanto para hombres como para mujeres. Eran coreografías destinadas a entretener y no a excitar, aunque no iba a ponerse a explicarle eso a Alyson, pues sabía que era inútil.

—Solo necesito que no se lo digas. Su salud no es la mejor y no quiero que tenga problemas.

Alyson pareció pensarlo unos instantes que a Eve le resultaron eternos. Finalmente, suspiró largamente, como si el simple hecho de soportar su presencia fuera un trabajo en sí e hizo un gesto un tanto despectivo con la mano.

—No diré nada, no necesito que el ama de llaves caiga enferma y nos deje al servicio sin organizar.

Eve se tragó la bilis. En realidad, eso era lo que le importaba, que su madre enfermara y ellos tuvieran que hacer el inmenso esfuerzo de organizar al personal. Por supuesto, Eve lo pensaba con ironía. No protestó, sabía bien que discutir con Alyson nunca era una buena idea. Lo había aprendido por las malas.

—Gracias —se limitó a decir.

—Sin embargo, voy a darte un consejo. Mantente tan alejada como puedas de Lucky. Puede que te parezca que te mira con ojos distintos al resto, pero créeme, conozco todas sus miradas. Te hará creer que eres el centro del mundo y, cuando pienses que lo has cazado... zas. Cortará la red y te darás un golpe tremendo contra el suelo.

—No... no pienso eso. No quiero cazarlo, Alyson. Solo trabajo para él.

—Tú acepta mi consejo, por si acaso.

—Hola, hija, ¿qué ocurre?

Eve se sobresaltó al oír la voz de su madre. Venía cargada con bolsas de la compra, se acercó a ella y cogió un par de ellas.

—Quería verte —dijo en un tono nervioso.

Su madre observó a Alyson, que se miraba las uñas con total indiferencia. Eve sabía que estaba pensando si quizás habría algo más, pero si algo la caracterizaba era que nunca hacía preguntas. Eve no sabía si era porque no quería conocer las respuestas o porque pensaba que no eran asunto suyo. En cualquier caso, cuando la invitó a tomar un té en la cocina, aceptó. Miró a Alyson una última vez y la vio sonriéndole de un modo que le erizó todo el cuerpo.

Eve sabía que, aunque de momento Alyson le hubiera dicho que iba a mantenerse callada, nada le aseguraba que fuese a ser así siempre. Desde ese día, tenía que contar con una preocupación más sobre su espalda.

Lucky



Días más tardes, Lucky se detuvo en un semáforo en rojo esperando que este cambiara de color mientras a su lado, Eve, centraba la atención en su teléfono móvil como si él no existiera.

Después de su primer intento de contar a Eve las mentiras de Alyson, había intentado volver a hacerlo en diversas ocasiones, pero esta no parecía muy interesada en escuchar sus justificaciones. Cada vez que sacaba el tema ella lo cortaba o buscaba alguna excusa para ausentarse. Eve le parecía una de las mujeres más frustrantes que había conocido nunca. Era obstinada como pocas. Por algún motivo, se le había metido entre ceja y ceja no darle una oportunidad de explicarse y, hasta la fecha, había conseguido su objetivo con creces.

Aquella mañana ambos tenían que ir hasta el almacén de uno de sus proveedores para elegir la decoración que iban a utilizar sobre el escenario de una de las fiestas que iban a organizar ese mes. Se encontraba en las afueras, así que Lucky había sugerido que fueran ambos hasta allí en su coche, pensando que una vez en su interior Eve no podría escapar de la conversación, pero lo primero que había hecho esta al sentarse en el asiento del copiloto había sido colocarse unos auriculares en las orejas e ignorarlo como si no existiera. Así que Lucky no podía dejar de pensar en lo frustrante que le parecía aquella situación. Eve podía ser una buena empleada, trabajadora y resolutiva, pero a nivel personal su falta de comunicación le hacía preguntarse hasta qué punto tenerla como asistente era una buena idea.

El semáforo se puso verde a su favor y Lucky siguió su camino. Giró en una de las avenidas y, justo en aquel momento, el teléfono móvil, que estaba conectado al sistema bluetooth del vehículo, empezó a sonar. Lo descolgó al ver que era Blake el que llamaba y respondió con un saludo enérgico por el manos libres. Al otro lado del hilo telefónico, la voz angustiada de Blake le preocupó al instante.

—No encontramos a Parker. Esta mañana, cuando hemos ido a su habitación a despertarle, ya no estaba.

Lucky se puso un tanto nervioso y decidió aparcar el coche en el primer hueco libre que encontró con la intención de hablar con su hermano con tranquilidad. Aquello despertó la curiosidad de Eve que se quitó uno de los auriculares de la oreja y le miró de reojo.

—¿Sus cosas están? —preguntó Lucky tensionado ante la posibilidad de que el muchacho se hubiera escapado.

Puede que apenas conociera a Parker, pero al verle había sentido hacia él una conexión inexplicable. Quizás porque le recordaba demasiado a él mismo a su edad.

—No, no. Sus cosas están aquí.

—Eso significa que piensa volver.

—¿Tú crees? —Blake hizo un breve silencio—. No sabemos qué hacer, tío. Brooklyn dice que llamemos a la policía o a Servicios Sociales, pero Summer está convencida de que si lo hacemos se lo llevarán. Dexter ha salido a buscarlo por las cercanías con el coche y yo me he quedado aquí en la casa con Summer por si aparece.

Lucky asintió lentamente, intentando pensar qué haría sin dinero y solo un chico de su edad en Las Vegas. Probablemente hubiera usado el bono de transporte público para desplazarse, así que podría encontrarse en cualquier punto de la ciudad. Fue entonces cuando un pálpito se hizo eco en su interior. Recordó la foto de la niña que Parker había perdido durante la cena en el restaurante y algo le dijo que esa niña tenía mucho que ver con su desaparición.

—Blake, no llaméis a nadie. Tengo una ligera idea de dónde puede estar.

—¿Dónde? —La voz de Blake sonó esperanzada.

—Parker tiene una hermana pequeña. El otro día se le cayó una foto suya durante la cena y la vi. Llevaba el uniforme de un instituto privado de la ciudad.

—¿Una hermana? —La voz de Blake parecía incrédula—. En Servicios Sociales no nos dijeron nada de una hermana. ¿Crees que ha ido a verla?

—Es probable. Si yo tuviera una hermana con la que no convivo y supiera dónde encontrarla, iría en su busca sin duda.

Blake le dio la razón y tras intercambiar un par de frases más cortó la comunicación asegurándole que lo llamaría en cuanto llegara a la escuela en cuestión.

—¿Todo... bien? —preguntó Eve cuando puso el coche en marcha.

—No. Vamos a llegar tarde a la reunión, tenemos que hacer algo antes. ¿Puedes llamar a Rob para retrasarla?

Eve asintió en un movimiento de cabeza y Lucky condujo con toda la calma de la que fue capaz hacia la escuela, que se encontraba a unos diez minutos de donde se encontraban.

—¿Va todo bien? —preguntó tras la breve llamada a Rob, el proveedor al que habían quedado para ver aquella mañana.

—Mi hermano Blake y Summer, su mujer, tienen un niño de acogida en casa y ha desaparecido. Yo tengo la intuición de donde puede encontrarse y voy a ver si es cierta — sintetizó. Por el rabllo del ojo vio como las cejas de Eve se elevaban con suavidad, sorprendida.

—¿Tu hermano tiene un niño de acogida en su casa? Eso es muy altruista...

—¿Por qué tengo la sensación de que eso te sorprende?

—Porque lo hace —admitió.

—Pues no debería hacerlo. Todos los Royal somos adoptados, incluso mi padre. Conocemos de sobras las penurias del sistema de acogida y donamos millones de dólares al año para mejorarlo. Blake y Summer, además, compraron una vivienda y la adaptaron para convertirla en casa de acogida. —Eve se quedó muda, como si aquella explicación la hubiera dejado sin palabras. Lucky la miró de reojo, parecía realmente contrariada—. ¿Por qué pones esa cara?

—Oh, perdón. Es solo que no sabía que fuerais adoptados.

—¿En serio? —Lucky rio—. Cielo, lo sabe todo el mundo en Las Vegas.

—No me llames cielo, y puede que lo sepa todo el mundo en Las Vegas, pero he tenido una vida demasiado complicada como para perder el tiempo en chismorreos de esa índole.

No pudieron seguir con la conversación porque en aquel momento llegaron a la escuela. Lucky dejó el coche aparcado en doble fila, con Eve dentro pidiéndole que lo moviera en caso de que fuera necesario, y se dirigió hasta la puerta de acceso al centro, pero no estaba allí. Dio una vuelta por la zona y cuando ya empezaba a pensar que se había equivocado con su teoría, lo vio. Estaba en la zona vallada que daba al patio del colegio que en aquel momento estaba lleno de niños jugando y riendo, con la niña de la foto, cada uno a un lado de la valla. No vio necesidad de estropear a Parker aquel momento, así que se limitó a esperar en la distancia. Realmente se parecían mucho, muchísimo, incluso en la forma de gesticular y sonreír. El timbre que anunciaba la vuelta de los alumnos a clase sonó, y la niña, con lágrimas en los ojos, se despidió de Parker para regresar al edificio junto a sus compañeros. Entonces, se dirigió hacia él y apoyó una mano en su hombro, llamando su atención. Tenía los ojos enrojecidos, y emitían una tristeza infinita.

—Lo siento —se limitó a decir, bajando la mirada.

—No lo sientas. —Lucky sonrió, mostrándole que no estaba enfadado con él—. Es tu hermana, ¿verdad? —Parker asintió como respuesta—. Siento mucho que os hayan separado.

—Sus padres de acogida solo la querían a ella —musitó, y tras un breve silencio—: Quieren adoptarla.

A Lucky se le encogió el corazón. No entendía cómo había personas dispuestas a separar a dos hermanos de una forma tan egoísta. Le hubiera gustado darle esperanzas, asegurarle que todo saldría bien, pero sabía que decirle aquello sería mentir y si había algo que Lucky no soportaba era las mentiras.

—¿Cómo se llama? —preguntó en su lugar.

—Madison.

—Vale. Hagamos una promesa. Tú no te escaparas nunca más de casa de Blake y Summer y yo te traigo aquí a ver a Madison siempre que tú quieras, ¿de acuerdo? —Alzó el dedo meñique y Parker sonrió, enlazándolo con el suyo.

—De acuerdo.

—Volvamos a casa.

Pasó un brazo por los hombros de Parker atrayéndolo hacia sí en un gesto amistoso y encaminaron el paso hacia el coche. Parker se subió en la parte de atrás, saludó a Eve y Lucky volvió a ocupar el asiento del conductor. Dejaron a Parker en casa de Blake y Summer, quiénes lo acogieron con una actitud comprensiva, y volvieron a dirigirse hacia las afueras con intención de ver al proveedor. En aquella ocasión Eve no se puso los auriculares, lo observa de una forma extraña, como si lo viera por primera vez de verdad en todo ese tiempo. Aprovechó su actitud para proponer:

—Oye, Eve, me gustaría tener una conversación contigo sobre Alyson. Podríamos tenerla ahora, pero ha sido una mañana ya muy intensa y no me apetece intensificarla aún más. ¿Sería posible vernos esta noche para aclarar el asunto? Me gustaría derretir el hielo.

—No hay hielo —se quejó con un gesto de negación—. Y no sé si es buena idea que nos veamos fuera de nuestra jornada laboral, la gente podría pensar cosas que no son y...

—Lo que diga la gente me importa un bledo.

—Ya, pero a mí sí que me importa. Eres Lucky Royal, todo el mundo sabe que las chicas con las que sales terminan entre tus sábanas.

—Oh, venga, solo seríamos dos amigos pasando el rato. ¿Desde cuándo un chico y una chica no pueden ser amigos? Qué mentalidad más antigua, Eve....

—Yo no he dicho eso.

—Venga, prometo respetar tu espacio vital para no despertar rumores infundados.

—No sé...

—Una hora, Eve. Solo te pido una hora.

Eve le miró de soslayo, en silencio. Cuando ofreció su respuesta, lo hizo con la duda imprimida en el tono de su voz.

—Está bien, acepto.

—Perfecto —Lucky sonrió, satisfecho—. No te arrepentirás.

9

Eve



Después de la cena con su madre, Eve estaba de buen humor. De muy buen humor. Tanto como para casi olvidar que había quedado con Lucky Royal. Casi, porque era imposible que ella olvidara que tenían una conversación pendiente. Estaba contenta, su madre no había dejado de hablar de lo orgullosa que estaba de su hija, la universitaria. Eve solía reírse cuando su madre se ponía así, porque le hacía gracia que, para ella, ir a la universidad fuera sinónimo de triunfar en la vida. En realidad, Eve no conocía a nadie que se mereciese más triunfar a lo grande que su madre, y se lo dejaba claro cada vez que podía. Nunca se había avergonzado de ella, al revés. Que trabajara tan duro soportando a los Stewart para sacarlas adelante era algo que Eve no iba a poder pagarle nunca.

Al menos, ahora tenía el conocimiento de que su madre estaba orgullosa gracias a sus estudios. Tragó saliva sonoramente. Debería seguir así. Si Alyson guardaba silencio, posiblemente su madre seguiría orgullosa, porque no quería pensar lo que podría sentir si se enteraba de que ella...

No, no era buena idea pensar en ello. Mucho mejor pensar en Lucky Royal, aunque ese tema tampoco le gustara. En realidad, le había dejado claro por activa y por pasiva que lo que sea que ocurriera con Alyson no era asunto suyo, pero si era sincera consigo misma tenía que admitir que la curiosidad estaba haciendo mella en ella. Le costaba catalogar a Lucky en el estereotipo en el que lo había colocado al principio. No decía que no fuera un mujeriego, porque de ello habían dado fe muchas revistas a lo largo de los años. Lo que decía era que, quizás, después de todo, Lucky Royal fuera algo más. Le costaba creerlo, sí, pero es que había visto el modo en que había llevado al pequeño Parker de vuelta a casa de su hermano. Una persona sin un mínimo de educación emocional no se habría comportado así.

De modo que ¿era Lucky Royal como lo pintaban los medios de la prensa rosa o había algo más?

Llegó al hotel y decidió que aún tenía tiempo de retocarse un poco el maquillaje antes de verse con él. No es que quisiera verse más guapa, sino que... Bueno, nunca estaba de más estar bien maquillada. En su habitación, Kenia se regodeaba en su noche libre (ambas la tenían libre).

—¿Qué haces aquí tan pronto?

—Oh, vuelvo a salir ahora. Quería retocarme un poco el maquillaje.

Kenia la miró desde la cama, donde estaba viendo una película tranquilamente.

—¿Retocarte para qué? ¿Has quedado?

—Nada importante. Tengo que tratar algunos temas con Lucky.

—¿Lucky, nuestro jefe?

—¿Conoces a muchos Luckys?

Kenia se sentó en la cama, giró la cara y la miró con una sonrisa que no le gustó nada.

—No lo sé, estás guapísima con ese vestido, y aunque tú siempre vistes bien, ese corte en el escote es más propio de una cita que de una cena con tu madre.

—No digas tonterías —contestó Eve de inmediato—. ¿Cómo voy a tener una cita con mi jefe?

—Bueno, no sería tan raro. Hasta donde yo sé, todos los Royal que se han pillado en los últimos tiempos lo han hecho durante tiempos de trabajo. Ojalá poder trabajar en medio de una aventura así —comentó con aire soñador.

Eve rio, pese a que obviamente no estaba de acuerdo con ella.

—Soy muy profesional, y Lucky, aunque no lo parezca, también. Solo vamos a hablar de negocios.

—Te has retocado el maquillaje.

—¿Qué hay de malo en ello? ¿Por qué no puedo maquillarme para mí? Lo de ponerse guapa para los hombres es algo demasiado anticuado, ¿no te parece?

—Amén, hermana. Totalmente de acuerdo contigo. —La sonrisita le dijo que había algo más—. Aun así... creo que ahí hay algo.

—Me voy, Kenia, no te duermas tarde o mañana parecerá que no has descansado nada en tu noche libre.

—Tranquila, mamá, acabo la peli y me voy a dormir. Lo mismo te digo: recuerda que mañana tienes que rendir, aunque si te dan una buena sesión de sexo...

Cerró la puerta del dormitorio de un portazo, pero eso no evitó que oyera la carcajada de Kenia a través de la madera.

Se encontró con Lucky en el hall, que ya la estaba esperando. Subieron a un coche con chofer y, cuando se dio cuenta de hacia dónde iban, lo miró intrigada.

—¿El High Roller? —preguntó mirando la impresionante noria de Las Vegas.

Era la noria más alta del mundo, pero Eve tuvo que reconocer para sí misma que le impactaba mucho más el modo en que Lucky la estaba mirando.

—Quería asegurarme de que, al menos durante treinta minutos, no te escaparas.

Eve lo miró sorprendida... para bien. Tenía que reconocer que eso había sido muy ingenioso, así que solo por esa idea, accedió de buena gana a subir en la noria.

Al principio la situación fue un poco tensa, pero en cuanto empezaron a moverse consiguió sonreír y se obligó a no aferrarse al pasamanos con demasiada fuerza.

—Tú dirás sobre qué querías hablar... —dijo con fingida indiferencia.

—El bebé que Alyson perdió no era mío.

Eve resopló, incapaz de contenerse.

—Ah, ¿no? ¿Cómo estás tan seguro?

—Básicamente porque jamás me he acostado con Alyson. —Ahí sí consiguió que Eve lo mirara boquiabierto, lo que lo hizo sonreír—. Ella lo ha pretendido muchas veces, sin duda, pero hay algo en Alyson que no me atrae y no tiene que ver con su físico. Es... incisiva. Demasiado, diría. Me gusta la gente avisada pero no me gusta la gente que es capaz de pisotear a otros para

conseguir sus propósitos. El modo en que Alyson ha pretendido cazarme una y otra vez no está hecho para mí.

—Oh, claro, tú prefieres ser el cazador.

Eve no sabía por qué seguía tan a la defensiva. Quizás fuera algo interno, la sorpresa o que simplemente se había acostumbrado a desconfiar de Lucky Royal.

—En realidad, no tengo ningún problema con que las mujeres tomen la iniciativa, siempre que lo hagan de frente y sin trapos sucios. Alyson no juega limpio y yo, con personas así, no me relaciono más de lo estrictamente necesario. Eve, no te pido que entiendas mi punto de vista o que estés de acuerdo conmigo con respecto a Alyson. No me importa si te cae bien, sois amigas o...

—¿Amigas? —Se le escapó una risa incrédula—. Para Alyson soy la hija de su criada. Hasta las cucarachas le caen mejor que yo.

Lucky sonrió con sinceridad, se echó hacia adelante, lo que provocó que la cabina se moviera un poco, y agarró la mano de Eve cuando la sintió tensarse.

—Cambia la actitud conmigo. No he hecho nada malo con Alyson. Quiero pensar que con ninguna mujer. Siempre dejo claras mis intenciones y, aunque haya salido con muchas, no voy por ahí haciendo promesas o desentendiéndome de mis hijos, porque procuro por todos los medios que no exista la posibilidad de procrear. Ser un mujeriego no está reñido con ser mala persona. No soy un mal chico, Eve.

Aquellas últimas palabras provocaron que algo en su interior temblara. Era como tener gelatina en las extremidades. Era algo... algo evocador, algo que le daba mucho miedo. Tanto miedo como la posibilidad de acercarse a Alyson, porque puede que él no dejara embarazada a Alyson, pero eso no significaba que automáticamente Eve podía fiarse de él.

De hecho, algo le decía que eso era lo peor que podía hacer.

Lucky



Una semana más tarde, Lucky entró en el auditorio del hotel acompañado de Dexter, con quién había quedado para tomar unas copas mientras disfrutaban del espectáculo de aquella noche. Dexter le había propuesto salir a otro lugar, pero Lucky había insistido en quedarse en el hotel llenándose la boca de excusas absurdas. Pasó en alto la mirada que Dexter le dedicó de soslayo, acompañada con una sonrisa burlona. También pasó por alto la forma en la que su pecho se hinchó al pensar que, sobre el escenario, estaría Eve bailando.

En aquella última semana las cosas con Eve habían mejorado sustancialmente. Puede que ella siguiera tratándolo de forma distante, pero había roto el hielo. Notaba como, poco a poco, el muro que había alzado sobre ellos iba menguando de tal forma que ya podía sacar un poco la cabeza para verla al otro lado sin piedra de por medio. Por mucho que ella fuera reservada, Lucky había descubierto ciertas cosas de su persona que le fascinaban. Le encantaba que, a pesar de provenir de un ambiente humilde, hubiera luchado por hacerse un hueco en el mundo. Sabía que estudiaba derecho porque desde pequeña había soñado con ser abogada. También sabía que Eve adoraba a su madre con todo su corazón, que era lo más importante para ella, y eso era algo que decía mucho de ella, pues para Lucky el amor por la familia estaba por encima de todo. También había descubierto cosas pequeñas, como que, por ejemplo, le gustaba pedir el café muy caliente, aunque luego no se lo tomaba hasta que estuviera frío, o que tenía predilección por los bolígrafos de tinta negra por encima de los de tinta azul. También era una obsesa de los post-its y cubría todas sus notas y dossieres con papelitos de colores. Era buena sintetizando y argumentando, cosa que demostraba lo buen abogada que sería algún día. En definitiva, Lucky empezaba a conocer a Eve y le gustaba lo que veía, por mucho que en su fuero interno se dijera que le gustaba de la misma forma que, meses antes, le había gustado Havana, es decir, como una buena amiga, sabía que había algo más. La forma en la que su pecho ardía en su presencia era un buen indicativo de ello. O bueno, la forma en la que la sangre bajaba hasta su entrepierna cada vez que ella se mordía el labio o se inclinaba para coger algo dándole una visión perfecta de su culo perfecto, también decía mucho respecto a lo distintos que eran sus sentimientos a diferencia de su cuñada. Eso sí, nunca lo admitiría. Era su jefe, un buen jefe. Y tenía una regla que, hasta la fecha nunca había roto: no enrollarse con las empleadas de su propio departamento.

El punto era que aquella noche Lucky había querido quedarse en el hotel porque una parte de

él deseaba ver a Eve desde la distancia. Ver como se movía al ritmo de la música le daba material gráfico que luego utilizaba para... bueno, para fines propios de los que no se sentía muy orgulloso. Hacía semanas que no echaba un buen polvo, y no era que no tuviera candidatas dispuestas a ello, sino que estaba tan estresado del trabajo que lo único que le apetecía al terminar la jornada era descansar y estar con los suyos.

Pidieron unas bebidas en la barra y se sentaron en una de las mesas redondas que quedaban libres. Sobre el escenario los bailarines estaban interpretando una coreografía muy colorida. Eve estaba en el centro, haciendo un playback de la canción que sonaba mientras se movía. Llevaba puesto un bikini rosa con lentejuelas y purpurina y una especie de sombrero de plumas de gran tamaño que parecía un poco aparatoso. Y estaba increíble. Joder. Estaba tan increíble que solo tenía que girar la cabeza y fijarse en la forma en la que otros hombres la miraban para comprender que no era el único que se había dado cuenta de ese hecho. Era normal. Por muy machista que la idea pueda parecer, las bailarinas solían convertirse rápidamente en objeto de deseo en ojos de los hombres, por mucho que ellas bailaran para ambos sexos sin distinción.

Sintió un tirón en el estómago, y todo su funcionamiento neuronal se fue al garete cuando ella lanzó un beso al público y este le jaleó. Eve se transformaba sobre el escenario. Era como si el baile la desinhibiera; parecía relajada y se notaba que se estaba divirtiendo.

Al lado de Lucky, Dexter le hablaba de la boda. Solo faltaba una semana y los nervios eran cada vez más evidentes. Lo escuchó a medias, mientras centraba la mirada en la chica de rosa.

Entonces, Eve bajó los peldaños del escenario y se empezó a mover entre el público sin dejar de moverse de una forma tan sexy como graciosa. A su paso, todos aplaudían y reían. La cosa estaba funcionando a las mil maravillas hasta que un hombre, al pasar Eve por delante de su mesa, se levantó para bailar con ella. En un inicio Eve intentó sacárselo de encima con educación, zafándose de sus brazos, pero el hombre en cuestión no parecía captar la sutileza de su rechazo y la cogió con más fuerza. Lucky tensó la mandíbula ante aquella línea roja y se levantó de la mesa en un acto reflejo. Lo que ocurrió a continuación pasó tan rápido que, a ojos del público, duró apenas unos segundos. Lucky se acercó al hombre y le obligó a soltar a Eve de un tirón. El hombre, visiblemente borracho, se le encaró y alzó un puño con intención de golpearlo. Lucky se preparó para defenderse. Dexter, se levantó también de su asiento tras llamar a seguridad para ayudar a su hermano. Antes de que el hombre dejara caer el puño sobre Lucky, y antes de que Lucky pudiera hacer nada al respecto, incluso antes de que Dexter llegara a la escena, Eve cogió al tipo del brazo libre y se lo retorció tras la espalda, obligándolo a encogerse sobre sí mismo y a bajar el puño. La música se interrumpió y en lugar de ella el sonido de las voces y el movimiento de la gente agolpándose para ver mejor lo ocurrido, lo llenó todo.

—Voy a soltarte y, por tu bien, en cuánto lo haga, vas a largarte de aquí a dormir la mona. ¿Entendido? —La voz de Eve sonó firme y se dejó escuchar por encima del ruido.

El hombre asintió con un movimiento de cabeza y Eve cumplió su palabra. Al soltarse de su agarre, el tipo se marchó a toda prisa, visiblemente avergonzado.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Lucky, mirándola boquiabierto.

—El acoso sexual sigue siendo una lacra en nuestra sociedad, así que hice un curso de defensa personal —explicó Eve, encogiéndose de hombros—. No necesito que me defiendan, Lucky Royal. —Alzó las cejas—. No soy una princesa desvalida. —Ahora sonrió—. Pero gracias por intentarlo.

Intercambiaron una mirada rápida en la que pareció condensarse un millón de emociones contenidas y luego, la música volvió a sonar y el espectáculo prosiguió. Poco a poco, los

espectadores volvieron a sus asientos.

—¿Qué demonios pasa con Eve? —preguntó Dexter cuando ocuparon de nuevo sus respectivos sitios.

—¿En qué sentido? —Lucky le lanzó una mirada de soslayo.

—En el sentido de que has saltado como un novio celoso en el momento en el que ese tío le ha puesto una mano encima. —Dexter lo miró con recelo—. ¿Qué pretendías? ¿Liarte a puñetazos con él?

—Eve trabaja para mí, no puedo permitir que le hagan daño.

—Tenemos agentes de seguridad que se hubieran encargado de protegerla.

—Yo he sido más rápido que ellos, y visto lo visto Eve no necesita ayuda —ironizó.

—No se trata de eso, se trata de que llevas desde que hemos entrado en el auditorio mirándola y...

—Es la bailarina principal, ¿a quién quieres que mire?

—La miras de forma distinta, Lucky.

—¿Y cómo se supone que la miro?

—Como yo miro a Havana.

Las palabras de Dexter le golpearon en el estómago como si acabaran de asestarle un golpe rápido. Lucky hizo una mueca y negó con la cabeza, moviendo la mano como si acabara de apartar a un mosquito molesto.

—No digas tonterías, Dexter, Eve trabaja para mí. —Clavó los ojos en el escenario, donde Eve volvía a bailar junto al resto.

—Que trabaje para ti no implica que puedas o no sentir algo por ella.

Lucky no respondió. Cogió la copa que tenía medio llena sobre la mesa y bebió un trago largo hasta terminarse su contenido. Dexter se equivocaba ante sus suposiciones. Él no sentía nada por Eve... ¿o sí?

11

Eve



El día siguiente al pequeño altercado sufrido durante su actuación, Eve llegó al despacho contenta, no por eso, obviamente, sino porque hacía días que sentía que cada vez estaba más integrada en aquella nueva vida en el hotel Royal. Adoraba a Kenia, su compañera y amiga, pues ya la consideraba como tal, se llevaba bien con sus compañeras y Lucky y ella habían alcanzado una especie de acuerdo no hablado en el que se llevaban mejor que al principio pero sin profundizar. Era todo lo que Eve quería. Nada de implicaciones personales pero un buen ambiente de trabajo. Entró en el despacho y fue hacia un lateral, donde tenía un escritorio propio con su agenda, el planificador mensual y todo lo necesario para llevar a cabo su trabajo. Lucky aún no había vuelto y, cuando la puerta se abrió, quien entró fue una chica de cabello dorado y ojos tan azules como el cielo.

—Buenos días, ¿puedo ayudarte?

—Quiero ver a Lucky.

—Me temo que aún no ha llegado. ¿Tienes cita con él o...?

—Soy una amiga.

Eve hizo un esfuerzo por guardarse para ella sus pensamientos. Una amiga, ya. Lucky tenía muchas amigas. Era algo que le había quedado muy claro en el tiempo que hacía que trabajaba allí.

—Lo siento, pero sin cita...

Eve no pudo acabar la frase porque la puerta se abrió y Lucky entró vestido de negro, con una camisa blanca, una corbata fina, el pelo aún mojado y oliendo a lo que debe oler el paraíso. ¿Eso lo había pensado ella? Sí, lo había pensado, pero es que era cierto. Una cosa era que no quisiera intimar con él y otra que no tuviera muy claro todos los motivos por los que Lucky Royal dejaba un reguero de mujeres enamoradas a su paso.

—Mery, ¿qué ocurre?

—Hola, amor...

El modo en que la chica se contoneó hacia él ya hizo que Eve sintiera cierto rechazo. No porque no pudiera hacerlo sino porque era un poco... exagerado. Eve se preparó para salir del despacho y dejarlos a solas pero bastó una mirada de Lucky para dejarla anclada en el sitio. Él quería que ella se quedara, o eso le pareció interpretar, sobre todo cuando Eve se sentó en su silla

y él le sonrió.

—Enseguida estoy contigo —le dijo a Eve antes de mirar a Mery—. Oye, estoy trabajando ahora mismo.

—Ya, pero había pensado que quizás podríamos hacer algo especial aquí... en tu despacho.

Oh, bien, la conversación iba a ponerse aún más incómoda.

—No hago ese tipo de cosas aquí, Mery. Es mi trabajo.

Esta vez el tono fue un poco más serio, aunque no duro, y la chica lo entendió. Intercambiaron un par de frases más y, cuando se fue, Lucky suspiró aparentemente cansado, rodeó su escritorio y se dejó caer sobre su sillón aparentemente cansado.

—Odio este puto acoso hasta en el trabajo.

La declaración pilló a Eve por sorpresa, pero se repuso a tiempo de contestar.

—Quién lo diría...

—¿A qué te refieres?

Eve se arrepintió en el mismo instante en que las palabras salieron de su boca.

—Bueno, tienes mucha vida personal dentro del hotel.

No supo decirlo de otro modo. No sabía cómo de apropiado era decirle a su jefe que era un golfo y se tenía merecido que las mujeres lo buscaran para pedirle más si, al parecer, tan satisfechas las dejaba.

—Ven aquí, Eve, es hora de que tengamos una conversación.

Ella se levantó, un tanto intrigada por el tono tan serio que había usado. No sabía si se había metido en su vida más de lo que debería pero no había podido contenerse y ahora ya estaba hecho. Se sentó frente a él, en uno de los sillones enfrentados al escritorio, y le prestó toda su atención.

—Tú dirás.

Lucky la miró atentamente como si estuviera evaluando hasta dónde quería decir y, finalmente, comenzó a hablar.

—No hay un modo sencillo de contar esto, así que lo haré de una vez, como quien se quita una tirita, porque creo que tienes algunos conceptos mal entendidos.

—No creo que...

—Abusaron de mí de pequeño.

Aquello hizo que el aire se paralizara alrededor de Eve, o esa impresión tenía. No había oxígeno para respirar con la suficiente fuerza. Miró a Lucky, tan guapo, apuesto y triunfador, y algo en su interior ardió con aquella declaración.

—Lucky...

—Mi madre era drogadicta, murió por sobredosis, pero antes de eso permitió todo tipo de actos ruines. Actos que un niño no debería vivir jamás. Abusaron de mí de muchas formas y para bien, o para mal, aquello hizo que, al crecer, decidiera no implicarme con nadie. Puedo ofrecer mi cuerpo, sé cómo hacer eso, pero no sé cómo dejar que alguien vea lo demás. No quiero que nadie lo vea, y ese es el problema. Nunca he engañado a una mujer para acostarme con ella, nunca he hecho promesas falsas, nunca, ni una sola vez, me he acostado con una mujer borracha o drogada. Todas saben lo que hay cuando van a la cama conmigo. Unos minutos o unas horas de placer físico y luego, cada uno sigue su camino.

La bola de fuego que Eve sentía dentro creció inconmensurablemente, hasta casi ahogarla de rabia y dolor. ¿Qué persona podía abusar de un niño indefenso? ¿Cómo podía ser que siguieran ocurriendo cosas tan terribles? Y lo más importante: ¿por qué había juzgado tan mal a Lucky

Royal?

—Lo siento, yo no...

—No lo sabías porque yo no quería que lo supieras, igual que no quiero que la mayoría de gente sepa que pasé mi infancia entre jeringuillas, violadores y drogadictos. Todo fue una mierda y yo tomé la decisión equivocada muchas veces hasta que mi padre, Max, entró en escena. Seguramente haya muchas cosas por las que deba pedir perdón, pero no involucrarme con mujeres no es una de ellas. No lo hago porque no se me dan bien las relaciones y porque, aunque soy un hombre seguro de mí mismo, dudo mucho que alguien quiera quedarse con lo que hay conmigo después del sexo, así que lo mejor es relacionarme con personas que están de paso y dejar el resto para los demás.

—Eso suena muy triste... —confesó Eve—. ¿No te gustaría enamorarte algún día?

La intensidad en la mirada de Lucky la dejó noqueada.

—Envidio a mis hermanos, el amor que sienten por sus chicas y todo lo que están logrando, pero ellos no tienen que luchar contra la certeza de que no sirven para algo más que un polvo, dos o tres. Todo lo demás es humo. No tengo mucho más que ofrecer, esa es la verdad.

Eve no respondió, la sorpresa no la dejaba y a Lucky lo llamaron por teléfono en ese mismo instante, pero de haber podido: si las palabras hubiesen salido de su boca, le habría encantado decirle que ella no dudaba ni por un instante que él pudiera amar a alguien, porque lo había visto actuar con Parker, con sus hermanos y con sus sobrinos. Lucky Royal tenía mucho que ofrecer y, aunque la propia Eve estaba sorprendida por pensar así, le daba mucha pena que fuese a perderse la posibilidad de encontrar al amor de su vida por traumas relacionados con el pasado.

Aun así, cuando Lucky colgó volvieron al trabajo y ella no dijo nada al respecto, porque no sabía qué decir, cómo decirlo y, lo más importante, no sabía cómo admitir de viva voz lo equivocada que había estado al juzgarlo antes de conocerlo.

12

Lucky



Al día siguiente, a la hora del almuerzo, Lucky entró en el último centro de acogida donde estuvo antes de ser adoptado por Max, en Henderson, con cierto regusto nostálgico. No era la primera vez que visitaba el lugar, de hecho, lo hacía dos o tres veces al año para hacer donaciones y hablar con Grace Turner, la amable trabajadora social que llevó su caso entonces. Grace seguía trabajando en el centro como directora. No se había casado ni tenía hijos propios; había consagrado toda su vida a su trabajo, ayudando a niños y niñas con situaciones personales complicadas y extenuantes.

Aquella mañana Lucky no fue solo, como hacía normalmente, lo acompañó Blake. Y es que aquella no era una visita por placer, ambos habían decidido recurrir a Grace para tratar el tema de Parker y su hermana. Tras lo ocurrido con Parker, Blake y Summer decidieron encontrar una solución a la separación de los hermanos. En un principio llamaron a la trabajadora social que supervisaba a Parker, pero esta, en lugar de mostrarse cooperativa con ellos, les dijo que no había nada que hacer al respecto. Lucky propuso visitar a Grace, pues su relación con ella era cercana y sabía que nunca se rendía ante un caso injusto.

El despacho de Grace Turner estaba decorado en tonos beige y tenía las paredes repletas con fotos de los niños y niñas que, durante todos aquellos años, habían pasado por el centro. Lucky, como siempre, se detuvo frente a una suya. En ella, estaba sentado en uno de los bancos del jardín de las instalaciones mirando el infinito. Entonces, aún era un adolescente desgarrado convencido de que nunca encontraría un lugar al que llamar hogar. Tragó con dificultad al enfrentarse a aquel pensamiento. De no haber llegado hasta Max Royal, probablemente hubiera sido así.

Como siempre, Grace le recibió con una de sus sonrisas luminosas. Por muchos años que pasaran, Grace seguía sonriendo como si todos los males del mundo pudieran solucionarse con una sonrisa. Les ofreció café, aunque ambos declinaron la invitación, y se sirvió uno para ella antes de sentarse al otro lado del escritorio donde Lucky y Blake ya ocupaban sus asientos.

—Me sorprendió mucho tu llamada, Lucky. En ella decías que tenías un asunto muy importante que tratar conmigo. ¿De qué se trata?

Lucky miró a Blake para pedirle permiso para ser él quién expusiera el caso frente a Grace. Blake asintió.

—Es un tema un poco delicado y no sé hasta qué punto podrás ayudarnos, pero tenía que intentarlo. Hace unas semanas Blake y su esposa, Summer, acogieron a un niño llamado Parker. Este niño tiene una hermana pequeña, Madison, que está conviviendo con otra familia, también en Las Vegas, y su separación me parece un despropósito. Ellos se echan de menos y la trabajadora social que los supervisa nos dice que no hay posibilidad de programar visitas concertadas entre ambos porque los padres de acogida de Madison consideran que estas desestabilizan emocionalmente a la pequeña.

Grace alzó las cejas sorprendida. Le pidió el apellido de los niños y consultó su ordenador. Una vez hubo accedido a la base de datos, leyó con avidez el expediente y su rostro se cubrió de arrugas propias de la preocupación.

—Por lo que puedo leer es un caso un poco atípico. Normalmente desde Servicios Sociales intentamos que los hermanos sean acogidos en una misma casa, pero no siempre esto es posible. En el informe veo que los MacAllister, los padres de acogida de Madison, están interesados en adoptarla. Aún no han iniciado los trámites pero ya han expuesto su voluntad a la trabajadora social —explicó.

A Lucky le ardieron las venas, a pesar de tener esa información porque Parker se la hubiera dado, le seguía pareciendo increíble que alguien estuviera dispuesto a separar a dos hermanos de forma permanente.

—Yo podría acogerlos a ambos —intervino Blake, cuyo semblante también dejaba en evidencia el esfuerzo de contención que estaba haciendo para no perder los nervios ante aquella injusticia—. Nuestra casa de acogida es grande, hay habitaciones de sobras y ya hemos tenido hermanos antes.

Grace asintió, pero por la expresión de su rostro supo que aquello sería poco probable.

—Cuando un niño es acogido por una familia no se le puede quitar la tutela sin una razón de peso. —Lucky fue a hablar para decirle que el hecho de poder juntar a los hermanos le parecía razón de peso suficiente, pero Grace detuvo las palabras en su boca con un gesto—. Todo lo que puedas decirme lo sé, Lucky, y estoy al 100% de acuerdo contigo. Es verdad que este es un caso atípico, pero también es cierto que este último año hemos tenido un número inusual de niños recién llegados al sistema. Seguramente ese fue el motivo de la separación. —Suspiró con pesar—. Hablaré con la trabajadora social que lleva el caso, pero al no pertenecer a este centro no puedo asegurarte que eso sirva de mucho. Es lo único a lo que puedo comprometerme, Lucky. Lo siento.

—¿Y no hay alguna manera de vincular la adopción de Madison a la de Parker?

Grace negó con la cabeza.

—Piensa que cada niño bajo la tutela del Estado supone una carga monetaria, si existe la posibilidad de que el niño sea adoptado y el Estado pueda dejar de asumir esa carga, la adopción será aceptada sin demasiadas trabas más allá de las peticiones habituales.

—Entonces, ¿no hay nada que hacer? ¿Parker deberá renunciar a su hermana? —preguntó Blake incrédulo.

—La única posibilidad para él sería encontrar a alguien que quisiera adoptarlos a ambos. —Grace se encogió de hombros realmente apesadumbrada—. Entiendo vuestra desazón, y la comparto, pero hay ocasiones en las que uno debe aceptar que las cosas son como son y no como deberían. Blake —miró al moreno con una sonrisa triste—, tienes una casa de acogida y por ella van a pasar muchos niños cuyos finales no van a ser de cuentos de hadas. Entiendo que quieras ayudarlos, pero no siempre será posible. Cuando entiendas esto y lo aceptes todo será más fácil.

—¿Para ti lo ha sido? —preguntó Lucky perspicaz.

Grace sonrió.

—Bueno, yo aún estoy en fase de aceptación. Pero sí, con el tiempo se vuelve más fácil. O no más fácil. Con el tiempo aprendes a gestionar mejor el dolor ajeno.

Intercambiaron un par de frases más y se marcharon allí decepcionados. Grace les había vuelto a decir que hablaría con la trabajadora social de Parker, pero por su forma de mirarlo sabía que aquello no solucionaría nada.

Subieron al coche y Lucky condujo en silencio con ganas de regresar al hotel para ocupar su puesto de trabajo. Pensó en Eve, que estaría allí. El día anterior se había abierto a ella como no lo había hecho con ninguna otra mujer antes. Aún se preguntaba por qué lo había hecho, si no tenían una relación como tal más allá de la laboral. Le había salido solo, sin meditarlo. Tampoco se arrepentía. Algo le decía que podía confiar en ella. Eve le transmitía confianza a pesar de esconderse tras su muro, que cada vez era más pequeño y accesible. Estaba convencido de que, tarde o temprano, el muro terminaría por caer. Y él estaría allí para ver y disfrutar de lo que se encontraba al otro lado, porque estaba convencido de que se trataba de algo maravilloso.

13

Eve



—Vas a conquistar a Las Vegas hoy, cariño.

Eve miró a Kenia, que sonreía mientras le decía aquellas palabras y concentraba su vista en el vestido corto de lentejuelas que llevaba. Estaba acostumbrada a vestir poca ropa durante los números de baile, pero vestirse con algo tan llamativo y provocador para salir a cenar y de fiesta era raro. Más raro aún era que Eve saliera de fiesta, porque no le gustaba. Odiaba tener que peinarse, maquillarse y todo lo que conllevaba aquello, pero Kenia había insistido en que su vida no podía basarse en estudiar y trabajar como una esclava. Apenas dormía y, desde luego, no había hueco en sus días para la diversión ni practicar ningún hobby. Acabó aceptando, en parte, porque le daba pena la Eve que Kenia le retrataba. Por eso y porque era la primera vez que sentía que tenía una amiga, alguien en quien confiar y con quien poder salir por ahí a tomar algo, bailar o hacer locuras. Alguien que la respaldaba. Era tan bonito que no quería fallarle a Kenia. No es que fuese a salir con ella de fiesta continuamente, porque tenía responsabilidades que debía y quería atender, pero era bonito tomarse una noche libre.

Cenaron en un restaurante japonés que encantaba a Kenia y en cuanto se tomaron el postre esta la arrastró hasta el club de moda. La música estaba alta, ensordecedora, y la cantidad de gente que había en el interior estuvo a punto de hacer que Eve diera marcha atrás y se fuera al hotel, pero Kenia, que la vigilaba de cerca, tiró de su mano y la obligó a ir hacia un lateral de la pista de baile, donde quedaba un hueco al lado de la barra.

—¿Qué quieres beber? —preguntó su amiga.

Eve sabía que negarse era absurdo, así que ni siquiera intentó resistirse. Tomaría una copa. Solo una. Luego se iría a casa.

—Lo mismo que tú.

—¡Esa es mi chica! —Kenia llamó la atención del camarero y Eve vio, asombrada y gratamente sorprendida, el modo en que conseguía hipnotizarlo con un par de miradas y mohín de sus preciosos labios carnosos—. Hola, guapo, ¿estás dispuesto a hacer felices a dos chicas?

—Siempre —ronroneó el camarero.

Eve sintió sus mejillas encenderse. Sabía perfectamente el juego de palabras que estaba utilizando su amiga y también sabía que, por supuesto, no acabarían la noche en un trío con aquel chico. Eso jamás sucedería, no porque Eve fuera una mojigata sino porque no sentía

ningún tipo de interés por practicar un trío. Respetaba a quien lo hiciera, por supuesto, pero ella no era demasiado atrevida en el plano sexual. Le gustaba, lo disfrutaba, no era tonta, ni virgen, pero no sentía especial interés por prácticas arriesgadas o fuera de lo común. Le gustaba la monogamia y odiaba que, a veces, eso la hiciera sentir un poco anticuada. En su opinión, el mundo se había vuelto un poco loco.

Kenia volvió a su lado con las copas y un número de teléfono apuntado en el escote descaradamente.

—¿No era más fácil darle tú el tuyo? —preguntó Eve.

—No, cariño. Así soy yo quien decide si llamo o no. Depende de lo resacosa que esté mañana.

Eve rio ante la ocurrencia de su amiga, brindó con ella y se tomó el primer trago de aquella copa que, en su opinión, sabía a rayos.

—Ven, vamos a ponernos en un sitio un tanto privilegiado.

Kenia comenzó a tirar de Eve, dirigiéndola hacia la zona de reservados. Ella se cortó enseguida porque no quería ir hacia allí, imaginaba que entrar ahí costaba dinero y una cosa era permitirse una copa o una noche de club y otra derrochar un dinero que todavía no le sobraba.

—¡Aquí! Mira, nos quedamos aquí, entre lo mejor y mejor de cada grupo.

Eve miró el hueco que había buscado su amiga. Tenía que reconocer que tenía parte de razón. No estaba en la pista de baile, pero podían bailar y moverse con cierta soltura. Y además, desde allí podía ver los balcones privados en los que la gente VIP disfrutaba del ambiente sin agobios y con todos los privilegios. Eve hizo un barrido visual y no le costó verlo. En realidad, vio primero a sus hermanos. Los hermanos Royal eran inconfundibles y sabían cómo hacerse notar en cualquier parte. Se preguntó dónde estarían las chicas de la mayoría de ellos, pero la verdad es que el pensamiento le duró poco, porque pronto pudo darse cuenta de que Lucky, sentado en un sillón con aspecto cómodo, intentaba esquivar los besos no de una, sino de dos chicas a la vez. Eve se vio obligada a tragar saliva por el impacto. Había oído infinidad de historias de Lucky, se había forjado una opinión de él y al conocerlo se había dado cuenta de lo equivocada que había estado. Quizás por eso en aquel instante no pudo apartar los ojos y pensar que solo era Lucky disfrutando de las atenciones femeninas. En realidad, Eve se concentró bien en su expresión un tanto agobiada y algo se apoderó de ella: rabia e impaciencia. Si él no quería estar con aquellas chicas, ¿por qué tenían que presionarlo? Ellas intentaban sentarse en su regazo y él, sonriendo, se las quitaba de encima una y otra vez.

Eve no supo bien qué se apoderó de ella. Fue consciente de que Kenia le hablaba pero no lograba entender lo que le decía. Estaba como poseída, su sentido de lo justo e injusto estaba desarrollado al máximo y lo único que le importaba era ayudar a Lucky. Al menos, aquella noche. Se dirigió al balcón en el que él, sus hermanos y sus amigos se acomodaban. El primero en verla fue Chase Gardner. Lo reconoció al instante. Eve alzó el cordón y colocó un pie dentro del reservado mientras este elevaba una ceja. No protestó, solo le dedicó una sonrisa torcida y, desviando sus ojos hacia Kenia, se levantó, cuan largo era, y alzó el cordón del todo para que ella también entrara.

Su amiga parecía sorprendida por primera vez. La miraba como si no la conociera y Eve no podía culparla, porque ella tampoco se reconocía en las acciones que estaba llevando a cabo.

Caminó hacia Lucky sin vacilar. Tan rápido y segura de sí misma lo hizo que lo sorprendió, porque cuando él la vio y reparó en que era ella, Eve ya estaba sentándose en su regazo, dejando fuera a las dos chicas que lo abrazaban por los costados. Estaba loca. Estaba condenadamente

loca pero no pensaba detenerse.

—Hola, cielo, ¿me echabas de menos?

Se acercó a él sin miramientos, pasando los brazos por detrás de su cuello, descubriendo al fin que, en efecto, tal y como imaginaba, a una distancia tan corta Lucky Royal olía maravillosamente bien. Y afirmando que, por supuesto, también besaba escandalosamente bien. Eso fue lo que pensó cuando sus labios se posaron en los de Lucky. Lo hizo con ímpetu, sin pararse a pensar que era su jefe y aquello un inconveniente del tamaño de Estados Unidos. Lo hizo porque quería ayudarlo pero, en su fuero interno, tenía que reconocer que también lo hizo porque los celos se la comían al ver cómo las otras chicas lo tocaban. Y cuando Lucky alzó las manos por su espalda, acercándola más a él, Eve sintió que el mundo giraba rápidamente hasta pararse en seco, dejándola aturdida y sin saber muy bien dónde estaba.

Se separó de él con cierta reticencia pero recuperando parte de la cordura perdida poco a poco. Cuando el modo hipnótico en que Lucky la miraba, como si ella fuera un diamante en bruto, se sintió tan mareada que se levantó y, a trompicones, se disculpó para ir al baño.

Oh, Dios, ¿qué había hecho?

Entró al baño sin hacer caso de nadie, ni siquiera de Kenia, que la había llamado un par de veces pero por fortuna no la había seguido. Su amiga empezaba a conocerla y sabía cuándo necesitaba recuperarse a solas. Se apoyó en el lavabo, se echó agua en la nuca y cuando la puerta del baño se abrió estuvo a punto de pedir a quien fuera que entrara que por favor esperara fuera un segundo. El problema es que quien entró fue Alyson Stewart.

—Hola, Alyson —dijo con voz estrangulada.

Alyson caminó hacia ella, se acercó tanto que Eve sintió que su respiración se cortaba y, con todo el descaro del mundo, pasó un dedo pulgar sobre sus labios, donde el carmín se había estropeado por el beso con Lucky.

—Él no será tuyo, cariño. Le van más guapas, más altas, más listas y, sobre todo, con más dinero. —Eve sintió que el color abandonaba sus mejillas, pero Alyson sonrió con crueldad y siguió—. Podrías conseguir acabar en su cama hoy, estoy segura, pero no sería nada más que eso, un polvo o dos. ¿De verdad merece la pena? Piensa en todo lo que podrías perder... toda la gente a la que podrías hacer daño...

Su sonrisa se amplió, sabiendo que acababa de lanzar un dardo envenenado y había atinado justo en el centro. No lo había dicho a las claras, pero no importaba, estaba dejándole claro que, si se le ocurría acercarse a Lucky como algo más que su empleada, su madre se enteraría de todo.

—Yo... me voy a casa.

—Creo que es lo mejor.

Eve no dijo nada más. Se marchó, salió por la puerta de emergencia del Club y esperó a estar en un taxi para enviar un mensaje a Kenia disculpándose por marcharse sin ella.

Llegó al hotel, se duchó, se quitó el maquillaje y, ya a salvo, en su cama, lloró como hacía mucho que no lo hacía. Lloró con rabia, dolor, pena e impotencia, porque odiaba que alguien la amenazara pero sobre todo odiaba estar convirtiéndose en el tipo de mujer que anhela profundamente una caricia, por mínima que sea, de Lucky Royal.

Lucky



A la mañana siguiente, Lucky despertó con la sensación de tener una apisonadora en la cabeza. En otras circunstancias hubiera achacado aquello a una resaca del copón propiciada por la ingesta desproporcionada de alcohol, pero Lucky sabía que no era el caso, pues apenas había bebido. Aquella migraña era consecuencia de un acontecimiento sucedido la noche anterior, un acontecimiento completamente inesperado que lo había pillado por sorpresa y que lo había dejado descolocado a niveles astronómicos: el beso que Eve le dio antes de desaparecer sin dejar rastro. Apenas había dormido pensando en aquel beso.

Lucky se levantó de la cama envuelto por el recuerdo de ese beso. Estaba acostumbrado a besar mujeres, incluso de dos en dos, pero nunca antes un beso había dejado en él efectos tan devastadores. Aún podía sentir los labios suaves y mullidos de Eve sobre los suyos, su lengua invadiendo su boca y el sabor de su saliva llenándolo todo. Lucky era una de esas personas que consideraban el acto de besar como algo rutinario, algo que debía hacer para poder llegar a lo verdaderamente importante: el sexo. Sin embargo, el tiempo que duró el beso de Eve su concepción cambió, incluso llegó a pensar, durante los pocos segundos que sus labios estuvieron unidos, que podía pasarse horas haciendo aquello sin importarle nada más.

Tras una ducha, Lucky eligió uno de sus mejores trajes, uno gris añil que acentuaba el azul de sus ojos, y se dirigió al despacho con intención de ver a Eve y mantener una conversación con ella. Se sentía confuso, extraño, con los pensamientos enredándose unos con otros dentro de su cabeza como si esta se tratara de un cajón lleno de cables liados entre sí y difíciles de separar. Por si la situación ya era de por sí rocambolesca, que sus hermanos y sus amigos hubieran presenciado la escena no había ayudado en absoluto. Todos lo habían jaleado tras la huida de Eve, preguntándole desde cuándo tenían una aventura y por qué no les había contado nada. Las explicaciones de Lucky negándolo todo cayeron en saco roto, pues, según ellos, la química entre ambos era tan abrumadora que hablaba por sí sola.

Cuando llegó a las oficinas, intercambió una breve conversación cordial con sus trabajadores, como hacía siempre, y se dirigió a su despacho. Eve aún no había llegado, algo que le sorprendió pues solía ser puntual y llegar antes que él la mayoría de las mañanas. Sin embargo, no le dio importancia; se sentó en su escritorio y empezó a trabajar. Una hora más tarde, la preocupación de Lucky ante la ausencia de Eve aumentó. Entonces, al acceder al correo electrónico de la

empresa, descubrió un mensaje suyo en la bandeja de entrada. Era un mensaje dirigido a Recursos Humanos donde lo había puesto en copia informando que faltaría al trabajo porque se encontraba indispueta. Lucky no se creyó nada, por supuesto. La noche anterior, mientras se sentaba en su regazo y le metía la lengua en la boca, no parecía para nada “indispueta”, y desde entonces apenas habían pasado unas horas.

Sin apagar el ordenador, salió del despacho y se dirigió al edificio anexo donde se encontraban las habitaciones compartidas de los empleados del hotel. No le costó demasiado que el recepcionista de turno le diera el número de la habitación de Eve. Con el ceño fruncido y un enfado creciente apretando en su pecho, subió las plantas correspondientes y llamó a su puerta con los nudillos. Eve abrió enseguida, y aunque no tenía buen aspecto, no parecía enferma. Llevaba puesto un pijama a rayas y el pelo recogido en un moño despeinado. Puede que no llevara el vestido impresionante de la noche anterior, pero seguía pareciéndole preciosa. Estaba convencido de que, a aquellas alturas, le parecería preciosa con cualquier cosa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella con los ojos ligeramente abiertos por la sorpresa de encontrarlo al otro lado.

—Comprobar con mis propios ojos que has faltado al trabajo sin motivo real. —Sin esperar a ser invitado, e irritando a Eve sobremanera, entró en la estancia hasta colocarse en el centro de la misma.

A pesar de que sabía que Eve compartía habitación con una compañera, en aquel momento se encontraba sola, cosa que agradeció enormemente. Tras él, Eve cerró la puerta.

—Por mucho que seas mi jefe y que este hotel sea tuyo, no tienes derecho a entrar aquí de esta manera. —Eve se colocó frente a él con los brazos cruzados y la mirada encendida por la indignación.

—Ya. Y tú tampoco tienes derecho a faltar a tu trabajo sin razón.

—No he faltado sin razón. No me encuentro bien —bramó Eve.

—Espero entonces que traigas a tu vuelta un parte médico.

—Eso haré, no te apures.

Se quedaron mirando en silencio unos segundos. Lucky miraba a Eve con una mezcla de recelo y ansiedad. Cuando volvió a hablar lo hizo con calma, intentando mostrar una actitud relajada.

—No he venido a discutir contigo.

—Cualquiera lo diría por la forma en la que has entrado. —Eve chasqueó la lengua contra el paladar—. ¿A qué has venido?

—A hablar de lo que ocurrió anoche. El motivo real por el que hoy no has venido a trabajar. —Habló pausadamente, con un tono de voz que sonó a caricia, pero el semblante de Eve se sobresaltó al oír sus palabras.

—Aquello no fue nada.

—Me besaste. —Lucky se acercó a Eve hasta que su distancia se acortó lo suficiente como para que el olor afrutado que desprendía su cuerpo lo envolviera por completo.

—Solo quise salvarte del acoso de dos chicas, nada más —dijo Eve dubitativa, y Lucky aprovechó su duda para acercarse un poquito más.

—Me besaste. —Lucky tragó saliva con dificultad y notó la forma en la que el pecho de Eve subía y bajaba frente a él a causa de la respiración acelerada—. Me besaste y fue increíble.

—Solo fue un beso.

—El mejor beso de mi vida.

Eve dio un paso hacia atrás como si estuviera preparándose para la huida y Lucky asió su brazo. Lo hizo con suavidad, pues en ningún momento pretendía forzarla a quedarse junto a él, pero necesitaba demostrarle de alguna forma las ganas que tenía de que lo hiciera.

—Exageras —musitó ella con la voz enronquecida.

—No exagero. Besarte fue como tocar el cielo con la boca. ¿Por qué te esfuerzas tanto en negar la evidencia? —preguntó Lucky, buceando en sus ojos castaños para encontrar en ellos algo más que la indiferencia que le mostraban.

—No sé de qué hablas, Lucky. Para mí el beso no significó nada. —Se deshizo de su agarre de un tirón—. Tienes razón, no he ido a trabajar porque no quería enfrentarme a ti después de lo que ocurrió ayer. Sabía que te lo habrías tomado a lo tremenda, porque eres Lucky Royal y te crees el ombligo del mundo. Te besé porque creí que te estaban molestando y quise echarte un cable. No busques significados ocultos a lo que hice, porque no existen, no eres tan irresistible como crees. Metí la pata y lo siento, no volverá a suceder. Y, ahora, por favor, márchate.

Lucky asestó el golpe como pudo. Las palabras de Eve dolieron en un lugar más íntimo que el propio orgullo. Durante las últimas semanas había creído que el hielo con el que Eve lo trataba había desaparecido, pero nada más lejos de la realidad. El hielo seguía allí, intacto, demostrándole hasta qué punto se había equivocado con ella.

Para Eve el beso que se dieron no había significado nada, y él había sido un tonto por haber creído lo contrario.

Humillado, se pasó una mano por la mandíbula y se dirigió hacia la salida.

—No hace falta que vengas a trabajar hoy, pero, por favor, hazlo mañana. Hay mucho trabajo, no puedo permitirme tu ausencia —dijo antes de coger el pomo de la puerta y salir por ella sin esperar una respuesta.

Una vez en el exterior, en el pasillo, Lucky se prometió esconder de nuevo en el cajón de los trastos inservibles los sentimientos que habían empezado a aflorar en su interior.

Eve



Eve podía decir que gracias a la visita de Lucky sabía cómo era sentirse como en una película de drama romántico de mala calidad. Estaba tirada en la cama desde el día anterior, cuando él había salido con la mirada herida y Eve se había sentido como el ser más mentiroso del mundo. Quería ir tras él, contarle que Alyson la había chantajeado y que, evidentemente, el beso para ella fue tan alucinante como para él. El mejor beso de su vida. Quedarse allí de pie, oyendo como él se lo decía, cómo se acercaba y su olor la invadía y soportando las ganas de besarlo de nuevo fue una de las cosas más complicadas que Eve hizo nunca, pero tuvo presente en todo momento que no se trataba de perder algo que le gustaba y ya. No, se trataba de dar un disgusto enorme a su madre, que estaba enferma y no podía olvidarlo. Ella no podía saber que Eve bailaba con poca ropa en el hotel. No era una opción ni siquiera remotamente. Si para eso tenía que alejarse de Lucky Royal, lo haría, aunque fuese el único hombre que la había hecho sentir con un beso que era la única mujer en el mundo.

Eso era peligroso, reflexionó Eve. Era muy peligroso y era justamente uno de los motivos por los que no había querido implicarse con él. Había oído historias que hablaban de lo bien que Lucky trataba a las mujeres. En realidad, la única historia en la que él salía mal parado era la que inventó Alyson. Sí, inventó, porque cada vez le quedaba más claro que la versión de Lucky era la verdadera, ya no por lo que había pasado entre ellos sino por el comportamiento que había tenido Alyson toda su vida. Era la típica niña de papá que quería tenerlo todo y, si para conseguirlo tenía que pisotear a alguien, lo hacía sin dudar ni un instante. Era mala, avariciosa, egocéntrica y altiva. Y tenía poder y dinero para aplastar a prácticamente quien quisiera. A Eve no la habría aplastado con dinero, pero sí con poder. Tenía una información demasiado valiosa y ella no podía arriesgarse, por mucho que quisiera algo más de Lucky.

En medio de toda esta reflexión alguien tocó a la puerta y Eve abrió de mala gana. No sería Kenia, pues había salido temprano a entrenar y le había dejado claro que esa noche tenía que actuar, no podían permitirse una noche más sin ella. Lo sabía, igual que sabía que no podía dejar a Lucky en la estacada y debía volver a trabajar, pero eso no impidió que aquella mañana tampoco se vistiera para hacerlo.

Se quedó sorprendida al ver a Havana Gardner en el pasillo, mirándola con una sonrisa preciosa y cercana y esperando que ella dijera algo.

—Eh... Hola.

—Hola, buenos días. ¿Qué tal?

—Bien, gracias —contestó Eve, sin tener ni idea de qué hacía ella allí.

—¿Puedo pasar?

Eve dio un paso atrás y la dejó pasar sin decir nada más. Seguía estando perdida, muy perdida, y esperaba que se explicara pronto.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó un tanto inquieta.

Havana se sentó en el borde de la cama con las piernas cruzadas y una elegancia propia de la gente que se había criado entre algodones. También provenía de una familia rica pero, al contrario que Alyson, Havana era cercana, cariñosa y adorable. Sabía que sus padres no eran así, por eso todavía veía más valioso que ella no hubiera cedido a la frialdad de ese mundo de dinero y poder.

—No soy una mujer de andarse con rodeos y no voy a empezar hoy, Eve. He oído lo que Alyson te ha hecho. —El mundo de Eve se congeló por completo en aquel instante, pero Havana prosiguió hablando con calma y sin dejar de sonreír—. No tienes que preocuparte, tu madre todavía no sabe nada. Alyson y yo nos movemos en los mismos círculos y, la muy idiota, va por ahí pavoneándose de la especie de chantaje al que te ha sometido. Sé que besaste a Lucky y ella os vio.

—No fue nada. Solo lo hice porque pensé que estaba harto de las dos chicas que tenía alrededor y...

—Eso está muy bien como excusa, cielo, pero mi futuro marido estaba allí y, según me cuenta, lo que vio fue un beso entre dos personas que arden solo con mirarse. Y mi querido Dexter entiende de eso, te recuerdo que vamos a casarnos en breves.

Eve tuvo que sonreír, aunque solo fuera un segundo, porque le parecía precioso el modo en que Dexter y Havana se querían. Incluso podía valorar que no tuvieran secretos entre ellos, pero lo que no podía hacer, de ninguna de las maneras, era dejarse convencer por aquella sonrisa. O eso pensaba ella.

—Fue un beso increíble, sí, pero no voy a poner en riesgo la salud de mi madre, o simplemente hacerla pasar un mal trago, por un beso de alguien que no se compromete con nadie. Y tampoco es lo que yo quiero. Tengo una vida muy complicada entre los estudios y los dos trabajos. No puedo permitirme tener una aventura con nadie.

—No te estoy hablando de una aventura. Te hablo de algo más.

—No...

—Lucky siente algo por ti, Eve. Estoy tan segura de eso como de que voy a casarme con el amor de mi vida. Es la primera vez que lo veo así, es como un zombi emocional. Te juro que nunca pensé que estaría así por una mujer. No con su historial, pero si algo me ha demostrado la vida en estos últimos tiempos es que, cuando un Royal se prenda de una mujer, nada vuelve a ser igual. —Los ojos de Eve se llenaron de lágrimas por la emoción y Havana aprovechó ese momento para sacar un sobre del bolso que llevaba colgado. Lo estiró en su dirección y sonrió—. Es una invitación para mi boda. Sé que no debería meterme en esto, porque él mismo me lo ha pedido, pero no puedo quedarme de brazos cruzados viendo como lo echáis todo a perder por algo que no tiene tanta importancia.

—Mi madre...

—Tu madre sí que tiene toda la importancia del mundo, pero no lo que hace Alyson. No tiene tanto poder, créeme. Probablemente solo esté teniendo una pataleta de niña pequeña y, de todos

modos, no está invitada a mi boda, así que puedes venir tranquilamente porque no vas a tener que verla.

—No sé si puedo —admitió con voz temblorosa.

Havana se levantó, caminó hacia ella y dejó la invitación sobre su mano, luego colocó las manos en sus hombros y la miró con una dulzura que la desarmó por completo.

—Puedes, claro que puedes.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sería demasiado triste que no fueras capaz de escuchar a tu propio corazón y aceptar que sientes por Lucky algo más que afecto. Por eso y porque, como mujer que está a punto de casarse, me niego a dejar de creer en el amor.

Sonrió por última vez y salió de la habitación con la misma calma con la que había entrado, pero Eve no se sentía en calma. De hecho, se sentía como si un huracán empezase a tomar forma en su estómago y se preparase para arrasarse con todas sus emociones.

La pregunta era si ella iba a hacer algo por contenerlo o, por el contrario, iba a dejar que se desatara del todo y disfrutar de las sensaciones que aquella locura le provocara.

Lucky



Aquel sábado por la mañana Lucky se despertó con sentimientos encontrados. Por un lado, se sentía feliz y nervioso por la boda que se acontecería durante el día. Por el otro, la ansiedad que le producía no haber tenido noticias de Eve en toda la semana, a pesar de pedirle expresamente que volviera al trabajo, le apretaba el estómago en un nudo prieto. Odiaba sentirse así, pues la sombra de lo ocurrido con ella empañaba la felicidad de un día que debía ser perfecto. Dexter iba a casarse con Havana al fin. En menos de dos años, sus tres hermanos habían sentado cabeza tras encontrar al amor de sus vidas. Una punzada de envidia lo atravesó ante la idea de no haber sido él el afortunado y la consciencia de ese pensamiento lo inquietó. Hasta la fecha Lucky siempre se había conformado con las relaciones pasajeras y el sexo ocasional. Todo lo ocurrido en su infancia le había hecho creer que no merecía más, que debía conformarse con el afecto esporádico de mujeres que entraban y salían en su vida sin propósito de quedarse. Y eso siempre le había valido, porque el sexo era maravilloso y creía que llenaba todos los huecos que tenía vacíos. Y, entonces, llegó Eve, y por primera vez en su vida descubrió que había un hueco que siempre había ignorado y que pedía a gritos ser colmado con algo distinto al sexo: con cariño, comprensión y amor. Puede que no la conociera demasiado, pero todo lo que descubría sobre su persona le encantaba y hacía aumentar sus sentimientos hacia ella. Descubrir que estos no eran correspondidos le hacían sentir un imbécil total.

Aquel cacao mental no lo abandonó en ningún momento mientras se preparaba para la boda. Había comprado un traje de chaqué para la ocasión, con la parte de arriba de color azul oscuro, pantalón gris, chaleco también gris, camisa blanca y corbata estampada con tonos azules. Una vez listo, se dirigió al apartamento de Dexter donde ya se encontraban Brooklyn, Blake y Max. Los tres habían elegido también trajes chaqué, siguiendo el estilo del propio novio, que estaba increíblemente apuesto con su traje.

Charlaron un poco y una hora antes de la hora oficial de la boda se dirigieron a la capilla del hotel, que era donde se organizaba la ceremonia. Havana lo había dispuesto todo para que la capilla estuviera adornada con mucha elegancia y delicadeza. Se notaba que había puesto empeño con el equipo de decoradores para dejarlo todo perfecto. Flores blancas y azules adornaban las banquetas y el altar, junto a tiras de gasa y tela blanca. En una esquina del fondo los músicos, un arpa, un cello y un piano, esperaban para entonar la marcha nupcial. Todo estaba

preparado para el gran momento.

Poco a poco fueron llegando los invitados para ocupar sus puestos en la sala. Elvis Presley, que iba a officiar la boda como ofició la de Brooklyn, también ocupó su lugar tras el altar.

El tiempo restante transcurrió con tanta rapidez que, cuando Lucky quiso darse cuenta, Havana ya estaba avanzando por el camino que la llevaba al altar cogida del brazo de Chase, despertando sonoras exclamaciones de admiración a su paso. Estaba hermosa, con el pelo rojo recogido en un recogido lleno de ondas y el vestido sencillito con falda fruncida y corsé con escote en forma de corazón. A pesar de que los padres de Havana habían asistido a la boda, esta había preferido que fuera su hermano mayor quién compartiera con ella ese momento. De hecho, sabía que Havana los había invitado más por compromiso que por otra cosa, porque la relación con ellos seguía siendo tirante y fría después de que esta decidiera romper del todo las cadenas que los ataba a ellos.

La ceremonia fue bonita y divertida por momentos, y por suerte no duró demasiado. Después de un intercambio de anillos un tanto accidentado en el que Dexter tuvo que salir corriendo tras un anillo caído, se dieron el “sí quiero” y pudieron dirigirse hacia la sala donde iban a organizar el banquete. El restaurante de Jolie era el encargado del catering del banquete de estilo bufé que enseguida empezó a servir canapés a los invitados. Como siempre, todo resultó delicioso.

Unas horas más tarde, después de cortar la tarta y abrir el baile, Havana, su nueva hermana, aprovechó un momento de tranquilidad para sentarse al lado de Lucky, que había ocupado una mesa cerca del escenario donde la banda tocaba unas canciones de moda.

—¿Va todo bien? —comentó Havana frunciendo los labios con una mueca de preocupación.

—Sí, claro. ¿Por qué lo dices?

—Porque eres Lucky Royal, el alma de las fiestas. Normalmente a estas alturas ya tendrías la corbata enrollada alrededor de la cabeza y un montón de mujeres peleándose para compartir un baile contigo primero y la cama después.

Lucky se encogió de hombros.

—Hoy prefiero mantenerme en un segundo plano.

Havana hizo un mohín.

—No me gusta verte así.

—Cielo, tú no te preocupes por mí. Has organizado la boda perfecta, deberías disfrutar de ella.

—No he organizado la boda perfecta. —Acentuó su mohín—. Tú me pediste conocer al amor de tu vida en ella y eso no ha ocurrido, por lo que hay una parte de la organización que ha fallado.

Lucky enarcó una ceja hacia su dirección. Un mes atrás él le dijo que pensaba conocer al amor de su vida en la boda, pero obviamente se trataba de una boda, sabía de sobras que eso era poco probable.

—Eso no es algo que se pueda controlar. —Lucky sonrió.

—Ya, pero yo tenía un plan, ¿sabes? Y pensé que funcionaría. Ha sido un chasco descubrir que no —dijo con pesar.

—¿Un plan? ¿Qué plan? ¿Ibas a organizar un concurso rollo “Lucky Royal busca esposa” al más puro estilo de los reality show de la MTV?

—No, aunque ahora que lo dices eso hubiera estado bien —dijo Havana soltando una risita—. En realidad hice algo mucho menos imaginativo. —Havana miró a Lucky y este vio en sus ojos un halo de arrepentimiento—. Fui a ver a Eve y le pedí que viniera a la boda si sentía algo por ti.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Lucky y la mandíbula se le tensó.

—¿Que tú hiciste qué? —De no haber estado en una boda hubiera preguntado eso con un grito.

—No me mires así —suplicó Havana alzando las manos—. Sé que sientes algo por ella y pensé que sería superromántico que iniciarais una relación justamente hoy. ¿No dicen que de una boda sale otra boda?

—Havana... —musitó tras un resoplido. Se frotó la cara sintiendo como la ansiedad aumentaba—. Debiste consultarme antes de actuar.

—Estaba segura de que ella vendría. Es obvio que siente algo por ti.

—Pues está claro que eso no es así. Y no me gusta que la hayas puesto en un compromiso sin mi permiso —bramó.

—No te enfades conmigo, Lucky. Solo quería ayudar.

Havana hizo un mohín de arrepentimiento. Lucky estaba convencido de que ella había actuado con la mejor de sus intenciones, pero la situación entre Eve y él ya estaba lo suficientemente tensa como para añadir más tensión al asunto. Bufó pasándose una mano por el pelo y luego clavó sus ojos sobre Havana, intentando controlar el disgusto.

—No estoy enfadado, solo que la situación me hace sentir tremendamente incómodo. Sé que Eve necesita los trabajos en el hotel y no quiero que por culpa de esto se vea en la necesidad de dejarlos. Ella no es culpable de no cumplir con mis expectativas.

Havana asintió lentamente como si quisiera darle la razón. Luego, fijó la mirada en algo que había tras su hombro. La expresión de incredulidad fue rápidamente secundada por una sonrisa sincera que dedicó a Lucky antes de hablar, sin apartar los ojos de lo que fuera que hubiera tras él:

—Puede que, a fin de cuentas, no estuviera tan equivocada.

Lucky alzó las cejas sin comprender y miró hacia atrás para seguir la mirada de Havana. Sus ojos se abrieron suavemente al comprobar que tras él estaba Eve. Parecía nerviosa y vacilante, pero estaba preciosa. Se había puesto un vestido plateado hermoso muy acorde con el tono de la fiesta y recogido el pelo en un moño alto. A su lado, Havana le guiñó un ojo y desapareció. Mientras los ojos rasgados de Eve se clavaban en los suyos, Lucky solo podía pensar en una cosa: siempre hay espacio para la esperanza.

Eve



Eve nunca había temblado tanto como aquel día. Frente a un Lucky boquiabierto, no sabía si creer que lo había impresionado o que, por el contrario, estaba buscando la forma de echarla de allí. No podía culparlo, porque llevaba una semana desaparecida, pero Eve había necesitado unos días para pensar a fondo los pros y contras de todo aquello.

Y no es que hubiera llegado a una conclusión muy evidente, porque seguía estando muerta de miedo, pero al menos había optado por la opción más valiente, que era hacer lo que de verdad quería. Y quería a Lucky Royal. El cielo tendría que perdonarla por ello, pero ya no podía engañarse más. Se había prohibido a sí misma desearlo, pero se consolaba pensando que, en realidad, se había prohibido desear al Lucky Royal que ella pensaba que era. El chulo, prepotente, mujeriego y vanidoso. ¿Cómo iba a saber Eve que Lucky era mucho más que eso? ¿Que, en realidad, no era más que un hombre con un pasado oscuro que no se ataba a nadie pero tampoco hacía promesas? Habría cometido sus errores, claro, Eve no era tonta y sabía que no era ningún santo, pero ella tampoco. De hecho, estaba llevando a cabo un trabajo que sabía de sobra que su madre desaprobaría, pero eso no le impedía hacerlo. No podía ser tan hipócrita como para creer que lo suyo estaba mejor que lo que hacía Lucky.

Sí, se había tragado la versión de Alyson respecto a su embarazo, pero no había tenido más que conocer a Lucky para saber que mentía. En realidad, siempre había sospechado un poco porque Alyson jamás se había portado bien, ni con ella ni con prácticamente nadie. Era la típica persona acostumbrada a salirse con la suya siempre y eso puede convertirse en un arma de doble filo si alguien no cede a sus deseos, como hizo Lucky.

—Estás aquí —dijo él levantándose.

Eve tragó saliva, porque tomó consciencia de pronto de lo alto que era. Sus pecas parecían brillar y Eve pensó, por un momento, que era como mirar una cara salpicada de estrellas. Era guapo, era muy guapo y él lo sabía, quizás por eso sonrió, porque reconoció el modo en que Eve lo miraba. O puede que fuera por otra razón. Estaba demasiado obnubilada para pararse a pensar en ello.

—¿Podemos hablar? —preguntó armándose de valor—. Hay muchas cosas que quiero decirte.

Lucky no respondió, pero cogió su mano y la guio hacia un lateral del salón, por el que

salieron. La hizo subir unas escaleras que ella no había visto nunca antes, así que imaginó que solo la utilizaban los trabajadores. La guio por un pasillo y Eve pudo ver cajas de bebidas amontonadas. Probablemente aquello era el almacén, pero cuando llegaron al final y Lucky abrió un pequeño balcón con vistas a Las Vegas, Eve se sintió maravillada.

—Aquí, justo en este lugar, puedes ver lo mejor de Las Vegas sin que te vean. Es como una mirilla al mundo. ¿No es genial?

Eve lo miró maravillada.

—Es precioso. ¿Cómo lo descubriste?

—No fui yo. Tantos años como llevo aquí y tuvo que venir mi sobrina, Charlotte, a enseñármelo. Ella suele venir aquí cuando su madre trabaja hasta tarde. Le relaja mirar las luces desde las sombras.

Sí, aquella actitud iba mucho con Charlotte. La pequeña era un ser increíble, por lo poco que había podido estar con ella. Eve se armó de valor, si no podía hablar de sus sentimientos en aquel lugar, no podría hacerlo en ninguno, pues se sentía más a salvo que en mucho tiempo.

—Quiero estar contigo —lo dijo así, sin pensar, empezando por el titular y haciendo que la mirada de Lucky se centrara en ella intensa y brillante—. Tenías razón. Entre nosotros hay algo, pero yo... es todo muy difícil, Lucky.

Él se sentó en una pila de cajas, la atrajo hacia él, abriendo las piernas y colándola entre ellas. Parecía seguro de sí mismo: firme. Y eso dio seguridad a Eve, la suficiente para relajar su postura un poco y dejarse caer contra su pecho. Dios, aquello era increíble. Adoraba el modo en que la miraba, su olor y la forma en la que sus manos se aferraban a sus caderas, como si temiera que se marchara.

—No lo es —susurró—. No es difícil. Si te refieres a mi pasado con las mujeres, te puedo asegurar que nunca antes me he sentido así. Eve, cuando sentí tus labios sobre los míos... el mundo explotó. De verdad, el jodido mundo explotó y desde entonces no puedo pensar en otra cosa que no sea besarte y...

Guardó silencio, pero Eve fue perfectamente capaz de leer entre líneas. Besarla y hacer más, mucho más, y no podía culparlo porque ella misma sentía que la pasión la abordaba cada vez que él la miraba. Si la tocaba, como en aquel instante, directamente sentía su piel arder de anhelo.

—Mi madre siempre será lo primero para mí. Siempre. —Tragó saliva, porque lo que tenía que decir era difícil, pero no se detuvo—. Por mucho que me gustes, sé que para ella sería difícil entender esta relación. Cree la versión que dio Alyson de los hechos porque tu fama...

—Sé la fama que tengo —dijo él con voz grave—, pero lo de Alyson no es verdad. Tú me crees, ¿verdad?

—Sí —respondió sin titubear—. Sí, yo sí te creo.

Lucky relajó los hombros y Eve se dio cuenta de que, después de todo, parecía que no estaba tan seguro de sí mismo como hacía ver.

—Oye, sé que es complicado, que tu madre tiene una idea equivocada de mí, pero si se lo explicamos entre los dos quizás...

—No, eso no es posible. No, desde que Alyson me tiene chantajeada con contarle que trabajo como bailarina si me acerco a ti.

Los ojos de Lucky relampaguearon de ira.

—¿Cómo has dicho?

Eve se lo contó todo. Lo ocurrido en el pub y más tarde en el baño, y que esa era la razón por la que se había alejado de él. Al acabar, Lucky apretaba sus caderas con más fuerza, pero Eve

sabía que él ni siquiera se daba cuenta, porque estaba tratando de asimilar aquello.

—Voy a estrangular a esa sabandija.

Eve colocó sus manos sobre las de Lucky, que aflojó su agarre de inmediato.

—Creo que estrangular sigue estando prohibido.

—¿Estás segura?

—Como estudiante de derecho, casi al cien por cien. —Sonrió para quitar un poco de hierro al asunto y se dejó caer por completo sobre su pecho, sorprendiendo a Lucky cuando acarició su mejilla con las yemas de los dedos—. Quiero estar contigo, pero tenemos que tener cuidado. No podemos hacer nada público, al menos de momento.

—¿Estás diciéndome que quieres que tengamos una relación secreta?

Su tono era dudoso, sorprendido, pero Eve no se echó atrás.

—Si es que quieres tener una relación conmigo. A lo mejor solo te interesa la parte en la que me desnudo para ti.

Lucky soltó una carcajada seca, abrió más las piernas y consiguió que Eve se rozara con partes muy interesantes de su anatomía.

—Como puedes comprobar, me interesa muchísimo la parte en la que te desnudas para mí, sobre todo si hablamos de ese vestido con el que estás despampanante. —Pese al momento de tensión sexual, Lucky consiguió ponerse serio—. Quiero que estés bien, que seas feliz y que estés conmigo. Si para eso tengo que verte entre cajas de bebidas, en el despacho o a escondidas en cualquier otro lugar, lo haré, pero solo con una condición.

Eve sintió la ansiedad aposentarse en su garganta.

—Dime —susurró.

—Será solo un tiempo —dijo él—. Entiendo tus razones, pero no voy a pasar toda mi vida escondido y, Eve, no te quiero para un mes, ni dos. Quiero explorar esto a fondo y que te impliqués tanto como yo, ¿lo entiendes? —Eve asintió—. ¿Y quieres lo mismo que yo?

El tono en que hizo la pregunta parecía seguro, pero Eve ya lo conocía, había duda en su voz, así que dio un paso atrás, lo que hizo que esa duda se acrecentara, pero ella sabía que valdría la pena. Llevó las manos a su espalda, bajó la cremallera y dejó que el vestido cayera por su cuerpo.

—¿Qué te parece si lo firmamos con un pacto de piel?

Eve



Allí, desnuda frente a Lucky Royal, pues el vestido no admitía ropa interior de ningún tipo, Eve se sintió más vulnerable que nunca, pero cuando él puso una mano en su cintura y la atrajo hacia su cuerpo toda esa vulnerabilidad se convirtió en poder. Ella era poderosa, ella conseguía excitarlo sin tocarlo, solo con su presencia, y aquel era un sentimiento increíble.

—No te imaginas cuántas veces he soñado con esto —dijo él antes de besarla.

El mundo estalló, de verdad estalló en mil pedazos como ya ocurrió la primera vez que se besaron. Los labios de Lucky conseguían hacer que Eve perdiera el equilibrio. Tanto como para aferrarse a sus hombros, temerosa de caer. Lucky debió darse cuenta, porque se levantó y le cambió el lugar. La sentó sin esfuerzo sobre la caja, alzándola por las caderas, y aunque raspaba un poco en su trasero, Eve se olvidó de todo en cuanto Lucky volvió a besarla y bajó una mano hacia su clítoris. La tocó sin rodeos, abriéndole más las piernas y pidiéndole, sin palabras, que le diera acceso a su cuerpo. Eve se arqueó para que entendiera que estaba más que dispuesta y él pellizcó uno de sus pezones con la mano libre en agradecimiento. Eve gimió, extasiada, y Lucky intensificó la caricia en su clítoris, haciendo que algunos de sus dedos recorrieran sus labios vaginales hasta acariciar su entrada completamente empapada. Eve no se quedó quieta, llegados a aquel punto lo quería todo de Lucky, acarició su polla por encima del pantalón y gimió cuando comprobó su tamaño y dureza. Lucky sonrió pagado de sí mismo, pero a Eve no le importó, porque veía completamente normal que estuviera orgulloso de algo que ya se intuía vigoroso. Soltó su cinturón, tiró de su camisa y dejó que su pantalón bajara hacia sus tobillos, descubriendo así un bóxer negro apretado que hacía las delicias de Eve. Se mordió el labio de puro deseo y coló la mano bajo la tela. Acarició la polla de Lucky y volvió a gemir porque estaba caliente y húmeda, pero sobre todo porque era él, era Lucky, y lo había deseado tanto que le parecía mentira estar viviendo aquello.

Lucky se separó de ella provocando una oleada de quejas, pero por respuesta solo guiñó un ojo sonriendo, se aferró a sus rodillas y se agachó, arrodillándose en el suelo.

—Oh, Dios, ¿vas a...?

No pudo terminar la frase. La lengua de Lucky barrió su humedad desde su entrada hasta su clítoris con intensidad la primera vez y con mucha más dulzura luego. Eve se sentía en el maldito cielo con aquellos movimientos, se aferró a la nuca de Lucky y supo que se había dejado llevar

demasiado cuando él subió, tapó su boca con sus labios y sonrió sobre ellos.

—Tienes que ser un poco más silenciosa, nena.

—¿Te molestan mis gemidos? —preguntó ella con la respiración acelerada y aún entre besos.

—Joder, me encantan, pero no quiero que todos los invitados de la boda acaben aquí preguntando qué hacemos. —Lucky gruñó cuando su glande se rozó contra la vagina de Eve—. Mierda, joder. —Se alejó de ella con la respiración agitada y pasándose una mano por el pelo—. No me lo puedo creer.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella desconcertada.

—No traje condones.

Eve elevó las cejas.

—Eres Lucky Royal, tú siempre tienes condones.

—No desde que cierta señorita me deprimió tanto que tenía claro que no quería follar esta noche. No, si no era contigo.

Eve se quedó mirándolo impactada. Aquello era todo un gesto, tratándose de Lucky. De hecho, podía parecer una tontería pero era el gesto que confirmaba lo que Havana le había dicho. Lucky Royal sentía algo poderoso por ella y, si le quedaba alguna duda, estaba quedaba resuelta. Por eso decidió confiar en él como no lo había hecho nunca con otros.

—Me hicieron un chequeo médico cuando entré a formar parte de la plantilla del hotel y tomo la píldora —dijo mirándolo a los ojos, atento a su reacción.

Lucky se quedó parado, mirándola entre sorprendido y ¿agradecido? No sabía definir bien lo que veía en sus ojos, pero sabía que le gustaba. Se acercó a ella de nuevo, enmarcó sus mejillas entre sus manos y la miró con los ojos más brillantes que Eve le había visto nunca.

—Me hago revisiones cada tres meses y jamás me he acostado con una mujer sin condón —susurró.

Su glande volvió a rozarse con su clítoris, como si pidiera desesperadamente algún tipo de roce, pero Lucky no hizo ningún movimiento hasta que ella sonrió. Aun así, fue Eve quien cogió su polla y la guio hacia su entrada. Lo ayudó a penetrarla sintiendo por primera vez cómo era aquello de hacerlo sin ningún tipo de barreras y, cuando Lucky estuvo completamente enterrado en su cuerpo, sintió que acababan de hacer magia. Juraría, incluso, que fuera estallaban fuegos artificiales, y el modo en que Lucky gimió ronca y prolongadamente hizo que su cuerpo se estremeciera de placer.

—Dios, qué bueno, nena —le dijo en un hilo que hizo que ella temblara.

—Muévete, necesito más —le suplicó Eve.

Lucky hizo caso. Movié sus caderas con decisión pero sin prisas, la abrazó por completo, besó sus labios, sus mejillas, su frente, su mandíbula y, cuando el ritmo de sus caderas se hizo más potente, bajó un poco y lamió sus pezones, mordisqueándolos y descubriéndole un nuevo mundo de placeres, pues Eve nunca había sentido aquello. Él sabía exactamente dónde tocar, cómo y de qué manera arrancarle un gemido. Tanto así que Eve volvió a reclamar su boca, porque era más fácil no gritar de placer si él la estaba besando. Se sentía llena en todos los niveles, porque físicamente era obvio, pero en su interior algo encajó por fin en la vida de Eve. Sintió que había tenido toda la vida un puzle incompleto y acababa de encontrar la pieza que faltaba. Era una locura, Eve lo sabía, pero dejó que todo aquello la embargara igualmente. Se empapó de sus sentimientos y las caricias de Lucky y dejó que todo aquello la llevara hacia la cima, desatando un orgasmo que estalló cuando Lucky cambió un poco el ángulo de las penetraciones y Eve sintió que tocaba el punto exacto. Gritó su nombre sin poder contenerse, se

aferró a él y sintió que se quedaba sin respiración.

No pudo besarlo, porque de verdad pensaba que podía morir de placer allí mismo. Cerró los ojos, convencida de que estallaría si los mantenía abiertos y arqueó la espalda ofreciéndose sin reparos a un Lucky que se aferraba a ella con seguridad, sin dejarla caer en ningún momento.

Cuando su éxtasis dejó una grieta en su razón para dejarla volver al presente, oyó el modo en que Lucky gruñía y sintió cómo se derramaba en su interior. Eve no sabía que podía tener réplicas de un orgasmo pero esa noche se dio cuenta de que así era. Sintió que su propio orgasmo vibraba aún mientras él se clavaba en el fondo de su ser, y cuando Lucky abrió los ojos, igual que ella, y se miraron, lo supieron. Puede que, desde fuera, aquello hubiera sido sexo improvisado en un almacén con vistas a Las Vegas, pero para ellos había sido mucho más. Acababan de crear una unión y Eve solo esperaba no tener que romperla nunca, porque sabía que su corazón ya no había modo de que su corazón pudiese recuperarse y olvidar a Lucky Royal.

Solo esperaba no acabar arrepentida de haberse entregado en cuerpo, alma y corazón a Lucky Royal.

Lucky



Lucky se levantó de la cama en la que Eve aún yacía tras un orgasmo abrumador, con fastidio. No le apetecía nada tener que marcharse de allí, pero ya era tarde y aquella noche había quedado con su familia para cenar en el restaurante de Jolie con toda la familia. Havana y Dexter habían regresado de su viaje de nupcias, que habían pasado tomando el sol en las playas de Bora Bora, y querían celebrarlo con todos. Hacía ya dos semanas que Eve y él habían iniciado aquella relación secreta, y cada nuevo día que pasaba la sensación de que la felicidad no era completa por no poder compartirla le pesaba un poco más. Aunque comprendía los motivos de Eve, una parte de él no estaba de acuerdo con la decisión tomada. Le jodía que Alyson fuera la culpable de que no pudiera vivir su amor en libertad.

Como Eve no quería que ningún Royal sospechara nada sobre lo suyo, se negaba a ir a su apartamento, lo que complicaba un poquito más las cosas. Según ella, que Eve frecuentara la planta familiar, despertaría suspicacias, así que se veían en la habitación que Eve compartía con Kenia cuando esta no estaba, cosa que limitaba mucho los encuentros. También se veían en el despacho, por supuesto, y aunque alguna vez habían dejado que la pasión los desbordara allí, no era algo que le entusiasmara demasiado. Era un tipo serio, a pesar de todo, y prefería separar los negocios del placer. Prefería no correr el riesgo de ser descubierto.

Aun así, tener a Eve a medias era mucho mejor que no tenerla, por lo que hasta la fecha no se había quejado demasiado. Lucky sabía de sobras que nunca se hubiera sometido a un trato semejante por otra mujer, pues le gustaba ser transparente en todos los aspectos de su vida. Pero Eve era especial, por Eve ardería en el mismísimo infierno si ella se lo pidiera. A fin de cuentas, no iban a mantener en secreto lo suyo para siempre. Lucky estaba convencido de que en cuanto la relación avanzara y se afianzara, Eve y él lo harían público y podría por fin besarla donde y cuando quisiera sin importar quién pudiera verlos.

—No pongas esa cara. Mañana nos veremos en el trabajo, y, además, esta noche tengo espectáculo, ¿recuerdas? —dijo Eve con una sonrisa comedida mirándolo desde la cama.

Lo sabía, claro que lo sabía. Pero eso no lo hacía más fácil. Lucky no tenía secretos para su familia y le fastidiaba muchísimo esconderles aquello. Además, aún le fastidiaba más ver como su tiempo con Eve era tan limitado por culpa de sus múltiples ocupaciones. Entre sus dos trabajos y la universidad la pobre iba desbordada. De no conocer lo obstinada que era Eve en

cuestiones de dinero, le hubiera propuesto aumentarle el sueldo como asistenta con tal de que dejara el trabajo de bailarina. Pero sabía que ella no aceptaría y que, además, se lo tomaría como una ofensa.

—¿Estás segura de que no puedes acompañarme a la cena? Solo un rato. Puedes hacerlo con calidad de amiga. Todos te adoran ya, no les parecerá raro que vengas.

—Tengo que estar en el auditorio en menos de una hora, Lucky. Además, me gustaría comprobar si ya han subido las notas del último trabajo que entregué a la plataforma de la universidad.

Lucky tensó los labios en una mueca. Definitivamente empezaba a preguntarse cuánto tiempo podía aguantar una persona con aquel tren de vida.

—Me gustaría saber cuándo duermes.

—Oh, bueno, dormir está sobrevalorado. Con cuatro o cinco horas al día y una decena de tazas de café, tengo suficiente —bromeó.

Lucky exhaló un suspiro y se tragó sus comentarios pues sabía que Eve odiaba que Lucky se pusiera sobreprotector con ella. Pero sabía de sobras que aquel era un tema que ambos, en algún momento, tendrían que tratar. Pero cada cosa a su tiempo.

No alargó demasiado la despedida. Se vistió, le dio un beso largo y húmedo hasta arrancarle un gemido y se marchó de allí lanzándole un guiño de ojos.

Media hora más tarde, Lucky ya estaba sentado en una de las mesas del restaurante de Jolie rodeado de toda la familia. En aquella ocasión ocuparon una mesa en el interior pues el cielo estaba encapotado y parecía que en cualquier momento empezaría a llover. La lluvia no era un fenómeno muy habitual en Las Vegas, pero cuando ocurría la ciudad se cubría de un manto que la convertía en otra. Los colores y las luces bajaban de intensidad y los turistas, que siempre andaban de aquí para allá sin parar, se refugiaban en sus hoteles o habitaciones a la espera de que la situación mejorase.

La velada, como siempre, fue caótica a más no poder. Conversaciones cruzadas, lloros de Paris que aquel día se mostraba más irritado que de costumbre, quejas de Charlotte que quería regresar al apartamento para ver un documental sobre desiertos, Havana y Dexter que sacaban a colación anécdotas de su viaje cuando tenían oportunidad... Los únicos que se mantenían apartados de aquel desorden eran Summer, Blake y Parker. Permanecían tan callados que aquello le pareció extraño. No era raro que el pequeño no hablara, pues Parker era un chico de pocas palabras, pero que no lo hicieran Blake ni Summer sí que era inusual. Por ello, cuando la cena terminó, se ofreció a acompañarlos a casa con la excusa de salir un rato para que le diera el fresco.

—¿Va todo bien? —preguntó Lucky una vez hubieran abandonado el recinto del hotel. Había empezado a llover y el olor a lluvia inundó sus fosas nasales.

—Eh... ¿por qué lo preguntas? —Blake arqueó una ceja.

—No habéis abierto la boca durante la cena.

Blake y Summer intercambiaron una mirada antes de posar sus ojos en Parker, que caminaba delante de ellos con las manos hundidas en los bolsillos y la mirada fija en sus deportivas. A Lucky no le costó demasiado comprender que, fuera lo que fuera lo que ocurriera, tenía que ver con el chico y que, por tanto, no hablarían delante de él.

—Solo tenemos muchas cosas en las que pensar —dijo Summer en un intento de salirse por la tangente.

Lucky no insistió. Esperó a que hubieran llegado a casa y aceptó la invitación que le hicieron

para que se quedara un rato a charlar. Se sentaron en la mesa de la cocina con tazas humeantes y cuando Parker acabó su batido de chocolate y se retiró a su habitación para dormir, Lucky atacó el tema de raíz:

—¿Ha pasado algo con Parker?

Blake asintió despacio.

—Grace ha llamado justo antes de que fuéramos hacia el restaurante. Ha conseguido que los padres adoptivos de Madison acepten una visita concertada para que Parker pueda ver a su hermana.

—Pero eso es una buena noticia, ¿no?

Frente a Lucky, Summer se mordisqueó los labios, claramente nerviosa.

—No es lo único que nos ha dicho. También nos ha explicado que estos ya han empezado los trámites para la adopción de Madison. El proceso es largo y tiene que validarlo un juez, pero en cuánto se apruebe, Madison y Parker dejarán de ser legalmente hermanos.

—Eso es una estupidez —bramó Lucky alarmado—. Un papel no puede dictaminar algo así.

—Sí, sí que puede, Lucky. Por mucho que nos pese, en unos meses Madison tendrá padres y Parker no. —Los ojos de Summer se llenaron de una tristeza profunda y Lucky supo que esta veía en la historia de Parker y Madison cierto paralelismo con la suya propia. Al contrario que Blake, Summer nunca fue adoptada, y sufrió muchísimo cuando perdió a Blake, a la única persona de su mundo que consideraba familia—. No sabemos cómo explicárselo.

—Se ha puesto tan contento cuando le hemos dicho que podría ver a Madison en unos días que no nos hemos atrevido a darle la noticia completa.

Los entendía. Parker era un chico que sufría, y aunque este ya conocía las intenciones de los padres de acogida de Madison, tener la certeza de que la adoptarían y de que se quedaría solo en el mundo lo destrozaría. Estaba seguro de ello. Por alguna razón, Lucky sentía una conexión especial con aquel muchacho. Le recordaba tanto a sí mismo que empatizaba con su dolor. Por ello, estaba dispuesto a ayudarlo todo lo que hiciera falta.

Lucky



La risa alegre de Madison y Parker retumbó en las paredes de la sala. Se encontraban en una de las salas habilitadas para visitas concertadas en un centro de Servicios Sociales. No era una sala de aspecto muy halagüeño, de hecho, parecía la habitación aséptica de un hospital, con sus paredes blancas y el olor a desinfectante flotando en el aire, pero todo aquello dejaba de tener importancia cuando Lucky fijaba su mirada en Parker y veía el brillo de la felicidad estallar en sus ojos verdosos.

A su lado, Summer y Blake, mostraban alegría contenida. Era imposible no contagiarse de la felicidad que irradiaban los hermanos por poder pasar un rato juntos. Sentados en el suelo, charlaban sin parar de sonreír y reír. Era una estampa tan tierna y dulce que a Lucky se le encogía el corazón cada vez que pensaba en lo poco probable que sería en unos meses que aquellos encuentros siguieran ocurriendo.

Los MacAllister, los padres de acogida de Madison, sin embargo, no parecían tan contentos con aquello. No los conocía personalmente, pero solo tenía que mirarlos para comprender lo altivos y arrogantes que eran. Ella llevaba la melena roja cardada de forma excesiva, y él llevaba tanta gomina que el pelo lucía encartonado. Vestían con ropa cara, impolutamente planchada, y los acompañaba una mujer joven a la que presentaron como la niñera. Era evidente que estaban allí a disgusto. De hecho, al otro lado de la sala, ambos observaban la escena con una mueca de fastidio y resignación bastante evidente. Lucky estaba convencido de que Grace había tenido que esforzarse mucho para conseguir que aquel matrimonio aceptase aquel encuentro entre los hermanos. La llamaría al día siguiente para darle las gracias. O mejor aún, le mandaría unos bombones como muestra de agradecimiento. Sabía que Grace adoraba el chocolate. Estaba claro que el interés de los MacAllister por Parker era nulo, pero en su fuero interior Lucky estaba convencido de que, si charlaba con ellos, podría convencerlos para que recapacitaran su decisión de solo adoptar a Madison. De hecho, Lucky había pedido a Summer y Blake acompañarlos esa tarde con ese objetivo en mente.

Así que, cuando faltaba un cuarto de hora para que la visita terminara, Lucky pidió a los MacAllister que los acompañara fuera para comentar con ellos un tema importante. Ambos le miraron con recelo, pero aceptaron, dejando a la niñera a cargo de vigilar a la pequeña. Summer salió con él. Blake se quedó en la sala.

—Señores MacAllister, soy Lucky Royal, seguramente les suena mi apellido ya que mi familia es propietaria de uno de los hoteles más prestigiosos de Las Vegas. —Lucky habló con soltura, intentando dejar claro a sus interlocutores el peldaño que ocupaba dentro de la escala social de Las Vegas. Sin embargo, aquello no pareció impactarles lo más mínimo pues se mostraron inalterables en todo momento—. Me gustaría hablar con ustedes de Parker.

—No tenemos nada que hablar sobre ese chico. No es asunto nuestro. —El rostro del señor McAllister se endureció.

Aquellas palabras encendieron a Lucky, pues mostraban hasta qué punto esa pareja habían decidido desvincularse de la suerte del muchacho.

—Parker es hermano de Madison. Ustedes lo saben, ¿no?

—Pero no está a nuestro cargo. Está al suyo —espetó la mujer señalando a Summer que se sobresaltó al escucharla.

—Ya, lo sabemos, y justamente de eso queremos hablar. —Lucky exhaló una bocanada de aire, intentando que la poca paciencia que solía tener no lo abandonara en el transcurso de la conversación—. Creemos que lo mejor para ambos sería permanecer juntos. Conocemos las intenciones que tienen de adoptar a Madison y nos parece muy egoísta por su parte separar a la pequeña de su hermano.

—Con todos mis respetos, señor Royal, será mejor que hable claro porque no sé a dónde pretende llegar con sus palabras. —El señor MacAllister tensó los hombros y frunció el ceño.

—Lo que mi compañero quiere decir es que lo mejor para Madison y Parker sería estar juntos. ¿No hay ninguna posibilidad de que los adopten a ambos? —intervino Summer.

La mujer arrugó la nariz con desagrado, como si la idea de adoptar a Parker le pareciera tan o más repugnante que encontrarse una caca de perro sobre la acera interponiéndose a su paso.

—No estamos interesados en meter en nuestra casa a un niño preadolescente que arrastra con él problemas emocionales y traumas del pasado que pueden alterar el bienestar de nuestra familia —argumentó ella—. Madison lleva prácticamente un año con nosotros y nos ha costado mucho conseguir que abandone ciertos hábitos molestos, y tiene solo cinco años. A más edad, más difícil se torna adiestrar a un niño.

—¿Adiestrar? Los niños no se adiestran, a los niños se les quiere y se les acompaña. —La voz indignada de Summer sonó alta y clara—. Y Parker es un chico fantástico que adora a su hermana. ¿De verdad no les duele ni un poquito pensar que van a separarlos para siempre?

—Es usted un poco melodramática —dijo con sorna la mujer—. Son niños y los niños se adaptan rápido a los cambios. En unos años no se acordarán el uno del otro.

—Es usted una...

—Summer, cálmate. —Lucky agarró a su cuñada del codo recordándole que debía mantener la compostura, por mucho que él mismo deseara encararse con aquella desagradable mujer. Luego se dirigió hacia la pareja que, cruzados de brazos, parecían enrocados en su posición. lo hizo con una sonrisa forzada—. Perdonad a mi amiga, es un poco sensible. Sentimos haberles importunado. Olviden todo lo que les hemos dicho. Está claro que hablar con ustedes ha sido un error.

—Por supuesto que ha sido un error —masculló el hombre girando sobre la suela de sus zapatos y arrastrando a la mujer con él—. Venga, querida, ya es la hora. Entremos a por Madison y marchémonos de aquí.

Lucky observó en silencio como los MacAllister entraban en la sala. Tenía todos los músculos del cuerpo agarrotados por la tensión vivida durante la conversación. A su lado,

Summer se deshizo de su agarre de un tirón.

—Ese par son unos monstruos.

—Lo son —asintió Lucky—. Y por eso mismo no creo que sea una buena idea coaccionarlos para que adopten a Parker también.

—No. —Summer le dio la razón—. De hecho, lo que tenemos que conseguir es que no adopten a Madison. Algo me dice que de lo contrario esa niña será profundamente infeliz el resto de su vida.

—¿Y cómo piensas evitarlo? —preguntó Lucky esperanzado.

—Ya lo verás —dijo Summer con una mirada enigmática.

Poco después, abandonaron el centro y regresaron al hotel con un Parker inusualmente hablador y radiante. Estaba claro que al pequeño le había ido genial ver a su hermana. Mientras él les explicaba todos los planes que había hecho con ella para cuando pudieran volver a estar juntos, Lucky solo pudo desear en silencio que Summer encontrase la forma de evitar el desastre.

21

Eve



Preparándose entre bambalinas para salir a escena, Eve se sentía mejor que nunca. Había algo en el ambiente aquella noche. No sabría decir qué era, pero el aire estaba cargado de electricidad y se sentía llena de energía. A su lado, Kenia comentaba justamente eso mismo.

—Hoy la actuación será brutal.

—¿Sí, verdad? Está el aire cargado de buenas vibraciones.

—El aire cargado de buenas vibraciones y la sala llena de la gente correcta. —Eve miró a su amiga sin entender y ella soltó una carcajada—. Tenemos como público a la familia Royal.

—Oh.

—A TODA la familia Royal. Desde Abigail hasta el pequeño Lucky.

—¿El pequeño Lucky?

—Sí, ya sabes... —Kenia se acercó a ella para susurrar junto a su oreja y que nadie más la oyera—. Ese chico guapo, atlético y sexy que se mete en tu cama en cuanto te descuidas.

Eve miró a su amiga completamente boquiabierta. Ella no le había contado nada acerca de su relación con Lucky. Ni a ella, ni a nadie, y no era por falta de ganas, pero el miedo a que los descubrieran era tal que se había cerrado en banda con todo el mundo. Si no había fisuras nadie podría acusarla de estar con él. Podría haber fingido con Kenia, pero lo cierto era que la consideraba una gran amiga y llegados a aquel punto no veía qué sentido tenía mentir. Porque una cosa era ocultar un hecho y otra muy distinta mentir acerca de él. No, eso era rastrero y Eve no se consideraba una mujer rastrera.

—¿Cómo te has dado cuenta? —preguntó a Kenia.

Esta sonrió, le guiñó un ojo y movió los hombros con coquetería.

—Cariño, el modo en que os miráis sí que hace vibrar el ambiente. Y, además, un día llegué y os oí... digamos que no estabais charlando precisamente. —Eve sintió que sus mejillas ardían pero su amiga encontró todo aquello superdivertido—. Chica, desde que te oí gemir de ese modo sueño con encontrar a un hombre que me provoque lo mismo. No sé qué te estaba haciendo, pero... guau.

Eve pensaba que no podía ponerse más roja. Incluso envidió la piel negra de su amiga, porque a ella no se le notaría nunca el rubor de ese modo. Estaba segura de que estaba tan roja como un tomate porque Kenia la abrazó e intentó calmarla para que no se avergonzara.

—En serio, Eve, si yo tuviera a un hombre así iría por la calle gritando que hay alguien capaz de hacerme enloquecer con las manos y lo que tiene entre las piernas.

Eve soltó una carcajada, era imposible no contagiarse del desparpajo de Kenia. De hecho, se mordió la lengua, o lo intentó, porque antes de darse cuenta estaba hablando.

—No es lo único que usa. Tiene una lengua...

—Oh, Dios, ahora te quiero y odio a partes iguales. Cuéntamelo todo.

—¡No! —Eve reía a carcajadas mientras sus compañeras se unían a ellas para salir a escena.

—Venga, cielo, llevo mucho tiempo sin mambo del bueno. Déjame vivir a través de tus experiencias. ¿Qué menos? ¡Soy tu mejor amiga!

—Eres mi única amiga, de hecho.

—Mejor me lo pones.

Las dos rieron, pero cuando las avisaron de que faltaba un minuto para salir se pusieron serias y se colocaron en sus posiciones. Antes de separarse del todo, Kenia tiró de su mano una vez más.

—No imaginas cuánto me alegro por ti. No conozco a nadie que merezca tanto ser feliz.

Aquellas palabras la emocionaron lo indecible. Quería abrazar a su amiga y agradecerse las, pero entonces el telón se abrió y se vio expuesta al público. Era hora de comenzar el show.

Quizás era la energía que ya había sentido al inicio, o puede que tuviera que ver con la conversación que había tenido con Kenia, pero en cuanto vio a Lucky en uno de los sillones, no pudo quitar sus ojos de él. Estaba rodeado de su familia, en efecto, pero Eve no podía mirar a nadie más. Vestido con un traje de chaqueta hecho a medida, con chaleco incluido, Eve no podía dejar de pensar cómo y cuándo iba a poder quitarle todo aquello. Le encantaba el Lucky vestido para los negocios, pero el Lucky desnudo era algo con lo que soñaba desde que lo había tenido entre sus brazos por primera vez. No se saciaba. Ni de su cuerpo, ni de sus palabras, ni de su forma de ser. Había descubierto a un hombre pícaro, pero también sincero, dulce y amable que no dejaba que ella se sintiera mal por nada. Como jefe era bueno, pero como persona era un ser extraordinario.

Eve tragó saliva. Era consciente de que todos aquellos pensamientos iban muy encaminados hacia algo que ella había intentado evitar toda su vida. Se había enamorado de Lucky Royal. Sí, era loco, precipitado y alocado, pero no había podido evitarlo. Amaba a aquel hombre con todo su ser y, aunque no debía, porque sabía que era imposible, no dejaba de soñar con que un día pudiera demostrárselo libremente, sin ataduras.

De hecho, ni siquiera estaba segura de que él quisiera algo más serio. Estaban juntos y estaban bien, pero él quería más y ella no podía dárselo. ¿Acaso no acabaría aquello por desestabilizar la relación? Aún más teniendo en cuenta que Lucky podía tener a cualquier mujer que quisiera. Dios, aquello la volvía loca. No podía ni pensar en la cantidad de mujeres que matarían por estar en su misma situación. Aborrecía eso. Lo aborrecía porque ella no tenía derecho a reclamarlo públicamente. A veces, cuando veía el modo en que otras lo miraban ardía de rabia y celos. No se reconocía en aquella Eve. Ella no era así. Era una mujer tranquila y práctica, incluso un poco fría, y nunca había sentido celos de sus parejas anteriores. Siempre había considerado los celos una muestra de inseguridad, incluso una falta de respeto, pero era evidente que muchas cosas estaban cambiando, porque cuando imaginaba a Lucky besando a otra, o haciéndole el amor como se lo hacía a ella, sentía que ardía. De verdad lo sentía, no era una mentira.

Intentó calmarse para acabar su número, tenía que concentrarse y no dejarse llevar por sus

pensamientos, sobre todo ahora que le tocaba la parte en la que se lucía en solitario. Lo hizo, y lo hizo bien, pero no dejó de mirar a Lucky. Movi6 las caderas y se fij6 en el modo en que 6l se la comía con los ojos. Se sintió bien, se sintió poderosa. Aquel body plateado con flecos azules le favorecía y cuando sintió a Lucky con la mirada fija en sus piernas pensó en todo lo que iba a hacerle con ellas en cuanto tuvieran oportunidad. A juzgar por el modo en que 6l la miraba mientras bailaba, también pensaba en lo mismo.

El baile acabó, la gente aplaudió y algunos incluso se pusieron en pie, pero dio igual.

Eve era completamente incapaz de apartar los ojos del hombre que, retrepado en el sofá, le sonreía de medio lado, dejándole claro que la noche, para ellos, no había hecho más que empezar.

Lucky



Era como ver bailar a un ángel. No, joder, no, mejor aún. Era como ver bailar a un diablo. Un diablo tremendamente sexy. O quizás eso tampoco encajaba, porque la actitud de Eve no era avasalladora ni arrogante. Era... era... era única, especial. Se comía el escenario con su presencia. Sí, estaba loco por ella, pero era algo más. Tenía un carisma que hacía que nadie pudiera apartar los ojos de su cuerpo. No sabía bien cómo le hacía sentir aquello, pero lo que tenía claro era que necesitaba a Eve en su cama con ese body. Dios, usaría los flecos para acariciar su piel, la llevaría a la locura y cuando se corriera, probablemente con su lengua, la follaría hasta saciarla, y luego le haría el amor, y al finalizar volvería a follarla.

—Si vas a hacerle todo lo que piensas, pobre Eve, acabará reventada.

Lucky se sobresaltó al oír la voz de su hermano Dexter. Toda la familia reía y, por un momento, se preguntó si había estado pensando en voz alta, pero no, aquello era imposible, él no era dado a hacerlo.

—¿A qué te refieres? —preguntó en un vago intento de hacerse el tonto.

—Me refiero a que miras a Eve como miraba yo a Havana cuando ella no podía ni verme y yo no podía dejar de pensar en arrancarle la ropa.

—¡Oye! —exclamó Havana—. Yo también pensaba en arrancarte la ropa.

La familia rio, pero su padre intervino alzando los brazos.

—Suficiente información, chicos, pero gracias.

—Oh, no seas mojigato —dijo su abuela Abigail—. Es maravilloso ver que mi último nieto encuentra, por fin, el amor. Me siento tan afortunada de haber visto cómo os enamorabais todos... y esa es una gran chica, Lucky. Has elegido muy bien.

Lucky intentó negar la evidencia, no quería crearle un problema a Eve ni muchísimo menos, pero, por otro lado, odiaba mentir a su familia. Al final, hizo lo que consideró correcto sin poner en riesgo su relación con Eve.

—No estamos juntos, abuela. Aunque tienes razón en que estoy completamente loco por ella.

—Cariño, ¿tú estás enamorado? —preguntó su abuela sin dar más rodeos.

Lucky no tuvo que pensarlo demasiado. Había reflexionado largo y tendido acerca del amor durante toda su vida. Se había considerado un ser incapaz de amar de un modo firme y fiable a una mujer. Después de todo, su infancia seguía perjudicando su presente. Lucky no creía posible

que algún día él sintiera la necesidad de colmar a una mujer no solo con sexo, sino también con amor, cariño y respeto. Quería a Eve, maldita sea. La quería en su cama, sí, pero también la quería por las mañanas en el desayuno. Quería que fueran juntos a trabajar agarrados de la mano, o de la cintura, sin que a ninguno de los dos les importara demasiado que los miraran. Quería besarla en medio de un restaurante. ¡Diablos! Quería poder llevarla a un restaurante sin tener que dar explicaciones. Eso en sí ya era todo un sueño. Había tantas cosas que quería hacer con ella y que no podía que sentía que la frustración le ardía en la garganta. Se había enamorado por primera vez en su vida, él, que pensaba que no podría, y cuando por fin lo había conseguido, resultaba que la mujer en cuestión quería mantener lo suyo en secreto. ¿Acaso no era irónico?

Volvió a mirar a su abuela, que seguía esperando una respuesta. De hecho, toda la familia esperaba ansiosa que él hablara. Lo hizo sin dudar, porque no tenía dudas acerca de sus sentimientos. Frustración, sí, mucha, por no poder expresarlos, pero dudas no.

—Estoy completa y absolutamente enamorado de ella. La quiero tanto como un hombre puede querer a una mujer, pero es... complicado.

—¿Y qué esperas para conquistarla? —preguntó su padre impaciente—. Un Royal nunca se da por vencido, hijo.

—Bueno, digamos que las mujeres que están con los Royal tampoco son fáciles de conquistar —terció Summer.

—En eso tiene toda la razón. Que me lo digan a mí —dijo Brooklyn.

—Perdona, tú no eres el que más sufrió conquistándome —rebatió Jolie.

—Cierto, aquí, quien más sufrió fui yo —dijo Blake.

—Oh, por favor —Summer puso los ojos en blanco riéndose de él.

Toda la familia se metió en una discusión tremenda acerca de quién había sido más difícil de conquistar, y tan entretenidos estaban que Lucky no se dio cuenta de que su padre pedía algo a un camarero. Dos minutos después, ese algo aparecía frente a ellos con el mismo body espectacular y mirada nerviosa.

—Ah, querida, quería felicitarte en persona por tu actuación.

Eve se sonrojó y Lucky sintió unas ganas tremendas de sentarla en su regazo y tranquilizarla. Claro que, entonces se daría cuenta de que tenía una erección impresionante desde que la había visto y quizás haría cualquier cosa menos relajarla, así que al final solo sonrió y se limitó a ver a Eve tratar con su familia.

—Muchísimas gracias, señor Royal, tiene usted un cuerpo de bailarines extraordinarios.

—Sí, pero no son ellos los que han dejado a mi hijo con la boca abierta.

Vale, quizás eso sí había sido pasarse. Lucky pensó que su padre quería matar a Eve de un infarto, porque esta lo miró de inmediato, sin saber cómo actuar. De hecho, pudo ver en sus ojos un ápice de reproche. ¿Acaso pensaba que había dejado al descubierto su relación?

—Gracias, señor —dijo sin más.

Lucky se dio cuenta de que, en efecto, Eve pensaba que él había contado que tenían una relación. Le dolió un poco esa falta de confianza, pero por otro lado comprendía perfectamente que se sintiera así. Para Eve era algo importante guardar el secreto. Temía por la salud de su madre y ella podía entenderla. Si alguien o algo pusiera en riesgo la salud de su abuela o de su padre Lucky haría hasta lo imposible por evitarlo. Admiraba a la gente que era capaz de anteponer la felicidad de otros a la suya propia y a Eve, además, la amaba por eso.

Decidió acabar con su suplicio y miró a su padre un tanto serio, porque tampoco creía que hubiera sido correcto decirle eso. ¿Qué pretendía? ¿Facilitarle las cosas para, supuestamente,

conquistar a Eve? Por Dios, era absurdo que su padre pensara que era tan inútil como para que tuviesen que interceder por él pero, aun así, se centró primero en ayudar a Eve a salir de su error.

—Estoy rumiando mis penas de amor con mi familia —dijo sin pensar demasiado—. Les he contado que estoy loco por ti y no me haces ni caso, pero eso no significa que tengas que hacerlo ahora, porque te lo haya dicho el jefe.

—De hecho, esto podría considerarse acoso en algunas partes del mundo —dijo Blake.

—Oh, Dios, no me siento acosada —intercedió Eve de inmediato.

Lucky no sabía si reír o llorar. Toda aquella situación era tan surrealista...

—Tranquila, la familia solo quería felicitarte por tu número, que ha sido espectacular —le dijo él sonriendo dulcemente.

—Eso y también queríamos invitarte a tomar algo con nosotros, si es que tienes tiempo —añadió Abigail—. Prometo dar un buen rapapolvo a todo el que ose avergonzarte.

Eve miró a la abuela de Lucky sin saber qué decir. Lucky podía ver que lo pasaba mal así que, al final, decidió ponérselo todo lo fácil que podía. ¿Quería que Eve se integrara con su familia? Sí, por supuesto. ¿Quería hacerlo a costa de que ella lo pasara mal? No, eso nunca. Quería que la propia Eve estuviera contenta cuando por fin diera el paso de ir a las reuniones familiares. Que no sintiera aquello como una encerrona, así que se aclaró la garganta y procuró sonreírle con amabilidad.

—Puedes volver con tus compañeros, Eve, no estás obligada a quedarte aquí.

—Oh, por supuesto que no, cielo, no quiero que suene a que te obligo —dijo Abigail.

La situación se había vuelto incómoda, Lucky quería sacarla de aquel embrollo pero ella lo miraba de un modo que no lograba descifrar.

Lucky sintió, por primera vez desde que todo aquello empezara, que había una posibilidad real de que Eve se enfadara y cortara lo suyo. Y lo peor no fue saberlo, sino el sentimiento de terror que lo invadió por dentro.

Eve



La duda se instaló en el pecho de Eve de inmediato. Los ojos de todos los miembros de la familia Royal estaban puestos en ella y el temor de que Lucky hubiera roto el pacto de silencio que tenían le carcomía por dentro. Sabía que para el chico mantener aquella relación en secreto suponía una tarea difícil de llevar, pues estaba muy unido a su familia y no quería mentirles. Ella lo entendía. ¡Por supuesto que lo entendía! Ella misma sentía que le quemaban las entrañas al pensar que estaba ocultando una parte importante de su vida a su madre, sin embargo, era consciente de la necesidad de seguir ocultando aquella información. La salud de su madre era delicada y desde siempre se había sentido en la obligación de velar por su bienestar. Llevaba años evitando a su madre todo tipo de disgustos innecesarios, y no podía permitirse el lujo de empezar ahora, por mucho que sus sentimientos por Lucky hubieran crecido de una forma tan intensa y poderosa como lo habían hecho. Por ello, el miedo de que Lucky se hubiera ido de la lengua hizo que un nudo prieto se le acomodara en la garganta. Eve, en aquel momento, con los ojos fijos en los de Lucky, solo lamentó una cosa: no tener poderes telepáticos, porque mantener una conversación con él a través de la mente le hubiera ido de fábula para hacerle unas cuantas preguntas.

—Eve, cielo, volvemos a salir en diez minutos —dijo Kenia manifestándose a su lado como una aparición divina—. Señores Royal, es un placer tenerlos aquí esta noche. ¿Están disfrutando del espectáculo?

Eve adoraba a Kenia por muchos motivos, pero en aquel momento, viendo a su amiga haciéndose con las riendas de la situación con tanta soltura la quiso un poquito más. Sobre todo porque ella se sentía sobrepasada por la incertidumbre y eso le impedía actuar con normalidad. Y eso que Eve solía proceder muy bien bajo presión, una facultad que sabía que le ayudaría cuando fuese abogada, pero que se había esfumado cuando el pánico la poseyó.

Eve vio a Kenia intercambiar un par de frases cordiales con Max y Abigail y volverse hacia ella con premura.

—Te espero en el camerino, recuerda que tenemos que cambiarnos de vestuario. No tardes.

Eve le prometió que iría de inmediato sintiéndose salvada de tener que pasar más rato allí.

—Ha sido un placer hablar con todos vosotros, pero me temo que no voy a poder acompañarlos esta noche. Apenas tengo unos minutos de descanso entre baile y baile. Quizás en

otra ocasión.

—Oh, no te preocupes, querida. Una bailarina se debe a su público. Te lo dice una antigua vedette muy orgullosa de su pasado sobre los escenarios. —Abigail le cogió de la mano con dulzura y le dedicó una sonrisa sincera que le removió por dentro.

A Eve le sorprendía la forma en la que los Royal trataban a sus empleados, con respeto y consideración. Estaba acostumbrada a la arrogancia y el desdén que los Stewart, la familia acaudalada para la que trabajaba su madre, empleaban con el servicio. A pesar de que los Royal eran mucho más poderosos e influyentes, actuaban con humildad y benevolencia. Eso rompía por completo la creencia que Eve tenía sobre la gente de su clase, a los que, desde que tenía uso de razón, había tachado de soberbios y engreídos. Curiosamente, los prejuicios habían jugado en su contra en esa ocasión.

A pesar de todo ello, Eve seguía teniendo un vacío en el estómago a causa de la incertidumbre que hacía minutos se había colado en su sistema. Por muy buenas personas que le parecieran los Royal, no quería que supieran la verdad sobre su relación con Lucky.

Con aquel desasosiego, se despidió de la familia, lanzando una mirada rápida a Lucky que la observaba con intensidad, y corrió hacia el camerino donde Kenia la esperaba ya vestida con el nuevo vestuario. El camerino estaba lleno de chicas corriendo de aquí para allá en busca de ropa, maquillaje o accesorios para completar su look.

—Chica, me debes una —dijo Kenia alegre, con la mirada fija en el espejo del tocador rodeado por bombillas mientras acababa de aplicar una nueva capa de brillo sobre sus labios carnosos.

—Dios, ¿cómo has sabido que necesitaba que me salvaras?

Kenia rio, apoyó el trasero sobre la mesa del tocador y la miró con intención.

—Estabas más tensa que el palo de una escoba, cariño. Parecías al borde de un ataque cardíaco.

—Es culpa de Lucky —dijo Eve en un mohín, cambiándose de ropa a toda prisa. Para la actuación siguiente tenía que lucir un precioso vestido corto de color verde botella con purpurina dorada—. No entiendo a qué venía el numerito que ha montado.

—¿No es obvio? —Kenia volvió a reírse—. Está loco por ti, nena. Lo que no entiendo es porque tú, en lugar de disfrutarlo, has puesto cara de estreñida.

A pesar del significado de las palabras de Kenia, no pudo evitar sonreír ante ese comentario.

—No quiero que se haga público lo nuestro aún.

—Pero ¿por qué? Si yo estuviera beneficiándome a Lucky Royal querría anunciarlo en un cartel de neón gigante para que todo el mundo supiera lo afortunada que soy.

—Es... complicado —susurró, pues Kenia no sabía nada sobre Alyson y su chantaje, tampoco quería decírselo, pues conocía a su amiga y sabía lo capaz que era de ir en su busca y montar un escándalo solo por protegerla.

—Entiendo que sientas vértigo, porque Lucky Royal no es el tipo de hombre que se compromete, pero desde hace un tiempo parece distinto —dijo Kenia ayudando a Eve a abrocharse la cremallera trasera del vestido—. Ya no lo veo intentar ligar con todas las mujeres que se cruzan por su camino. No digo que te hagas ilusiones ni que sueñes en boda, niños y perro, pero disfruta del momento, cielo.

La conversación terminó en ese momento porque tenían que entrar en escena. Eve se cambió los zapatos a toda prisa y se dirigió al lateral que le correspondía, con la respiración agitada y las dudas nadando en su interior. Seguía sintiéndose intranquila, porque el temor de que Alyson se

enterara de lo suyo con Lucky lo llenaba todo.

Las siguientes horas pasaron con rapidez, como siempre que bailaba. De alguna manera, el tiempo parecía desvanecerse cuando su cuerpo se abandonaba a la música. Aprovechó para dejar la mente en blanco, intentando abandonarse a las sensaciones de sus extremidades al moverse. Muchos años atrás, la profesora de baile de la extraescolar que su madre le pagó con mucho esfuerzo, le dijo que tenía un don, que conseguía sin esforzarse lo que muchas no lograban ni con años de entrenamiento: fluir con la música de forma natural. Eve nunca se había planteado dedicarse a bailar como profesional por muchos motivos. Primero, porque sabía que su madre lo desaprobaba. Después, porque desde siempre había soñado en un trabajo que le permitiera sentirse útil. Sin embargo, tenía que admitir que le encantaba. Puede que no para llevarlo a cabo para siempre, pero lo disfrutaría mientras durase.

A medida que fueron pasando las horas, el local fue vaciándose, y la mesa de los Royal también, hasta que solo quedó en ella Lucky, que seguía sus movimientos con una intensidad que Eve podía sentir en cada poro de su piel. Así pues, cuando su turno terminó y salió del camerino con la ropa de calle y ganas de tumbarse en la cama y quedarse inconsciente hasta el día siguiente, se encontró a Lucky esperándola en la puerta de salida. No le sorprendió, pero si le fastidió un poco. Seguía molesta con él por la encerrona que le había montado con su familia.

Le pidió a Kenia que se marchara sin ella y se encaró a Lucky.

—Oye, lo que ha pasado antes...

—No saben nada —le cortó Lucky con una sonrisa tan sincera y luminosa que dejó a Eve sin aliento—. Ellos no saben nada sobre nuestra relación. Siento que se hayan puesto un poco pesados contigo. Les dije que estaba enamorado de ti y supongo que esa era su forma de intentar ayudarme.

El corazón de Eve dio un brinco dentro de su pecho. ¿Enamorado? ¿Lucky estaba enamorado? ¿Y se lo había dicho a su familia? Exhaló un suspiro intentando controlar de nuevo su respiración agitada.

—Te prometí que no diría nada sobre nuestra relación y no he roto esa promesa —prosiguió Lucky—, pero no puedes prohibirme también esconder lo que siento. No voy a hacerlo, Eve, porque necesito compartirlo. No se me da bien ocultar cosas a la gente que amo, además, no quiero; quiero que todo el mundo sepa que estoy loco por ti.

La emoción se convirtió en un vacío en la boca del estómago de Eve. Puede que Eve fuera un poco fría en sus relaciones anteriores, pero estaba claro que con Lucky todo era distinto. Él hacía arder todo a su paso. Nunca pensó que alguien pudiera hacerle sentir tanta pasión, ni que despertara en ella tantas ganas de... todo. De gritar a los cuatro vientos lo enamoradísima que estaba también. Con ese sentimiento apretándole las vísceras hasta convertirlas en una maraña enredada, dio un paso hacia él, se puso de puntillas y lo besó. Lo besó con tal intensidad que todo lo que les rodeaba dejó de existir. El mundo entero se convirtió en la nada más absoluta mientras el beso duró.

—Yo también estoy enamorada de ti, Lucky. Que no podamos hacer pública nuestra relación no significa que no sienta lo mismo por ti. Solo necesito algo de tiempo, ¿vale? —dijo cuando sus bocas se separaron, pero sin separarse demasiado de él, por lo que tenía sus labios a pocos centímetros de distancia—. Y, ahora, llévame a tu apartamento y hazme tuya. Lo necesito.

—¿A mi apartamento? —preguntó Lucky con la voz tomada.

Eve asintió sabiendo que aquel era un pequeño paso necesario. Podía concederle eso a Lucky, era su forma de demostrarle que aquello no duraría para siempre, que tarde o temprano podrían

besarse en público, ir de la mano y comportarse como una pareja normal.

Lo que Eve no podía saber era que, en aquel mismo momento, mientras entraba en el ascensor cogida de la mano de Lucky Royal para subir hasta la planta privada donde estaba su apartamento, alguien los observaba con la boca abierta y la cámara del móvil apuntando en su dirección.

Eve



Al día siguiente, Eve fue a visitar a su madre con una sonrisa resplandeciente en la cara. Había pasado una noche maravillosa. Puede que no hubiera dormido demasiado, pero lo que Lucky le había hecho bien valía las horas de sueño robadas.

Como siempre, comieron solas en la cocina mientras los señores lo hacían en el salón opulento de su casa opulenta. No había visto a Alyson en el proceso, y eso le agradó, pues no le apetecía que la rubia le fastidiara el ánimo.

—Cariño, me alegra comprobar que las cosas te van tan bien —dijo Tala con una sonrisa, después de que Eve le hubiera narrado sus últimas semanas en su trabajo como asistente de Lucky—. Hacía tiempo que no te veía tan contenta.

—Supongo que tengo razones para estarlo —asintió Eve pinchando un tomate cherry de la ensalada.

—Y una de esas razones no será un chico, ¿verdad? —Tala le lanzó una mirada perspicaz. ¿Cómo se lo hacían las madres para adivinar este tipo de cosas? Eve no estaba segura de ello, pero algo le decía que había algún tipo de conexión cósmica entre ambas.

—Por supuesto que no, mamá. Ya sabes que los chicos no están entre mis prioridades.

—Cuando el amor entra en juego, las prioridades no importan demasiado.

—Oh. Mamá, eso ha sonado muy romántico —dijo Eve sorprendida. Su madre, al igual que ella, era una persona pragmática. Quizás porque desde muy joven tuvo que apañárselas para sobrevivir con una niña pequeña a su cargo.

—Querida, aunque no lo parezca, yo también he sido joven y he estado enamorada.

—Pero nunca hablas de ello.

—¿Y por qué iba a hacerlo? Estar enamorada nunca me trajo nada bueno. —Al darse cuenta de lo que había dicho, se corrigió—. Mentira, sí que me trajo algo bueno. Lo mejor de mi vida, de hecho. Me trajo a ti. —Sonrió—. Sin embargo, hubiera agradecido ser más adulta y tener la cabeza más amueblada cuando eso ocurriera. No estaba preparada para el amor ni para nada de lo que me trajo, pero tú sí lo estás, cariño. Tú sí lo estás y estoy segura de que sea quien sea el afortunado, será una buena elección.

Eve asintió en silencio, siendo consciente de lo mucho que su madre cambiaría de opinión si supiera la verdad. Tala nunca hablaba de Lucky Royal y cuando lo hacía era para nombrar todas

y cada una de sus fechorías, todas ellas inducidas por los rumores que corrían sobre él. Ella misma se había dejado llevar por las habladurías.

Estuvo unos segundos en silencio, removiendo el contenido de su plato con actitud pensativa.

—No es necesario que me hables de ello si no quieres —se apresuró a decir Tala sin dejar de sonreír—. Siempre has sido una chica muy reservada. Solo quiero que sepas que puedes hablar conmigo de estas cosas.

—Ya lo sé mamá. Es solo que... —No podía decírselo. No podía decirle que Lucky Royal era el hombre que había conquistado su corazón. No podía decírselo porque sabía que aquello desataría una tempestad y que su madre ni siquiera se dignaría a escuchar toda la explicación antes de empezar a soltar juramentos y ponerse nerviosa. Tala era obstinada, en eso se parecían mucho, y una vez se formaba una opinión sobre algo le costaba cambiar de tercio.

Como si la situación no fuera ya lo suficientemente tensa, en ese mismo instante la puerta de la cocina se abrió y entró Alyson por ella. Eve se quedó muda, con los ojos fijos en la muchacha que al verla dibujó una sonrisa diabólica en sus labios y se acercó a ellas.

—¿Necesita algo, señorita? —preguntó Tala sobresaltada por la forma en la que Alyson se situó a su lado.

—En realidad, sí. Necesito hablar contigo de un asunto. —Su sonrisa se amplió y la forma en la que los ojos de Alyson se clavaron en Eve, hicieron que esta temblara de anticipación, pues no auguraban nada bueno—. Eve, me alegro de que estés aquí. Estoy segura de que podrás ayudarme a explicarle a Tala lo que vi ayer.

Eve sintió como si un cubo de agua fría cayera por su espalda haciéndola estremecer. No tenía ni idea de lo que había visto Alyson el día anterior, ni siquiera recordaba haberla visto.

—Señorita Alyson, ¿qué ocurre? —Tala parecía cada vez más desconcertada.

Alyson hizo un mohín apenado, como si lo que fuera a decir le causara un gran pesar.

—No quiero meterme donde no me llaman, Tala, y le prometí a Eve guardarle el secreto, pero lo he estado pensando mucho y creo que lo más honesto es hacerte partícipe de ello. —Aunque usaba un tono de voz afligido, podía notar la rabia intrínseca que desprendía al hablar—. Su hija lleva meses trabajando como bailarina en el hotel Royal. Da la casualidad que un día que fui a ver un espectáculo y la vi en directo, vestida con un conjunto ridículamente provocativo y despertando el interés de todos los babosos del lugar.

Los ojos de Tala se abrieron desmedidos y buscaron a Eve que, en ese instante, se quedó completamente muda, incapaz de entender por qué Alyson había decidido descubrirla de aquella manera.

—¿Es eso cierto? —preguntó Tala ante el mutismo de su hija.

—Por supuesto que lo es—. Alyson se apresuró a desbloquear su móvil de última generación para mostrarle algo en la pantalla. Eve no podía ver de qué se trataba porque estaba fuera de su campo de visión, pero la canción que sonó cuando el video empezó a reproducirse no dejaba lugar a la duda: estaba mostrándole una de sus actuaciones.

—No me lo puedo creer... —musitó Tala que parecía en shock.

—¿Por qué haces esto? —Eve se levantó de la mesa saliendo del bloqueo mental en el que se había sumido e intentó coger el móvil para evitar que su madre siguiera viendo aquello, pero Alyson lo alejó de ella tan rápido que apenas lo rozó con la yema de los dedos.

—Querida, lo hago por ti. Me entristece ver cómo vendes tu cuerpo de esta manera. Estoy segura de que puedes aspirar a algo mejor. —Hizo un nuevo mohín fingiendo pena, pero sus ojos no estaban para nada apenados, parecían furiosos.

—No te entiendo, pensé que no ibas a decir nada y...

Alyson chasqueó la lengua antes de suspirar.

—Ya, y yo pensé que tú ibas a alejarte de Lucky Royal. Por lo visto, ambas nos equivocamos.

Ante las palabras de Alyson, Tala parpadeó desconcertada.

—¿Qué tiene que ver Lucky Royal en esto?

—Oh, ¿no lo sabes? Tu hija está saliendo con él. Ayer mismo, de madrugada, los vi entrar en el ascensor cogidos de la mano. —Alyson volvió a desbloquear el móvil para mostrarle algo a Tala, cuyos ojos ya no podían estar más abiertos. En esa ocasión Eve sí que vio lo que le mostraba: era una foto suya con Lucky dentro del ascensor. La foto no dejaba lugar a las dudas: estaban muy juntos, cogidos de la mano, y se miraban de una forma muy comprometida.

Eve se sintió morir.

—¿Eve...?

—Mamá, déjame que te lo explique. —Eve sintió pánico ante la palidez que cubrió el rostro de su madre de pronto.

—Entonces, ¿es cierto? —preguntó con la voz temblorosa. Y no era lo único que temblaba en Tala en ese momento, toda ella parecía al borde del colapso. Se notaba que le costaba respirar.

—Mamá, tranquilízate... —Pero antes de que pudiera formular una palabra más, frente a ella, Tala colocó una mano sobre su pecho y se desplomó.

Lucky



Lucky estaba en casa de Summer y Blake. Estos tenían algo que contar a toda la familia y Lucky estaba rezando para que no fuera algo malo relacionado con Parker. No quería que nada estropeará su buen humor después de la noche tan maravillosa que había pasado con Eve pero, más que eso, no quería que el pequeño sufriera más. Su abuela, a su lado, se retorció las manos, inquieta, en un gesto nada propio de Abigail.

—¿Estás bien?

—Presiento que todo esto tiene que ver con el pequeño —murmuró ella claramente preocupada—. Me gustaría tanto que las cosas fueran distintas...

Summer y Blake habían subido a la planta superior para entretener a Parker con algún juego y así poder hablar con calma. Cuando bajaron, lo hicieron juntos y con las manos entrelazadas. En sus gestos no se vislumbraba nada ni bueno, ni malo, así que Lucky se sentía completamente perdido.

—¿Vais a decir ya lo que pasa? Esto es un sinvivir —se quejó Havana.

Todos estuvieron de acuerdo con ella. Ellos se sentaron y, cuando Lucky vio la sonrisa de Summer, intentó relajarse un poco.

—Hemos tomado una decisión que afectará a toda nuestra familia de muchas formas distintas. No será fácil y tenemos un camino largo por delante, pero...

—Por Dios, habla —murmuró Brooklyn.

—Hemos decidido adoptar a Parker y Madison. —Su hermano Blake tomó la palabra a su esposa. Intentaba parecer calmado, pero era evidente para todo el que lo conocía que estaba nervioso—. Como bien dice Summer, será un camino difícil, porque no vamos a dejar de acoger a otros niños con necesidades, pero Parker y Madison... ellos son nuestros. Nuestros de verdad. Creemos que deben ser Royal por derecho y llegar a la familia como hemos llegado todos en uno u otro momento.

Lucky se emocionó tanto con la noticia que no pudo ni hablar. Miró a sus hermanos, que miraban asombrados a Blake y Summer.

—Es un gesto impresionante —dijo Dexter—. Sois alucinantes, tíos, y Parker y Madison van a tener los mejores padres del mundo.

Summer no aguantó la emoción y algunas lágrimas escaparon de sus ojos.

—Siempre nos habíamos planteado la posibilidad de adoptar, queremos tener hijos biológicos pero también queremos criar a niños que no hayan tenido la suerte de nacer en una familia que los quiera o pueda mantener. No pensamos que sería tan rápido, pero es que nunca hemos querido que Parker se separara de su hermana y, al conocer a los que pretenden adoptar a Madison...

—Te entiendo —dijo el propio Lucky antes de dirigirse a su familia—. Ya os lo he conté después de aquella visita, pero ese matrimonio da verdadero asco. Madison no habría sido feliz con ellos, no solo por no tener a Parker con ella, sino por todo lo que evidentemente le habrían exigido.

—Exacto —siguió Blake—. Queremos que venga aquí con nosotros, que sean nuestros hijos con todos los derechos, que estén juntos y nunca más sufran por tener que separarse.

Max, su padre, que había guardado silencio hasta ese momento, se levantó y se acercó hasta ellos, estiró las manos y los puso en pie. Se dirigió primero a Blake.

—No sabes lo que me alegra ver que el modo en que llegaste a esta familia ha calado en ti tanto como para hacer esto. Estoy muy orgulloso de ti, hijo, de los dos. —Miró también a Summer—. Llegaste de adulta, pero sabes que eres como otra hija para mí. Estoy deseando ser el abuelo de Parker y Madison.

—¡Y yo la bisabuela! Aunque, por supuesto, siguen teniendo prohibido llamarme como tal.

—Sí, lo sabemos —murmuró Charlotte haciendo reír a toda la familia.

De pronto, todos estaban en pie abrazándose, felicitando a los futuros padres y hablando acerca del futuro de Parker y Madison como Royal por derecho. Lucky estaba pletórico, de verdad, no podía sentirse más feliz y cuando el teléfono sonó y vio que era Eve, pensó que era un buen momento para darle las buenas noticias y sugerirle que cenara con su familia esa noche. Quizás quisiera aprovechar las buenas noticias para...

—Hola, cielo, ¿cómo estás? —Descolgó perdido en sus pensamientos y quizás por eso le costó un poco darse cuenta de que Eve estaba llorando—. Eh, nena, cálmate, ¿qué ocurre?

—Lucky —Su llanto era tan intenso que Lucky se asustó.

—Venga, Eve, no me asustes, ¿dónde estás? ¿qué ocurre?

Lucky fue consciente de que el ruido a su alrededor se fue apagando y en apenas unos segundos toda la familia estaba pendiente de sus palabras. Eve se tomó unos segundos, conociéndola estaría intentando recuperar la calma. Cuando habló lo hizo con la voz rota, pero sin llorar.

—Mi madre está en emergencias, su corazón ha fallado... —Al mismo tiempo que lo dijo, su voz también falló.

—Dime en qué hospital está y...

—No, no, no puedes venir aquí.

—Eve, por favor...

—Todo esto es culpa mía. Debía saber que no saldría bien. Debí saber...

—Nada de esto es culpa tuya, nena.

—¡Claro que lo es! Alyson... —La voz volvió a fallarle y se recuperó lo justo para seguir hablando—. Ella nos vio, Lucky, nos fotografió entrando en el ascensor cogidos de la mano y se lo ha contado todo a mi madre. Ella no pudo soportarlo y ahora...

—Eh, nena, calma, ¿de acuerdo? Respira, tienes que respirar y calmarte. —Oyó el modo en que Eve le obedecía y sintió que el corazón se le hacía añicos al imaginarla sola y asustada en el hospital—. Déjame ir contigo.

—Me encantaría, pero no puedo... No puedo ser más egoísta, Lucky. Si ella despierta y sabe que has estado aquí, si Alyson vuelve a atacarla... No quiero perder a mi madre. No puedo perderla.

—No lo harás.

—No vengas, por favor, solo dame unos días libres en el trabajo y...

—No te preocupes por eso. —Eve sollozó y Lucky sintió que la impotencia se lo comía—. Voy a arreglar esto.

—No puedes.

—Sí puedo, claro que puedo. Tú ocúpate de tu madre todo el tiempo que necesites y mantenme al tanto. Deja que yo me encargue del resto.

—Lucky...

—Te quiero —La desesperación tiñó su voz, pero no le importó—. No olvides que te quiero, ¿vale?

Colgó el teléfono y miró a su familia. Estaban completamente atónitos y no era para menos. Había pasado de admitir que estaba enamorado de ella a demostrar, porque era evidente, que había una relación y algo más que un amor platónico. Se dijo que aquello era traicionar a Eve, pero en aquel instante, cuando todo había saltado por los aires, también se dijo que lo más importante era arreglar aquello de una vez por todas, y para eso tenía que contar con los Royal. Con todos. En su familia las cosas se hacían así.

—Tengo mucho que contaros...

Lucky



Después de contarle a su familia absolutamente todo acerca de su relación con Eve (salvando, obviamente, los detalles íntimos), Lucky vio el modo en que todos se enardecían de un modo u otro por el trato que Alyson le había dado a Eve.

—No soporto a los abusones. Es una cosa superior a mí —dijo Havana—. Tenemos que aplastarla.

—Dios, me encanta cuando te pones vengativa —murmuró su chico mirándola embobado.

Lucky rio, pero cuando recordó la situación que tenían entre manos la seriedad y la rabia volvió a hacer acto de presencia.

—Necesito parar esto —le dijo a su padre y a su abuela, porque eran los que más experiencia tenían con todo tipo de situaciones complicadas—. De verdad necesito que esta mierda deje de afectar a Eve. Ya no soporto más saber que la están chantajeando. Que su madre haya acabado en el hospital por nuestra culpa...

—No te equivoques —le dijo Blake—. Ha acabado en el hospital por el impacto de enterarse de golpe y mal de las cosas. Si quieres buscar un culpable, pon tus ojos en Alyson Stewart. Esa familia nunca me gustó y ella, menos.

—¿Lo dices porque intentó que mi hijo cargara con un embarazo falso? —preguntó Max siendo irónico—. Es una alimaña, y no nos gustan las alimañas, pero tampoco somos malas personas.

—Papá, necesito hacer algo...

—Lo sé, pero las amenazas en vano no son lo mío, hijo. No podemos ir a buscarla y soltarle todo lo que queremos sin tener algo realmente importante con lo que atacar.

—¿Qué sugieres? —preguntó Brooklyn.

—Voy a hablar con el portavoz de nuestro equipo de abogados. Hay un sector de nuestra empresa que se dedica a recopilar datos de otras empresas. Datos jugosos. Estoy completamente seguro de que los Stewart tienen trapos sucios.

—Sí, puede ser —admitió Lucky—. Nunca se me ocurrió pensar en ello, pero está claro que en su fortuna hay algo más que esfuerzo, porque esos dos se han esforzado más bien poco, y ni hablar de su hija.

—Tienen negocios que funcionan, eso es innegable —dijo Dexter—, pero también tienen que

tener secretos, así que creo que el primer paso del plan es claro. Cada uno de nosotros tirará de la lista de contactos e intentará averiguar tantos trapos sucios como pueda. Nos vamos a dar todo el día de hoy y mañana, a primera hora, nos reunimos.

—¡No puedo esperar tanto! —se quejó Lucky.

—Sé que estás desesperado, hijo, pero los mejores planes se hacen así, con calma y la cabeza fría —le dijo su padre.

Lucky apretó los dientes, aquello iba a ser muy jodido y no estaba dispuesto a esperar tanto, pero entonces pensó en Eve y se recordó a sí mismo que no se estaba jugando ninguna tontería. Se trataba de su futuro con ella y por encima de eso se trataba de hacer que Eve quedara libre de las garras de Alyson.

El resto del día fue un infierno. No dejó de hacer y recibir llamadas y lo único que de verdad quería era ir al hospital y acompañar a Eve en momentos tan duros. No quiso llamarla por si estaba con su madre, pero rogó al cielo cada minuto del día que ella le informara de cómo iba todo. No lo hizo, pero tampoco podía culparla. Eve no tenía ni idea de todo lo que los Royal estaban haciendo para intentar dejarla libre, y él tenía que ser paciente, aunque esa nunca hubiera sido una virtud suya.

A la mañana siguiente, a primera hora, Lucky fue un tanto desanimado a la reunión. Tenía a varios contactos en aviso acerca de los Stewart pero no había conseguido gran cosa. Una vez entró en el despacho de su padre, se dio cuenta de que ya varios miembros de su familia estaban allí. Nadie llegó tarde, lo que hizo que Lucky se sintiera orgulloso porque demostraban, como siempre, que estaban allí para él y no pensaban fallar ni en lo más mínimo, como era llegar tarde a una reunión.

El primero en hablar fue su padre y en cuanto Lucky vio que sonreía, se calmó un poco. En otro momento reflexionaría acerca de lo bonito que era tener la certeza de que todo iría bien solo con ver la sonrisa de su padre.

—¿Tenemos algo? —preguntó ansioso.

—Oh, sí, tenemos mucho más que algo. ¿Estás listo para hacerle una visita a Alyson, hijo?

Lucky sonrió por respuesta. En su vida había estado más listo para algo.

Una hora después, estaba frente a la puerta de Alyson con una carpeta llena de documentos bajo el brazo, vestido con su mejor traje y deseando ver su cara cuando le mostrara todo lo que tenía entre manos. Le abrió el ama de llaves sustituta y, en cuanto él pidió ver a Alyson, esta se apresuró a avisarla. No era ningún secreto que Alyson estaba obsesionada con Lucky Royal y él pensaba aprovecharse de eso tanto como ella se había aprovechado de Eve para doblegarla.

Ella apareció veinte minutos después vestida impecablemente, muy bien maquillada pero con los ojos hinchados, por lo que a Lucky no le costó deducir que aún estaba durmiendo. La vida de niña mimada era dura, se dijo. Probablemente se había ido a dormir con el amanecer y pensaba estar en la cama toda la mañana. No la envidió lo más mínimo. Pese a todo lo que dijeran de él, a lo fiestero y mujeriego que había sido, nunca había faltado a su trabajo por estar de resaca. Era algo que no podrían reprocharle jamás. Claro que Alyson no tenía trabajo y eso era gran parte del problema. Demasiado consentida desde pequeña, pensaba de verdad que el mundo le debía algo cuando no era así, y Lucky estaba allí para demostrárselo.

—¿A qué debo el honor de tu visita? —dijo acercándose a él y besándolo en la mejilla.

Lucky tuvo que apretar los dientes y contenerse al máximo para no apartarla de él.

—Quiero hablar contigo sobre algo importante.

—Ajá, imagino que ese “algo” se llama Eve. ¿Te has enterado de lo que le ha pasado a su madre? Una pena, una verdadera pena.

Lucky apretó los dientes. Calma, se dijo. El mejor modo de atacar era esperar el momento oportuno.

—Me he enterado. De eso y de que todo fue culpa tuya.

—¿Perdón? —Alyson tuvo la desfachatez de sonreír—. Yo me limité a darle a Tala una información que consideré totalmente necesaria. Si yo tuviera una hija...

—No la tienes, y espero que no la tengas nunca, porque nadie merece ser castigado siendo hijo o hija tuya.

Aquello le dolió, pudo verlo, pero también vio el modo en que se recuperó.

—Si Eve hubiese sido más inteligente...

—No, el problema no es la inteligencia de Eve, sino su falta de sumisión, ¿verdad? El problema es que ella pasó de tus chantajes, como ya hice yo en el pasado.

—Si te refieres al percance del embarazo...

—Embarazo inexistente, y no vamos a hablar de ello, de cualquier modo. No he venido para eso.

—¿Y para qué has venido, si puede saberse?

Lucky no abrió la carpeta. Quería hacerlo, quería restregarle cada documento por la cara, pero pensó que sería mejor que lo hiciera ella misma, para que viera que no iba de farol, así que puso la carpeta entre los dos y la estiró en su dirección.

—He venido a parar esta obsesión tuya conmigo, con Eve y con todo lo que esté relacionado con los Royal. Por favor, abre la carpeta y tómate tu tiempo en mirar cada documento.

Ella lo hizo, tomó asiento en uno de los sofás y él hizo lo mismo. Observó el modo en que leía todos los documentos en los que su familia quedaba expuesta por distintos tipos de negocios turbios. Entre ellos, una lavandería clandestina que Lucky pensaba desenmascarar hiciera o no hiciera caso Alyson, porque no soportaba pensar que estaban explotando a gente inocente. El resto estaba relacionado, sobre todo, con blanqueo de capitales, que de todos modos era lo que más dolería a Alyson y sus padres, conociendo lo ratas y avariciosos que eran. Tuvo el placer de ver cómo su cara se retorcía a medida que leía, pero cuando lo miró, intentó hacerse la tonta.

—No entiendo...

—Oh, bueno, yo creo que sí, pero no seré yo quien te lo explique. No tengo el tiempo, la energía ni la paciencia, pero te recomiendo que le pases todo eso a tus padres.

—¿Qué significa esto?

—Vas a dejar a mi familia en paz. Se acabó, Alyson. Ni una amenaza más, ni un chantaje. Tú y tu familia tenéis vetada la entrada en todos los negocios relacionados con los Royal y si te acercas a alguno de nosotros, incluidas Eve y su madre, vais a pagar donde corresponde. Puede que estés obsesionada conmigo, pero creo que eres lo bastante inteligente como para saber que no te compensa seguir con esto a costa de acabar en la cárcel o perder la fortuna que tanto te gusta. Piénsalo: ¿dejarnos en paz, o acabar viviendo en la miseria? La conclusión es bastante fácil, pero voy a dejar que seas tú quien llegue a ella.

Lucky se levantó, dispuesto a irse y ¿por qué no decirlo? Regodeándose en el gesto crispado y enrabiado de Alyson Stewart.

—Eres un ser rastrero, ruin y...

—Cuida esa boquita, Alyson. Recuerda que ya no tienes la sartén por el mango y ahora, el futuro de tu familia depende de tu vuestra actitud para con los Royal o sus protegidos. —Se

atrevió a guiñarle un ojo, solo para enardecerla más—. Diría que nos vemos por Las Vegas, pero, sinceramente, espero no tener que hacerlo nunca más.

Salió de allí sintiéndose un poco mejor, pero no todo lo bien que le habría gustado. Se sentó tras el volante de su coche y se dijo que el único motivo por el que no podía disfrutar completamente de aquello era que Eve todavía no se había puesto en contacto con él. Y la extrañaba, Dios, deseaba calmar su dolor, abrazarla, ayudarla a pasar aquel mal trago, pero no podía hacerlo, porque obligarla no era una opción.

Aun así, le envió un mensaje y rezó para que lo leyera y, sobre todo, creyera en sus palabras.

Lucky: Puedes estar tranquila, cariño. La familia Stewart ya no será un problema para vosotras nunca más. Te quiero, no lo olvides.

Eve



Horas más tarde, de madrugada, Eve se despertó con la zona de las cervicales dolorida. El sillón para invitados de la habitación del hospital donde descansaba su madre no era precisamente lo que se decía cómodo. A pesar de que Tala contaba con seguro médico, este era bastante básico, y les obligaba a compartir la habitación con una segunda mujer que, tras la cortinilla azul que separaba su cama de la de Tala, roncaba como un camionero.

La sensación de irrealidad le acompañaba desde hacía horas y no le abandonaba del todo. Tenía la sensación de estar viviendo aquello desde una posición extraña, como si se encontrara fuera de su cuerpo observando lo que sucedía alrededor en la distancia. Sin embargo, aquello no la libraba del regusto amargo que recorría su organismo sobreviniéndola con un dolor punzante. A pesar de que el diagnóstico final que le habían dado los médicos era bueno, pues después de realizar las pruebas correspondientes habían determinado que su madre había tenido un amago de infarto de miocardio y no algo más severo, la sensación de culpabilidad no le abandonaba del todo. Según le habían dicho, un pico de estrés había desatado el episodio, ¿cómo no iba a sentirse culpable si sabía que ese pico de estrés lo había desatado ella? Sus acciones y decisiones habían llevado a su madre a colapsar. Puede que Alyson la hubiera descubierto, y sí, la consideraba igual o más culpable que ella misma, pero una parte de su ser no dejaba de repetirle que, de haber sucumbido a los chantajes de Alyson, ahora no se encontraría en esa terrible situación.

Apretó los puños con fuerza sobre su regazo y la respiración se le agitó a causa de la rabia que empezó a correr por sus venas. Odiaba a Alyson, odiaba a Alyson y todo lo que esta representaba. Tenía grabado a fuego la nula reacción de Alyson ante el desplome de Tala. Tuvo que ser la propia Eve la encargada de llamar a Emergencias mientras Alyson se marchaba de la cocina como si allí no ocurriera nada. Siempre había sabido que era una persona caprichosa e inmadura, pero nunca la creyó tan cruel como para abandonarla a su suerte ante tales fatales acontecimientos.

Por suerte, Tala se encontraba estable y su vida no corría peligro, pero las horas sola en la sala de espera ante la incertidumbre fueron duras de digerir. Ahora solo les quedaba esperar unos días hasta que su recuperación fuera total para regresar a casa. Los doctores le habían dicho a Eve que Tala tendría que bajar el ritmo en el trabajo, que la fatiga podía empeorar su situación, y Eve sabía que lidiar con aquello no sería fácil.

Imbuida en todos esos pensamientos, miró las notificaciones pendientes en el móvil. Tenía varios mensajes y llamadas perdidas. Contestó un mensaje de Kenia preguntando por su madre, respondió también a otro bailarín que al enterarse de lo ocurrido le daba recuerdos de parte de todo el equipo y después vio el mensaje de Lucky. Al leerlo su corazón dio un brinco:

Lucky: Puedes estar tranquila, cariño. La familia Stewart ya no será un problema para vosotras nunca más. Te quiero, no lo olvides.

Eve no tenía ni idea de lo que Lucky había querido decir con aquello y le dejó en visto, porque a pesar de que se moría de ganas de decirle que ella también lo quería, no se sentía libre de hacerlo. Querarle había sido uno de los motivos que habían llevado a su madre a aquella habitación de hospital.

Eve tardaría unas horas más en comprender el alcance del significado de las palabras de Lucky y lo haría a raíz de una visita inesperada y desagradable que le sorprendió a primera hora de la mañana. Tala había despertado con buen aspecto y estaba desayunando un yogur y algo de fruta que unas enfermeras le habían traído en una bandeja cuando llamaron a la puerta con los nudillos. Eve, extrañada, se acercó a la puerta y descubrió que el señor Stewart aguardaba al otro lado.

—Señor, ¿qué hace aquí? Le aconsejo que se marche ahora mismo. Mi madre aún se está recuperando y...

—Solo serán unos minutos. —El señor Stewart le habló con un tono malhumorado tan evidente que Eve se puso instantáneamente a la defensiva.

—Por si usted no lo sabe, mamá estuvo a punto de sufrir ayer un ataque cardiaco. Ahora lo que necesita es descansar, no que la alteren.

—Entiendo. En ese caso podría tratar el asunto contigo.

—¿Conmigo? —preguntó Eve sorprendida.

—Sí, al fin y al cabo, si estoy aquí es porque tu novio me ha obligado a ello. —El pecho de Eve se encogió ante sus palabras y recordó el mensaje de Lucky asegurándole que lo había solucionado todo—. Después de pensarlo mucho, creemos que lo mejor para todos será que Tala deje de trabajar para nosotros.

—¿Piensa despedirla? —preguntó desubicada y con la certeza de que Tala no se tomaría nada bien aquella noticia.

—No exactamente. Hemos pensado en una jubilación anticipada. Tala tiene un estado de salud delicado y creemos que la exigencia de ser nuestra ama de llaves es demasiada carga para ella. Por supuesto, seguirá percibiendo sus honorarios mensualmente, por todos los años de dedicación y lealtad a nuestra familia. También pondremos a su disposición uno de los pisos que tenemos vacíos en el centro para que pueda instalarse en él. —Se notaba que el señor Stewart le decía todo aquello sin convicción, como si estuviera obligado a ello.

Eve alzó las cejas con incredulidad.

—¿Es... en serio?

—Por supuesto. No me he desplazado hasta aquí para bromear —dijo claramente fastidiado por estar manteniendo esa conversación—. Espero que esto demuestre nuestra buena voluntad para solucionar las cosas. —Carraspeó con nerviosismo—. ¿Le parece correcto?

—Eh... sí.

—Bien, bien. —El señor Stewart se retorció las manos—. En ese caso, ¿podría trasladarle al

señor Royal nuestro acuerdo?

—¿A Lucky?

Frente a ella, el hombre asintió.

—Espero que esto sea suficiente para comprar su silencio —dijo perspicaz—. Dígale también que ya no tendrá que preocuparse por Alyson. Nuestra hija ha decidido marcharse un tiempo a vivir en el extranjero.

La incredulidad era tal para Eve que solo pudo asentir, aunque le costaba asimilar el alcance de la información que estaba proporcionándole aquel señor de mirada severa y comportamiento altivo.

—Estupendo. En ese caso me marcho ya. Transmita a Tala mis buenos deseos para una pronta recuperación.

Sin más, el señor Stewart dio media vuelta sobre sus talones y desapareció en el interior de uno de los ascensores que se encontraban unos metros más allá en el pasillo.

Cuando Eve volvió a entrar en la habitación se encontró con una curiosa Tala esperándola. Su aspecto había mejorado sustancialmente respecto al día anterior, aunque aún parecía cansada y su tez era más blanca de lo habitual.

—Has tardado. ¿Quién era?

Eve decidió explicarle las cosas de la forma más delicada que pudo para amortiguar el golpe. Sabía que todo aquello perturbaría a su madre, y no quería provocar un nuevo altercado que pusiera en peligro su salud. Al terminar la explicación, Tala parecía tan perpleja como ella.

—¿Y todo eso lo ha conseguido el señorito Royal?

Eve asintió, aunque no tenía la menor idea de cómo lo había hecho. Por las palabras del señor Stewart se deducía que Lucky tenía contra él algo muy comprometido y que lo había coaccionado con ello. Fuera lo que fuera, debía tratarse de algo gordo para que fueran tan generosos con Tala y mandaran a su hija fuera del país.

—Entonces, ¿lo que hay entre vosotros es sincero?

Eve volvió a asentir, pero esta vez lo hizo con fuerza, mostrándole su determinación.

—Lo amo, madre. Siento no habértelo dicho antes, pero amo a Lucky Royal con todo mi corazón. Él no es como pensábamos que era. No es soberbio, ni arrogante, ni altivo. Es dulce y bueno, puede que también un poco engreído, pero tiene motivos para serlo, las cosas como son. Ni siquiera dejó embarazada a Alyson, ella se lo inventó todo cuando él la rechazó. —Eve habló rápido y con sentimiento, mostrándole hasta qué punto estaba desesperada para que la creyera—. Y no solo Lucky es maravilloso, la familia Royal al completo lo es, mamá. Todos estos años hemos estado cegadas por los prejuicios.

Tala miró a Eve en silencio unos segundos. Los ojos de Eve estaban brillantes y humedecidos a causa de la emoción y los de Tala no tardaron en contagiarse de la misma manera. Con una pequeña sonrisa dibujada en sus labios, la mujer, dijo:

—¿Y a qué esperas para ir a por él? Tráelo aquí para que pueda darle las gracias por todo lo que ha hecho por nosotras.

Eve no necesitó más para besar a su madre en la frente, darle las gracias por la comprensión, coger sus cosas y salir de allí a toda prisa en busca de un taxi que la llevara al fin al encuentro del que consideraba el hombre de su vida.

Lucky



De no estar preocupado por Eve, la felicidad aletearía en el pecho de Lucky en ese momento ante lo que sus ojos acababan de presenciar. Frente a él, Madison y Parker acababan de fundirse en un abrazo emotivo que había dejado a todos los presentes al borde de las lágrimas. Bueno, a excepción de Havana, que había empezado a llorar a moco tendido mientras Dexter le daba palmaditas cariñosas en la espalda.

Se encontraban en el restaurante de Jolie que había cerrado aquel mediodía para celebrar de forma privada el reencuentro de los hermanos.

—La familia crece —susurró Max que pasaba un brazo por los hombros de Abigail que parpadeaba repetidamente mirando hacia arriba con la intención de evitar que las lágrimas cayeran de sus ojos.

—Entonces, ¿ahora tengo dos primos? —preguntó Charlotte, meditativa.

—Eso es. ¿Qué te parece? —preguntó Brooklyn.

—Creo que bien. El otro día Parker no quiso jugar conmigo a los exploradores de desiertos, pero ahora que vamos a ser primos, no podrá negarse —dijo la pequeña con un alzamiento de cejas—. ¿Puedo amenazarle con echarlo de la familia si se niega?

—No, cielo, aquí no echamos a nadie de la familia por no obedecer nuestros deseos. Y no es por falta de ganas, a veces, pero eso no está bien. —Brooklyn le acarició la cabeza con una risita. Aunque a Charlotte no le gustaba mucho el contacto físico, recibió aquella muestra de afecto sin rechistar.

—Pues eso es un rollo. Parker puede llegar a ser muy desesperante —dijo la pequeña con un mohín—. Espero que a Madison sí le gusten los desiertos.

Lucky sonrió ante aquel razonamiento infantil y desvió la mirada de Charlotte y su hermano para fijarla en Parker y Madison que, en ese momento, abrazaban a Summer y Blake dándoles las gracias por haberles permitido estar juntos de nuevo. Lucky estaba convencido de que su hermano y su cuñada serían unos grandes padres y que juntos podrían superar todos los problemas que se derivasen de la crianza de esos dos niños y todos los que vinieran después.

Max tenía razón: la familia crecía; y él sentía un vacío en el estómago al pensar que aún no había podido participar en su crecimiento de forma activa. Le hubiera gustado tanto compartir aquel acontecimiento con Eve... Sabía que Eve también se había preocupado por la situación de

Parker. Ambos habían hablado muchas veces sobre ello y esta había mostrado en todo momento su indignación ante las injusticias a las que el muchacho había tenido que enfrentarse. Si no le había contado nada de aquello era porque sabía que no era oportuno hacerlo.

—Yo traigo algo para brindar —dijo Jolie sosteniendo una bandeja llena de copas con cava que había llenado tras la barra minutos antes. La dejó sobre una mesa y cogió una de ellas. Paris se puso en pie sujetándose de las piernas de su madre demostrando así sus grandes habilidades motrices.

—Brindemos pues. —Max alzó una copa y todos los asistentes cogieron la suya correspondiente y le imitaron—. Por Parker y Madison. Chicos —dijo guiñando un ojo hacia su dirección—, bienvenidos a la familia Royal. Puede que a partir de ahora vuestra vida se llene de caos, desorden y drama, porque de esto por aquí nunca falta, pero os prometo que, además de todo eso, también habrá respeto, comprensión y amor, mucho amor.

Parker y Madison sonrieron, Parker de forma comedida, Madison con una enorme sonrisa, y brindaron entre risas, gritos y aplausos. Entre todo aquello, Lucky reparó en algo. Havana, al contrario que el resto, solo se mojó los labios con el cava sin llegar a tragar su contenido. Divertido, se acercó a ella y a su hermano Dexter y preguntó, cuando nadie parecía prestarles atención:

—¿Desde cuándo eres abstemia? —Lucky alzó las cejas tras aquella pregunta susurrada y no tardó en percibir la forma en la que las mejillas de Havana se sonrojaron.

—Shht... Aún no lo sabe nadie —se apresuró a decir Dexter, cuya sonrisa dejaba en evidencia que su intuición era cierta—. Hoy es el día de Parker y Madison. Ya habrá tiempo para lo demás.

—Vaya, veo que los Royal no solo nos enamoramos rápido: nos reproducimos igual de rápido.

Havana dejó escapar una risita entre dientes y Lucky tuvo que admitir que en su caso el mito era cierto: estaba guapísima, con la piel brillante y el pelo reluciente.

Sin embargo, tuvo que dejar esa conversación a medias, porque el sonido de alguien aporreando la puerta de entrada del restaurante, que Jolie había dejado cerrada con llave para evitar que algún cliente despistado no viera el cartel de “cerrado” y entrara, llamó su atención y la de todos los presentes.

—¿Eve? —preguntó para sí, al reconocer a la chica.

Con el pulso acelerado por aquella inesperada sorpresa, Lucky abrió la puerta y recibió a Eve con un abrazo prieto que ella apretó aún más rodeándole el cuello con los brazos. El cuerpo de Eve tembló al encontrarse con el suyo; tenía la respiración acelerada y podía notar el sonido de su corazón latir descontrolado contra su propio tórax.

—Estás... estás aquí —susurró separándose de ella para poder mirarle a los ojos. Acarició sus brazos, subió sus manos hasta su pelo y acunó su rostro con ansias de besarla pero sin llegar a hacerlo. La expresión de Eve saturada por el sobreesfuerzo que era obvio que había hecho para llegar allí deprisa consiguió preocuparlo—. ¿Cómo está tu madre? ¿Ella...?

—Ella está bien.

—¿Cómo nos has encontrado?

—En recepción me han dicho que estabais aquí.

Lucky tardó en volver a hablar.

—¿Y tú? ¿Cómo estás tú? —Sus palabras flotaron en el aire y el silencio más largo y tenso de toda su vida les sobrevoló.

Eve tragó saliva y carraspeó un poco antes de hablar al fin. Cuando lo hizo, una sonrisa prendió sus labios carnosos.

—Bien, estoy bien. De hecho, estoy mejor de lo que he estado nunca en mi vida, porque acabo de comprender que te amo y que quiero pasar el resto de mis días contigo.

—Vaya... —dijo Lucky con emoción contenida—. ¿Y te has dado cuenta de eso ahora? Porque yo hace mucho que pienso lo mismo.

La sonrisa de Eve se amplió.

—Ya sabes que soy lenta para algunas cosas.

—Y rápida para otras —dijo con un guiño que Eve captó de inmediato por la forma en la que se mordió el labio, divertida.

—No sé muy bien qué les has dicho a los Stewart, pero sea lo que sea, ha funcionado. —Eve le relató lo sucedido aquella mañana y Lucky asintió satisfecho. Aquello era mucho mejor de lo que había esperado. Ofrecer a la madre de Eve la opción de vivir una vida digna y tranquila lejos de los Stewart era casi tan bueno como alejar a Alyson de su vida.

—Entonces, ¿se acabó el tener que escondernos?

—Eso espero, porque mi madre quiere conocerte.

Sin poder contenerse por más tiempo, Lucky colocó una mano tras su nuca y la besó. Eve sonrió en medio del beso y Lucky volvió a abrazarla con fuerza, profundizando en aquel contacto que le supo a todo lo bueno que existía en el mundo. Los miedos y el dolor de las últimas horas se evaporaron con el roce de su lengua encontrándose con la de Eve, recordándole que la vida podía ser maravillosa si se elegía a la compañía correcta.

Tras ellos, el sonido de aplausos, gritos de júbilo y silbidos hicieron que el beso terminara, aunque lo hicieron con una sonrisa en sendas bocas.

—Puaj, yo no pienso enamorarme nunca. Los besos apestan —dijo Charlotte tapándose los ojos como si la visión del beso la hubiera repugnado.

—Yo tampoco pienso hacerlo. ¡Qué asco! —reafirmó Parker en voz baja pero lo suficientemente audible para que lo oyera todo el mundo.

Aquellos comentarios crearon una nueva oleada de carcajadas.

—Queridos, algún día los dos encontraréis a alguien especial al que os moriréis por besar —aseguró Abigail.

Parker y Charlotte intercambiaron una mirada que dejaba muy claro lo poco probable que encontraban aquella situación. Frente a ellos, Max alzó su copa hacia Jolie.

—Hija, vuelve a llenar las copas de cava, ¡queda mucho por celebrar! —Y con esa premisa, Lucky y Eve se unieron a los Royal en una fiesta que duró mucho mucho tiempo.

Epílogo

Eve



Sentada junto a su madre, Eve no podía dejar de mirar con horror el modo en que los mellizos de Dexter y Havana corrían como locos entre las mesas del restaurante.

—Es como ver al diablo de Tasmania multiplicado por dos —murmuró Tala.

Eve rio, pero lo hizo temblorosamente, porque justo en ese instante Paris se unió a la carrera desenfadada. En otro extremo del salón, Parker, Madison y Charlotte discutían acerca de algo relacionado con los desiertos y, en el carrito de bebé que había frente a ella, la pequeña Autumn, hija biológica de Summer y Blake, lloraba sin ningún tipo de consuelo, dejando claro que no iba a callarse hasta que la sacaran de allí. Hacía solo tres años desde que su historia con Lucky se había forjado de forma definitiva, pero cuando veía todo lo que habían creado en ese tiempo como familia Eve se quedaba anonadada. Tantos niños, tanto amor, tanto caos... ¡Dios, el caos era mucho!

Eve por fin era abogada, lo que la había llevado a dejar su trabajo como bailarina y ayudante de Lucky para entrar a formar parte del equipo de abogados de los Royal. Estaba aprendiendo muchísimo y no había nada mejor que luchar por los intereses de la que ahora también era su familia. Tenía un buen horario, vivía en el mismo hotel en el que trabajaba y todo marchaba bien... salvo por el pequeño inconveniente que manejaba entre manos.

—Tienes que decírselo ya —dijo su madre mirando a Lucky, que mecía a Autumn en brazos con cariño. Al final la pequeña se había salido con la suya—. Será un padre maravilloso.

Los ojos de Eve se aguaron al instante. Estaba tan nerviosa que apenas era capaz de hablar. No es que tuviera miedo, no era eso, porque confiaba en el hombre con el que se había casado dos años y medio atrás. Sabía que él asimilaría la noticia y juntos formarían equipo para criar y educar al bebé que venía en camino, pero ¿le haría ilusión? Era eso lo que carcomía a Eve. Habían hablado de tener hijos, por supuesto, pero ambos habían tenido claro que sería más adelante. Eve estaba arrancando su carrera como abogada y había visto a Summer, Jolie y Havana hacer malabarismos para no renunciar a sus trabajos por su maternidad. Quería afianzarse un poco más para poder hacer como ellas. Lucky, por su lado, seguía teniendo un volumen de trabajo brutal y, aunque por fin había dado con una gran ayudante, eficaz y tan seria que hasta Lucky le tenía un poco de miedo, pues además tenía edad suficiente para ser su madre, eso no quitaba que el trabajo fuera desbordante. Ella ya le había dicho en más de una ocasión que

tenía que relajarse, fluir más, pero él era incapaz de delegar más de lo que ya lo hacía.

Eve había reflexionado largo y tendido sobre esto y lo equivocada que había estado con él desde el principio. Y todo porque Alyson se obsesionó con él de mala manera... Y hablando de Alyson, al parecer se había casado en París y vivía allí con un hombre que colmaba todas sus necesidades. Eve comentó una vez que lo compadecía y Lucky le hizo ver que, si conseguían soportarse, seguramente era porque él era peor que ella. Visto desde esa perspectiva, Eve solo esperaba que siempre fuera feliz y se quedara en París. Aunque, en realidad, a ella y a su madre ya no podían hacerle daño.

Tala estaba bien, su salud no había vuelto a fallar de ese modo y, aunque tenía que cuidar su alimentación, hacer ejercicio moderado y, en definitiva, cuidarse, parecía que estaba fuerte como un roble. Había sido la primera persona a la que recurrió Eve cuando sospechó que estaba embarazada. Su madre fue quien compró la prueba y le dijo que no podía huir de la realidad. Eve se hizo la prueba nerviosa y, cuando salió positivo, Tala lloró tanto como ella. Cuando Eve intentó calmarla, su madre le confesó que lloraba de emoción, porque sabía que su hija iba a ser una gran madre y, sobre todo, que su nieto o nieta iba a tener un gran padre. La verdad es que Eve no podía ni imaginar cómo lo había pasado Tala para criarla a ella, pero se alegró mucho de tener a Lucky en su vida.

El problema era que no encontraba el momento adecuado de decírselo. Estaba de muy poquito, ni siquiera había ido al médico porque quería hacerlo con él, pero el tiempo se agotaba, tenía la cita en dos días y Lucky debía despejar la agenda para acompañarla, si es que quería.

—¿Y si no quiere acompañarme al médico? ¿Y si es uno de esos hombres tan obsesionados con el trabajo que no...?

—Eve, cariño, estamos hablando de tu marido, Lucky Royal, que ha dejado de trabajar más de una vez solo porque tenías un poco de fiebre. ¿De verdad crees que no va a implicarse?

Eve recordó con placer todas las veces en las que Lucky lo había dejado todo por ella, aunque eso supusiera horas extras los días siguientes. Sí, era muy afortunada...

—Eh, culo gordo, o le dices a tu marido lo del embarazo o voy yo y se lo cuento ahora mismo. Te cuento hasta tres: una, dos...

La que contaba era Kenia, que se había enterado el día antes y estaba como loca por gritar a todo el mundo que iba a tener un sobrino. Eve rio, pero se levantó de inmediato porque conocía a la que seguía siendo su mejor amiga y no hacía amenazas en vano. Kenia ocupó su silla y besó la mejilla de su madre antes de recrearse en ella.

—No seas tan descarada, te faltan las palomitas —masculló Eve.

—Como siempre te digo, amiga mía: lo bonito de que al menos tú hayas encontrado el amor es que puedo vivirlo a través de ti.

Eve soltó una carcajada, como siempre que Kenia decía eso, y se dirigió de una vez por todas a Lucky pensando que ojalá su amiga encontrara a un hombre capaz de hacerle sentir lo que Lucky conseguía con ella solo mirándola del modo en que lo hacía en ese instante.

—Mi preciosa esposa viene al rescate —murmuró justo antes de girarse y darle a Autumn a su padre, que la cogió con tal cariño que Eve se emocionó.

Dios, tenía que dejar de llorar por todo pero algo le decía que, a raíz del embarazo, aquello sería imposible y, si acaso, lloraría más.

—¿Tienes un minuto para mí?

—Tengo una vida entera —dijo Lucky—. Además, hay algo que quiero mostrarte.

Eve se dejó guiar intrigada hacia el almacén del salón. Los recuerdos la asaltaron de

inmediato, como siempre que subían allí, pues fue donde hizo el amor con Lucky por primera vez. Recordaba con cariño y pasión aquellos momentos. Y quizás por eso, por lo distraída que iba perdida en el pasado, no reparó en la caja de regalo que había sobre una pila de cajas de bebidas.

—¿Y esto? —preguntó intrigada.

Lucky sonrió y se la dio.

—Ábrela —susurró suavemente.

Ella obedeció, quitó la tapa de la caja de cartón dorada y se quedó pasmada cuando vio en su interior un precioso sonajero de plata. Miró a Lucky de inmediato, que sonrió con tal cariño que emocionó a Eve hasta las lágrimas.

—Lucky...

—¿De verdad creías que no iba a reconocer los síntomas? Mi amor, llevas vomitando días, todo te da náuseas y me esquivas cada vez que hablo de bebés, sean mis sobrinos u otros niños.

Eve se quedó completamente impactada. En realidad, no debería sorprenderse tanto, porque su marido siempre había dado muestras de ser muy avisado, pero aquello le parecía tan alucinante...

—¿No estás molesto? Es un gran imprevisto.

—Un hijo tuyo y mío nunca podrá ser un imprevisto, ni un error. —Lucky la rodeó con un brazo, cogiendo la caja y dejándola a un lado un segundo—. Solo espero que tú estés contenta con la noticia.

—¡Sí! —dijo de inmediato—. Sí, claro que sí, sabes bien que quiero tener hijos contigo. Es pronto, inesperado y seguramente vuelva nuestra vida aún más estresante, pero estoy deseando que llegue y verte con él o ella en brazos. —Eve se echó a llorar y apoyó el cuerpo contra él, que la acogió con cariño—. Lo siento, lloro muchísimo desde que me enteré.

Lucky rio entre dientes, al parecer encantado también con aquello.

—Creo que es normal pero, de todos modos, creo que conozco un modo de hacer que dejes de llorar.

—¿¿Sí?? —preguntó ella, toda inocencia.

Al menos fue toda inocencia hasta que miró a su marido a los ojos y este la apoyó contra las cajas de bebidas vacías. Oh, Dios, conocía aquella mirada y recordaba demasiado bien lo que había pasado allí mismo tiempo atrás.

—No podemos...

—Sí, sí que podemos.

—Pero...

—Vamos a aprovechar cada minuto de sexo desinhibido, morboso y excitante antes de que llegue el bebé, por lo que pueda pasar.

Eve no pudo evitar soltar una carcajada, pues sabía que aquello era fruto de todas las conversaciones que ambos habían oído de sus hermanos y cuñadas, cuando contaban lo difícil que es tener sexo con niños en casa. Cuando Lucky subió su vestido, abrió sus piernas y se arrodilló ante ella, Eve solo pudo preguntarse cómo demonios había pensado un día, en el pasado, que podía prohibirse desear a Lucky Royal.

Aquello era tan imposible como congelar el infierno, evaporar el mar o dejar de amar a ese hombre algún día.

¿No quieres perderte ninguna de nuestras novelas?

¡Hola! Somos Emma Winter y Ella Valentine, las autoras de esta novela. Queremos darte las gracias por disfrutar de esta historia.

Si te ha gustado esta novela, te pediríamos un pequeño favor: deja tu valoración en Amazon. Para ti serán solo 5 minutos, a nosotras nos animará a seguir escribiendo.

Por otro lado, si quieres estar al día de todo lo que publiquemos puedes seguirnos en nuestras redes sociales:

Ella Valentine:

Instagram: <https://www.instagram.com/ellavalentineautora/>

Facebook: <https://www.facebook.com/ellavalentineautora/>

Emma Winter:

Instagram: <https://www.instagram.com/emmawinteraautora/>

Facebook: <https://www.facebook.com/Emma-winter-autora-101258521556593/>

También puedes seguirnos en nuestras páginas de autor de Amazon para que sea el propio Amazon quién te avise de nuestras nuevas publicaciones ;-).

<https://www.amazon.es/Ella-Valentine/e/B07SGG42T8>

<https://www.amazon.es/Emma-Winter/e/B088WT38K9>

¡Muchas gracias!

Novelas anteriores

-Serie Lemonville

Un canalla con mucha suerte (Lemonville 1): La historia de Lemon y James. [Leer aquí](#)

Un irlandés con mucha suerte (Lemonville 2): La historia de Autumn y Liam. [Leer aquí](#)

Una chiflada con mucha suerte (Lemonville 3): La historia de Italia y Asher. [Leer aquí](#)

Un hermanastro con mucha suerte (Lemonville 4): La historia de Matt y Enya. [Leer aquí](#)

-Serie Deseos Navideños

Un novio multimillonario por Navidad: [Leer aquí](#)

Una canción millonaria por Navidad: [Leer aquí](#)

-Serie Royal

Prohibido confiar en Blake Royal: [Leer aquí](#)

Prohibido soñar con Brooklyn Royal: [Leer aquí](#)

Prohibido besar a Dexter Royal: [Leer aquí](#)

Novelas Emma Winter

-Serie Millonario

Un trato millonario: [leer aquí](#)

Un juego millonario: [leer aquí](#)

Un highlander millonario: [leer aquí](#)

Un highlander atormentado: [leer aquí](#)

-Serie Guardaespaldas

Protegida por el diablo: [leer aquí](#)

Novelas Ella Valentine

-Serie Multimillonario&

Multimillonario & Canalla: [leer aquí](#)

Multimillonario & Rebelde: [leer aquí](#)

Multimillonario & Libre: [leer aquí](#)

-Serie Las chicas de Snow Bridge

La chica que perseguía copos de nieve: [leer aquí](#)

La chica que cazaba estrellas fugaces: [leer aquí](#)

La chica que leía novelas de amor: [leer aquí](#)

-Serie Highlanders de Nueva York

No te enamores del highlander: [leer aquí](#)

-Autoconclusivas

Posdata: te odio: [leer aquí](#)

Multimillonario, soltero y sexy: [leer aquí](#)